



71605578

SISTEMA
DE LA NATURALEZA.

—
TOMO III.

SISTEMA

IMPRIMERIE STÉRÉOTYPE DE COSSON.

TOMO III

SISTEMA
DE LA NATURALEZA

ó
DE LAS LEYES
DEL MUNDO FÍSICO

Y
DEL MUNDO MORAL,

Por el Baron de Holbach;

CON NOTAS Y CORRECCIONES
POR DIDEROT;

Traducido por F. A. F***.

~~~~~  
TOMO III.  
~~~~~

Fondo bibliográfico
Dionisio Viquejo
Biblioteca Pública de Soria

PARIS, 10216

MASSON Y HIJO, CALLE DE ERFURTH, N.º 3.

1822.

DE LA FAMILIA

DE LAS ARTES

DE LA FAMILIA

DE LA FAMILIA

DE LA FAMILIA

PARIS

1821

SISTEMA DE LA NATURALEZA.

PARTE SEGUNDA.

De la Divinidad, de las pruebas de su existencia, de sus atributos, y del modo con que influye sobre la felicidad de los hombres.

CAPITULO PRIMERO.

ORIGEN DE NUESTRAS IDEAS SOBRE LA DIVINIDAD.

Si los hombres tuviesen bastante valor para llegar á la margen de las opiniones gravadas en su cerebro ; si se diesen cuenta exácta de lo que se les hace respetar como sagrado ; si examinásen á sangre fria los motivos de sus esperanzas y de sus temores, hallarian que las ideas que

les conmueven mas fuertemente, no tienen ninguna realidad, y no son mas que unas palabras sin sentido, fantasmas criadas por la ignorancia, y modificadas por una imaginacion turbada. Su entendimiento trabaja en medio del desorden de sus facultades intelectuales, que les impide el consultar la experiencia. Si se coloca un ser sensible en una naturaleza en que todas las partes esten en movimiento, sentirá diversamente segun los efectos agradables ó desagradables que tendrá, y por consiguiente será dichoso ó desgraciado, amará ó temerá, y huirá ó buscará las causas reales ó supuestas de los efectos que se operan en su máquina ; pero, si no tiene experiencia, se engañará en estas causas, y no conocerá ni su energía ni su modo de obrar ; y enfin, hasta que las experiencias reiteradas hayan fijado su juicio, se hallará siempre en la incertidumbre.

El hombre es un ser que no trae consigo al nacer mas que la aptitud de sentir con mayor ó menor fuerza, segun su conformacion individual ; que no conoce las causas que obran sobre él, hasta que poco á poco y á fuerza de sentir, descubre sus diferentes calidades, aprende á juzgarlas, se familiariza con ellas, y las atribuye ideas segun el modo con que le afectan, las que son falsas ó ver-

daderas, segun sus órganos estan bien ó mal constituidos, y capaces de hacer experiencias seguras.

Los primeros instantes del hombre estan siempre dirigidos por la necesidad, es decir, que para conservar su ser, es necesario el concurso de una infinidad de causas que le son análogas, sin las cuales no podria mantener su existencia. Estas necesidades en un ser sensible se manifiestan con un desorden y una debilidad que le dan á conocer una sensacion penible, el que subsiste y va aumentando hasta tanto que las causas necesarias para hacerle cesar vienen á restablecer la máquina humana. La necesidad es el primero de los males del hombre ; no obstante este mal es necesario, porque sin él, no conoceria que debia conservar su existencia. Sin necesidades seriamos unas máquinas insensibles, como los vegetales, é incapaces como ellos de procurarnos los medios de mantenernos en la existencia que hemos recibido. A nuestras necesidades son debidas nuestras pasiones, nuestros deseos, y el ejercicio de nuestras facultades intelectuales y corporales ; ellas son las que nos hacen pensar y obrar, y para satisfacerlas y poner un término á los males que nos causan, empleamos las fuerzas de nuestro cuerpo y de nuestro entendimiento. Como la

necesidad es continua, nos vemos en la precisión de trabajar sin relaja para procurarnos los objetos que pueden satisfacerla ; en una palabra, ella es la que dá la energía á el hombre, de que cuando le falta, cae en la inaccion, en la apatia, en una languidez incómoda y dañosa para su ser, y que dura hasta que nuevas necesidades vienen á despertarle de su letargo.

Esto nos demuestra que el mal es necesario para el hombre, porque sin él, no conoceria lo que le hace bien, ni evitaria lo que le ocasiona el mal ; y si no fuese por lo que llamamos necesidad, que le obliga á comparar y á distinguir los objetos, seria un ser enteramente inanimado. En fin sin el mal, el hombre no conoceria el bien, y como un niño sin experiencia, caminaria sin saberlo hácia su perdida ; no juzgaria de nada, no sabria escoger, no habria voluntades, pasiones, ni deseos ; no tendria ningun motivo para amar una cosa y detestar otra, y en fin seria un autómeta insensible y no un hombre.

Si no hubiese mal en este mundo, el hombre no hubiera pensado en la divinidad ; si la naturaleza le hubiera permitido el satisfacer facilmente todos sus deseos, sus dias se hubieran pasado en una uniformidad completa, y no hubiera tenido que ir á buscar causas desconocidas. El meditar es un trabajo ; si el hom-

bre estuviese siempre contento, no se ocuparia mas que en satisfacer sus necesidades, y gozar con seguridad de lo presente. Nada alarmaria su corazon ; todo seria conforme á su ser, y no tendria ni temor ni desconfianza de lo venidero. Estos movimientos provienen siempre de alguna sensacion desagradable que afecta anteriormente, ó que, turbando el orden de nuestra máquina, interrumpen el curso de nuestra felicidad.

Ademas de las necesidades que se renuevan á cada instante en el hombre, y que algunas veces se halla en la imposibilidad de satisfacer, todo hombre ha tenido una infinidad de males provenientes de la inclemencia, de las contagiones, de los accidentes ó de las enfermedades ; y este es el motivo por que todos temen y desconfian. La experiencia del dolor nos hace temer hasta el que no hemos conocido, y hace que, subitamente ó por instinto, nos pongamos en disposicion de resistir á lo que nos parece poder hacernos algun daño. Nuestras inquietudes y nuestros temores aumentan, segun el grandor del desorden que estos objetos producen en nosotros, ó por mejor decir, segun nuestra inexperiencia, nuestra sensibilidad natural, y el ardor de nuestra imaginacion. Cuanto mas ignorante es el hombre, mas timido es ; la obscuridad de

los bosques, la soledad, el silencio, y las tinieblas de la noche, los silvidos del viento, los rumores momentaneos y confusos, son todos, para el que no está acostumbrado á ellos, los objetos del mayor terror; el hombre ignorante es un niño que tiembla de todo. Sus alarmas desaparecen ó se calman, luego que la experiencia le ha familiarizado con los efectos de la naturaleza, y sobre todo se tranquiliza enteramente, cuando conoce las causas que vé obrar, ó que sabe el modo de evitar sus efectos.

Pero si no puede llegar á descubrir las causas que le turban, entonces no sabe que hacer; crecen sus inquietudes, pierdese su imaginacion, y le exágera ó le pinta en el desorden el objeto desconocido de su terror; le hace análogo á algunos de los seres ya conocidos, y le sugiere unos medios semejantes á los que regularmente emplea para extraviar los efectos y desarmar el poder de la causa oculta que hace nacer sus inquietudes y sus temores. Así es que su ignorancia y debilidad le hacen supersticioso.

Hay pocos hombres, aun de nuestro tiempo, que hayan estudiado bastante la naturaleza, ó que hayan llegado á conocer las causas físicas, y los efectos que deben producir. Esta ignorancia sin duda era mucha mayor en

Los siglos pasados, cuando el entendimiento humano estaba en su infancia; no habia tenido aun el tiempo de hacer ninguna experiencia, ni los progresos que desde entonces ha hecho. Unos salvages dispersos debian de estar lejos de conocer los medios de la naturaleza; la sociedad sola puede perfeccionar todo conocimiento humano, porque para adivinar la naturaleza, son necesarios unos esfuerzos multiplicados y combinados. Si esto es así, la mayor parte de los efectos que en el dia conocemos, debieron ser unos misterios impenetrables para nuestros barbaros antepasados: la naturaleza entera era un puro enigma para ellos, los mas simples fenómenos debieron ser maravillosos y terribles para unos seres sin experiencia, y todo cuanto veian debió parecerles fuera de uso, extraordinario, y contrario al orden de las cosas.

Este es el motivo porque vemos los hombres hoy dia temblar al mirar los objetos que hicieron el mismo efecto sobre suspadres. Los eclipses, los cometas y los metéoros, eran antiguamente considerados como los precursores de algunas calamidades por todos los pueblos de la tierra: estos efectos, tan naturales para la verdadera filosofia que ha llegado á descubrir su causa, tienen aun el poder de asustar la parte mas numerosa y menos ins-

truida de la sociedad. El pueblo, como nuestros ignorantes antepasados, toma por maravilloso y sobre natural todo aquello á que sus ojos no estan acostumbrados, ó bien todas las causas desconocidas que obran con una fuerza que él conoce ó cree conocer, como no pudiendo pertenecer á unos agentes conocidos. El vulgo toma por maravillas, prodigios y milagros, todos los efectos de que no puede formarse una idea; llama sobre naturales las causas que los producen, lo que significa simplemente que no está familiarizado con ellas, que no las conoce, ó que no ha visto en la naturaleza unos agentes cuya energia fuese capaz de producir unos efectos tan raros, como los que se le presentan á su vista.

Ademas de los fenómenos naturales y ordinarios que aparecieron á las naciones sin que estas pudiesen adivinar su causa, han tenido tambien, en unos siglos muy anteriores á los nuestros, unas calamidades, tanto generales como particulares, que debieron llenarlas de consternacion y echarlas en las inquietudes mas crueles. Los annales y las tradiciones de todo el mundo, recuerdan aun los acontecimientos físicos, los desastres y las catástrofes que han debido llenar de terror el corazon de nuestros antepasados; aunque la historia no nos recordase estos grandes acontecimientos,

nuestros ojos bastarian para darnos á conocer que el mundo que habitamos, ha sido, es y sera sucesivamente deshecho, trastornado, alterado, inundado y abrasado. Una infinidad de vastos continentes fueron tragados por las aguas; el mar, saliendo de sus limites, usurpó el dominio de la tierra; retirado despues, nos ha dejado unas señales evidentes de su paso en las conchas, los despojos de los pescados, y los restos de los cuerpos marinos que un observador atento halla á cada momento en los fertiles payses que habitamos hoy dia. Los fuegos subterranos han abierto unas bocas terribles en varias partes del mundo; y enfin, los elementos furiosos, se han disputado muchas veces el imperio de nuestro globo, y así es que este no consiste por todas partes mas que en un monton de cimientos y ruinas. ¿ Cual debio ser el terror del hombre, cuando vio en todas partes la naturaleza armada contra él y amenazandole con su ruina? ¿ Cuales debieron ser las inquietudes de los pueblos, cuando, sin saber como, vieron la naturaleza tan cruelmente trastornada, un mundo pronto á perecer, la tierra despedazada, y sirviendo de sepulcro á ciudades, provincias y aun reynos enteros? ¿ que idea pudieron entonces formarse los mortales, llenos de terror, de la causa ir-

resistible que producía estos efectos, que de ningún modo podían atribuir á la naturaleza? Por consiguiente estaban lejos de sospechar que fuese el motor ó el complice de este desorden de sí misma, y no se percibieron que estos desordenes eran los efectos necesarios de sus leyes, y contribuían á mantener el orden que la hace subsistir.

En estas circunstancias fatales, viendo las naciones, que no había sobre la tierra ningún agente bastante poderoso para operar tales efectos, levantaron sus miradas y sus ojos bañados en lágrimas hácia el cielo, en el cual supusieron que debía residir algún agente desconocido, cuya rabia destruía su felicidad.

Los hombres han recibido sus primeras nociones de la divinidad, en el seno de la ignorancia y de las calamidades, lo que nos demostrará que deben ser sospechosas, falsas, ó á lo menos aflictivas. Efectivamente, echemos una mirada sobre cualquiera parte que sea del globo, sobre el clima helado del norte, ó las regiones ardientes del medio día, ó bien bajo las zonas mas templadas, todas ellas nos dirán que los pueblos han temblado, y que la consecuencia de este miedo, ha sido que se han forjado unos dioses nacionales, ó que han adorado los de otros pueblos. La idea de estos

agentes tan poderosos ha sido siempre asociada al terror; su nombre hacia siempre acordar al hombre de sus propias calamidades ó de las de sus padres. Nosotros temblamos hoy, porque nuestros antepasados temblaron tambien hace millares de años. La idea de la divinidad despierta siempre en nosotros otras afflictivas; si volviésemos al origen de nuestros temores actuales y de los pensamientos lúgubres que se elevan en nuestro entendimiento siempre que oimos pronunciar su nombre, las encontraríamos en los diluvios, en las revoluciones y en los desastres que han destruido una parte del género humano, y consternado los infelices que habian escapado de la destruccion de la tierra: estos nos han transmitido hasta en el dia, los temores y las ideas negras que se han formado de las causas, ó de los dioses que les habian alarmado. (1)

(1) Un autor ingles ha dicho con razon, que el diluvio universal ha descompuesto tal vez tanto el mundo moral, como el mundo fisico, y que los cerebros humanos conservan aun la imprenta de las cosas que entonces recibieron. Véase *Philemon é Hydaspe*, p. 355.

Es poco verosimil que el diluvio, de que hablan los santos libros de los Judíos y de los cristianos, haya sido universal; pero hay lugar de creer que todas las partes de la tierra, y en diferentes épocas, han experimentado

Si los dioses de las naciones recibieron su nacimiento en el seno del terror, el poder desconocido que cada hombre se forjó para sí mismo recibió el suyo en el del dolor. Como no conocemos ni las causas naturales, ni sus modos de obrar, cuando tenemos algun infortunio, no sabemos á quien atribuirlo. Los movimientos excitados en nuestro interior, nuestras enfermedades, nuestras penas, nuestras pasiones, nuestras inquietudes, y las alteraciones dolorosas que sentimos en nuestra máquina sin saber lo que las causa, enfin la muerte, cuyo aspecto es tan terrible para un ser que tanto ama la vida, son unos efectos sobrenaturales para nosotros, porque son contrarios á nuestra naturaleza actual; por consiguiente no podemos menos de atribuirlos á alguna causa poderosa que, á pesar de nues-

los efectos de los diluvios; lo que es probado por la tradicion uniforme de todos los pueblos del mundo, y aun los vestigios de los cuerpos marinos que se encuentran en todos paises, metidos en la tierra en mas ó menos profundidad. Sin embargo, podria ser muy bien que un cometa hubiese venido á chocar fuertemente contra nuestro globo; que su movimiento, grande y vivo, hubiese producido el que los continentes se sumergiesen, lo que puede y podrá suceder, sin que fuese un milagro.

tros esfuerzos, nos tiene á su disposicion. La imaginacion, desesperada con unos males que creemos inevitables, se crea inmediatamente alguna fantasma que nuestra debilidad nos obliga á respetar; entonces, llenos de temor, meditamos tristemente sobre nuestras penas, buscando el medio de remediarlas y el modo de desarmar la cólera de la ilusion que nos persigue; de manera que fué siempre en medio de la tristeza que el hombre desgraciado forjó la fantasma de que ha hecho su dios.

Ninguno juzga de los objetos que ignora, sin haber conocido alguno que se les parezca. El hombre atribuye naturalmente una voluntad, inteligencia, designio, proyectos, pasiones, y en una palabra, una infinidad de calidades análogas á las suyas, á toda causa desconocida que siente obrar sobre él. Si una causa visible le afecta de un modo agradable ó favorable á su ser, al momento la juzga buena y bien intencionada; si al contrario siente alguna sensacion desagradable, la denomina mala, y la atribuye el deseo de dañarle. Todo lo que le parece producir por sí mismo algun efecto bien ordenado, y que opera constantemente las mismas sensaciones sobre él, disfruta, segun su modo de pensar, de la facultad de tener unas miras, un plan, y un sistema de conducta. Estas ideas, que el hombre ha sacado de sí mismo,

son las que hacen que ame ó tema los objetos que le han afectado, y que los busque ó que los huya cuando cree poderse escapar á su poder; de aquí se sigue que les habla, les invoca, y les ruega que le asistan, ó hagan cesar su afliccion; para esto hace por ganar su amistad á fuerza de bajezas y de regalos que cree poderles ser agradables; enfin, ejerce la hospitalidad, les dá un asilo, y les procura todas las cosas que le parecen podran agradarles mas, porque él mismo las atribuye el mayor valor. Estas disposiciones bastan para darnos á conocer el origen de los dioses tutelares que han sido criados hasta en las naciones mas salvages y groseras: en ellas vemos que los animales, las piedras, las substancias mas diformes é inanimadas, y los idolos á quienes atribuyen inteligencia, deseos y voluntades, son considerados como divinidades.

Hay tambien una disposicion que puede muy bien haber servido para engañar al hombre salvage, y que engañará á todos aquellos que sigan ciegamente las apariencias; este es el concurso furtivo de ciertos efectos con las causas que lo han producido, ó bien la coexistencia de estos efectos con ciertas causas que no tienen ninguna analogia con ellos. Este es el motivo por que, si un salvage ha tenido un buen suceso en la caza, la pesca, ó la

guerra, siempre que ha encontrado en su camino una roca, una montaña, un árbol, una serpiente, un animal, ó una piedra de una figura extraordinaria, les atribuirá la voluntad y la facultad de serle útil: este ignorante dará la de serle dañoso al primer objeto digno de reparo que encuentre un día que haya sido desgraciado; incapaz de razonamiento, no conoce que estos efectos diversos son debidos á unas causas naturales, y á unas circunstancias necesarias; tiene por mejor el atribuirlo todo á unas causas incapaces de influir ó de hacerle bien ni mal; de modo que su ignorancia, y la pereza de su entendimiento, las beatifican, es decir, les atribuyen inteligencia, pasiones y designios, y les suponen un poder sobrenatural. Un salvaje y un niño, son una misma cosa; este pega el objeto que le desagrade, como un perro muerde la piedra que le ha herido, sin acordarse de la mano que la arrojó.

Tal es aun, la fé que el hombre sin experiencia tiene en los agüeros buenos ó malos, que mira como unos presagios enviados por sus ridículos dioses, á quienes atribuye una sagacidad, una prevision de que él mismo está muy lejos de gozar. La ignorancia y el temor hacen que el hombre crea una piedra, un reptil ó un pájaro, mucho mas instruidos que él; y las pocas observaciones que

el hombre ignorante pudo hacer, le volvieron aun, mucho mas supersticioso de lo que era. Habiendo visto que algunos pájaros anunciaban, con sus cantos ó sus lúgubres gritos, el buen ó mal tiempo, los huracanes y las tempestades; que en ciertas épocas, las cavernas despedían unos vapores negros y pestíferos; se llegó á persuadir que todos estos seres conocían lo venidero, y tenían el don de profetizar.

Si poco á poco la experiencia y la reflexión desvanecen en el hombre la idea que se habia formado de estos objetos insensibles, ó si á lo menos los supone movidos por alguna causa secreta, á quien sirven de instrumentos, entonces se dirige, á esta causa sola, la ruego; trata de grangearse su amistad y de apaciguar su colera; enfin emplea para esto todos los medios que podrian lograr á obtener lo que pide de uno de sus semejantes.

Las sociedades en su origen, viendose algunas veces afligidas y maltratadas por la naturaleza, atribuyeron á los elementos ó á los agentes ócultos que los hacían obrar, voluntades, necesidades, miras y deseos semejantes á los del hombre. De aquí dimanaron los sacrificios para alimentarlos, las libaciones para desalterarlos, y el humo de los incienso para agradar su olfato, creyendo que los elementos ó sus motores irritados, se apaciguaban como el

hombre, con ruegos, bajezas y regalos. La imaginacion trabajó para adivinar cuales podrian ser las ofrendas mas agradables para estos seres mudos, que no hacian nunca conocer sus inclinaciones. Primeramente les ofrecieron las mieses y otros frutos de la tierra, sirviéndoles despues diversidad de viandas, é inmolándoles corderos, terneras y toros; y como se les vió casi siempre irritados contra el hombre, se les hizo poco á poco el sacrificio de niños y de hombres. Enfin el delirio de la imaginacion, que siempre va en aumento, hizo que se creyese que el agente soberano que preside á la naturaleza, desdeñaba las ofrendas sacadas de la tierra; y que no se le podia apaciguar sin el sacrificio de un hombre, presumiéndose que un ser infinito no podia reconciliarse con la raza humana, mas que por medio de una víctima considerable.

Los viejos, como mas experimentados, fueron encargados de hacer la reconciliacion con el poder irritado. (1) Estos la acompañaron de

(1) La palabra griega *πρεσβυς*, de donde proviene la de *sacerdote*, significa viejo. Los hombres han estado penetrados siempre de respeto, por todo aquello que llevaba el caracter de la antigüedad, y la han asociado siempre la idea de una sabiduria y de una experiencia consumada. Por una consecuencia de esta preocupacion,

unas ceremonias, de ritos, de precauciones, de fórmulas, y retrazaron á sus conciudadanos las nociones transmitidas por sus abuelos, las observaciones hechas por ellos, y las fábulas que de ellos habian recibido. Este es el modo con que el sacerdocio se estableció; y el, como el cultó se formó; y así es, como poco á poco se hizo un cuerpo de doctrinas que se adoptó en cada sociedad, y fué transmitido de generacion en generacion. En una palabra, tales son los elementos disformes y precarios de que se sirvieron por todas partes para componer la religion que fué siempre un sistema de conducta inventado por la ignorancia, para hacer gratas las potencias desconocidas á las cuales se supusó la naturaleza sometida; alguna divinidad iracunda é implacable le sirvió siempre de base, y fué sobre esta noción pueril y absurda que el sacerdocio fundó sus derechos, sus templos, sus altares, sus riquezas, su

cuando los hombres se encuentran en algun embarazo, prefieren regularmente la autoridad de la antigüedad y las decisiones de sus antepasados, á las de un buen sentido y de la razon, sobre todo, en cuanto á las materias religiosas; imaginándose que la antigüedad habia recibido la religion de primera mano, y que es en su infancia ó en su cuna que se la debe encontrar en toda su sabiduria, su prudencia y su pureza. Yo dejo al arbitrio de cada cual el pensar cuan fundada está esta idea.

autoridad y sus dogmas. Finalmente, es sobre estos fundamentos groseros, que estan colocados y erigidos todos los sistemas religiosos del mundo, que, inventados en su origen por salvajes, tienen todavia el poder de reglar la suerte de las naciones mas civilizadas. Estos sistemas tan perniciosos y ruinosos en sus principios, han sido diversamente modificados por el entendimiento humano, cuya esencia es de trabajar sin interrupcion sobre los objetos desconocidos, á los cuales principia por dar una grande importancia, y que nunca despues se atreve á exáminar con serenidad de espíritu.

Tal fué la marcha de la imaginacion en las ideas sucesivas que se crió, y que se le dieron sobre la divinidad. La primera teologia del hombre hizo que al momento temiese y adorase los mismos elementos de los objetos materiales y groseros; rindió despues sus homenages á unos agentes que presiden los elementos, á unos genios poderosos, á otros inferiores, á unos héroes, ó á unos hombres dotados de grandes calidades. A fuerza de reflexionar, creyó simplificar las cosas, sometiendo la naturaleza entera á un solo agente, á una inteligencia soberana, á un entendimiento, y á un alma universal que pone esta naturaleza y sus partes en movi-

miento. Recorriendo de causa en causa, los mortales han concluido por no ver nada; y es en esta obscuridad que han colocado sus dioses; es en este abismo tenebroso que su imaginacion inquieta trabajó siempre en fabricarse unas chimeras, que les afligirán hasta que el conocimiento de la naturaleza les desengañe de las fantasmas que siempre han adorado vanamente.

Si queremos exáminar nuestras ideas sobre la divinidad, nos veremos obligados á convenir que por la palabra *Dios*, los hombres no han podido nunca designar mas que la causa mas oculta, la mas lejana, y la mas desconocida de los efectos que ven; no hacen uso de esta palabra mas que cuando el juego de las causas naturales y conocidas cesa de ser visible para ellos; desde que pierden el hilo de las causas, ó desde que el entendimiento no puede ya seguir su cadena, cortan la dificultad, y terminan la gestion de buscarla llamando *Dios* la última de las causas, es decir, aquella que está mas allá de las que conocen; asi es que no hacen mas que asignar una designacion vaga á una causa ignorada, á la cual su pereza, ó los límites de sus conocimientos les obliga á ir á parar. Cuando dicen que Dios es el autor de algunos fenómenos, es como si dijesen, que ignoran el modo

con que se han podido operar por medio de las causas de la naturaleza que nos son conocidas. Este es el motivo por que el comun de los hombres, guiados por su ignorancia, atribuyen á la divinidad, no tan solo los efectos extraordinarios, sino tambien los acontecimientos mas simples que cualquiera que reflexiona un poco conoce con la mayor facilidad. (1) En una palabra, el hombre ha respetado siempre las causas ócultas de los efectos que su ignorancia le impedia descubrir.

Ahora podemos preguntar si los hombres pueden decir que conocen á fondo las fuerzas de la naturaleza, las propiedades de los seres que en sí encierra, y los efectos que pueden resultar de su combinacion. ¿Quien nos podrá decir el motivo por que el iman atrae el yerro? ¿Quien nos podrá explicar los fenómenos de la luz, de la electricidad y de la elasticidad?

(1) El motivo por que Cupido, Apolo, Esculapio y las furias han sido divinizados, proviene sin duda de que los hombres no han conocido la verdadera causa de las pasiones, el talento, la verba poética, etc. En una palabra, el hombre ha juzgado necesario el atribuir á una divinidad todos los efectos que le han parecido extraordinarios, lo que sin duda ha hecho que los sueños, los vapores istéricos y los vertigos hayan sido considerados como divinos. Los Mahometanos tienen los locos en la mayor veneracion y los cristianos, mucho mas locos,

¿ Quien podrá explicar el mecanismo de que, la modificacion del cerebro que llamamos voluntad, se sirve para poner nuestro brazo en accion? ¿ Hay alguno que pueda decir porque nuestro ojo vé , nuestra oreja oye, nuestro entendimiento concibe? Luego si no podemos explicar los fenómenos mas inmediatos y diarios que vemos, ¿ como nos atrevemos á juzgar imposible el que la naturaleza pueda, sin el socorro de un agente desconocido, producir unos efectos que para nosotros son enteramente incomprendibles? ¿ Seremos acaso mas sabios cuando, en vista de algun fenómeno extraordinario, se nos dice que es producido por un Dios que no conocemos, y del cual no nos pueden dar la idea mas remota? ¿ Puede acaso un sonido, que no tiene ningun sentido

consideran un extasis como un favor del cielo, y dan el nombre de vision divina á lo que otros llamarian locura vertigo y calentura cerebral. Las mugeres istéricas, y que estan atacadas de vapores, estan mucho mas expuestas que las demas á los extasis y visiones; como los penitentes y los frayles que ayunan demasiado, estan mas expuestos que los demas hombres á recibir estos favores del todo poderoso. Los Germanos, segun Tacito, creian que las mugeres tenian algo de divino en su cuerpo. Ellas son los que incitan los salvages á la guerra. Los Griegos tenian tambien sus *pitonisas*, sus *sibilas* y sus *profetisas*.

fijo, resolver algun problema? ¿La palabra *Dios* puede acaso significar otra cosa mas que la de ser la causa impenetrable de los efectos que nos asombran y que no podemos explicar? Cuando queramos confesar de buena fé, diremos que la ignorancia en que se estaba de las causas naturales y de las fuerzas de la naturaleza, fué la sola que dió el nacimiento á los dioses; la imposibilidad en que la mayor parte de los hombres estan, de salir de esta ignorancia, y de descubrir los verdaderos motivos de los acontecimientos que admiran ó temen, es la que les hace creer que la idea de un Dios es necesaria para dar cuenta de todos los fenómenos cuyas verdaderas causas no pueden ser conocidas. Este es el motivo porque son mirados como insensatos todo aquellos que no quieren admitir un agente desconocido, ó una energia secreta que, por no haber conocido la naturaleza, se colocó fuera de ella. Los fenómenos de esta excitan en el hombre sentimientos muy diversos; unos favorables, otros dañosos; unos que les estimulan al amor, la admiracion, y al reconocimiento; otros á la aversion y á la desesperacion. Segun sus sensaciones aman ó temen las causas, márgenes de los efectos que producen en ellos estas pasiones, proporcionando estos sentimientos á los efectos que resienten,

de manera que su admiracion ó su terror aumentan á medida que los fenómenos que ven son mas vastos, mas irresistibles, mas incomprehensibles y mas interesantes para ellos. El hombre necesariamente se hace el centro de la naturaleza, porque no puede juzgar de las cosas sin ser él mismo afectado ; no puede amar, mas que lo que le es favorable, y tiene que aborrecerlo que le hace sufrir; enfin, como llevamos dicho, llama *desorden* lo que turba el juego de su máquina, y *orden* lo que la es favorable. La consecuencia de estas ideas ha sido que el hombre se ha llegado á persuadir, que la naturaleza entera fué hecha para él ; que esta en todas sus obras no habia tenido ningun otro objeto mas que el de servirle, ó bien que las causas poderosas á las cuales está subordinada operan todos sus efectos y fenómenos solo para él.

Si hubiese sobre la tierra otros seres capaces de pensar como el hombre, es probable que cayesen en los mismos errores ; estos estan fundados sobre la predileccion que cada individuo tiene necesariamente por sí mismo, y que subsistirá siempre, hasta que la reflexion y la experiencia la hayan rectificad.

Así es que el hombre está contento cuando todo lo que le rodea está de acuerdo con su ser, y admira la causa á la que cree poder atri-

huir su bien estar ; mas cuando su modo de existir le desagrada, aborrece y teme lo que le ha dado su subsistencia, pero como el bien estar se confunde con ella, cesa de ser sensible así que es habitual ó continuo, en cuyo caso le juzgamos como hereditario de nuestra esencia, y creyendo, que hemos sido creados para ser siempre dichosos, nos parece natural el que todo concurra al mantenimiento de nuestro ser.

La cosa cambia de aspecto enteramente, cuando nuestros modos de ser nos desagradan. El hombre que sufre se queda asombrado del cambio que se ha operado en él ; cree que no es natural porque va contra su naturaleza ; se imagina que los acontecimientos que le dañan son opuestos al orden de las cosas, y cree que la naturaleza está turbada cuando no le procura el modo de sentir que le conviene, concluyendo de aquí que ella ó el agente que la mueve están irritados contra él.

Así es que el hombre que es casi insensible al bien, siente el mal con la mayor vivacidad, porque cree que el uno es natural, y el otro contrario al orden de las cosas. Ignora ó se olvida que hace parte del todo, formado por el conjunto de substancias, unas análogas y otras contrarias ; que los seres de que la naturaleza está compuesta, estan todos dotados

de diversas propiedades, y por consiguiente obran de un modo muy distinto sobre los cuerpos capaces de recibir su accion; enfin no se acuerda que estos seres, desposeidos tanto de bondad como de malicia, obran segun su esencia, y no pueden obrar de otro modo. Por no conocer estas cosas, considera al autor de la naturaleza como la causa de los males que siente, y como animado contra él.

En una palabra, el hombre considera su bien estar como una deuda de la naturaleza, y los males que le envia como una injusticia que le hace; persuadido que toda ella no fué hecha mas que para él, no puede concebir que le haga sufrir, y la cree dirigida por una fuerza enemiga de su dicha, que tiene sus razones para afligirle y castigarle. Lo que nos demuestra que el motivo de las pesquisas que los hombres han hecho para conocer la divinidad, las ideas que se han formado de ella, y la conducta que han seguido, han sido todas incitadas por el mal, ántes que por el bien. La admiracion sola de las obras de la naturaleza, y el reconocimiento de sus favores, no hubieran jamas determinado el género humano á buscar con tanto trabajo el origen de las cosas. Familiarizados al instante con los efectos favorables á nuestro ser, no nos damos el trabajo de buscar su origen, como lo

hacemos cuando nos inquietan ó afligen. De modo que, reflexionando sobre sus males, el hombre creyó deber meditar sobre la divinidad; pero sus meditaciones fueron siempre vanas, porque sus males, como sus bienes, son efectos igualmente necesarios de las causas naturales, á las cuales debió haber fiado su entendimiento, en lugar de inventar otras ficticias de las que nunca podrá formar sino ideas falsas, visto que las saca siempre de su propia manera de ser y de sentir. Obstinado en no ver mas que él mismo, no conoció jamas la naturaleza universal, de que no hace mas que una parte muy débil.

Una poca reflexion bastaria sin embargo, para deshacerse de estas ideas. Todo prueba que el bien y el mal son en nosotros unos modos de ser, dependientes de las causas que nos mueven, y que un ser sensible está obligado á sentir. En una naturaleza compuesta de seres infinitamente variados, es de toda necesidad que el choque ó el encuentro de materias discordantes, turbe el orden y el modo de existir de los seres que no tienen ninguna analogía con ellas; obra en todo lo que hace por unas leyes ciertas; y los bienes y los males que experimentamos, son consecuencias necesarias de las calidades hereditarias á los seres que estan en la esfera

de acciones en que nos encontramos. Nuestro nacimiento, que llamamos un beneficio, es un efecto tan necesario como nuestra muerte que miramos como una injusticia de la suerte: es de la naturaleza de todos los seres análogos el unirse para formar un todo, como lo es igualmente de todos los seres compuestos el destruirse ó disolverse, los unos antes y los otros despues. Todo ser, cuando se disuelve, dá á luz otros nuevos seres, y estos se destruyen á su vez, para ejecutar eternamente las leyes inmutables de una naturaleza, que no existe mas que por las mudanzas continuas que sufren todas sus partes. Esta naturaleza no puede ser mirada ni como buena ni como mala, pues que todo lo que en ella se opera es necesario. Esta misma materia ignea, que es en nosotros el principio de la vida, se hace el principio de nuestra destruccion, el del incendio de una ciudad, y el de la explosion de un volcan. Esta agua que circula en nuestros fluidos, tan necesaria para nuestra existencia actual, pero que, cuando es demasiado abundante, nos sufoca, es la causa de las inundaciones que frecuentemente se tragan la tierra y sus habitantes. Este ayre, sin el cual no se puede respirar, es la causa de los huracanes y de las tempestades que hacen inútiles los trabajos de los

mortales. Los elementos estan precisados á desatarse contra nosotros, cuando estan combinados de una cierta manera; y sus consecuencias necesarias, son estos estragos, estos contagios, estas hambres, estas enfermedades, y estos diversos males, por los cuales imploramos á gritos las potencias, sordas á nuestras voces, que jamas condescienden á nuestros deseos, mas que cuando la necesidad que nos affligía ha puesto las cosas en el orden que hallamos conveniente á nuestra especie; orden relativo, que fué y que será siempre la regla de todos nuestros juicios.

Los hombres no hicieron ninguna de estas reflexiones aunque simples; no vieron que todo en la naturaleza obraba por unas leyes inalterables: miraban los bienes de que gozaban como favores, y sus males como señales de colera en esta naturaleza, que suponian animada por sus mismas pasiones, ó á lo menos gobernada por algun agente secreto que le hacia ejecutar sus voluntades favorables ó nocivas á la especie humana. A este agente supuesto fué al que dirigieron sus ruegos, y, á pesar de que se ocupaban poco de él cuando eran dichosos, le daban siempre las gracias de sus bondades, de miedo que su ingratitud provocase su furor; pero sobre todo le invocaban con fervor en sus enfermedades y en

sus calamidades, pidiendole que cambiase en su favor la esencia y el modo de obrar de los seres; queriendo cada cual que para cesar su mal, por pequeño que fuese, la cadena eterna de las cosas fuese detenida ó rota enteramente.

Es sobre unas pretensiones tan ridículas que estan fundadas las plegarias fervorosas que los mortales, casi siempre descontentos con su suerte, y nunca de acuerdo con sus deseos, dirigen á la divinidad. Siempre arrodillados delante del poder imaginario que juzgan con derecho de mandar la naturaleza, le suponen bastante fuerte para trastornar su curso, para emplearla y hacerla servir á las miras particulares, y para obligarla á satisfacer los deseos disonantes de los seres de la especie humana. El enfermo expirando le pide desde su cama que los humores de su cuerpo pierdan inmediatamente las propiedades que los hacen nocivos á su bien estar, y que, por un acto de poder, su Dios renueve ó cree de nuevo, los resortes de una máquina usada por las enfermedades. El cultivador de un terreno húmedo y bajo, se le queja de la abundancia de las lluvias, de que su campo está inundado, mientras que el habitante de una colina elevada le dá gracias de sus favores, y sollicita que haga la desesperacion de su vecino.

Enfin, cada hombre quiere un Dios para sí solo, y pide que en su favor, y según sus fantasías y sus necesidades variables, la esencia invariable de las cosas sea mudada continuamente.

De aquí es que vemos que los hombres piden milagros á cada instante. No nos extrañemos pues de su credulidad, ó de la facilidad con la cual adoptan las relaciones de las obras maravillosas que se les anuncia como actos del poder y de la beneficencia de la divinidad, y como pruebas de su imperio sobre la naturaleza entera, á la que, ganándola, se han prometido el mandar ellos mismos (1). Por una consecuencia de estas ideas, esta naturaleza se ha encontrado totalmente despojada de

(1) Los hombres han notado muy bien que la naturaleza era sorda, y que nunca interrumpia su marcha; y por esto y por su interes, la han sometido á un agente inteligente que suponen, por su analogía con ellos, mas dispuesto á escucharles que una naturaleza insensible que no pueden detener. Queda pues que saber, si el interes del hombre puede ser mirado como una prueba iududable de la existencia de un agente dotado de inteligencia, y si desde que la cosa conviene al hombre puede concluir cual es. Enfin seria necesario ver si realmente el hombre, con la ayuda de este agente, ha podido lograr nunca el mudar la marcha de la naturaleza.

todo poder, y no ha sido mirada nunca mas que como un instrumento pasivo, ciego por sí mismo, y que no obraba sino en conformidad de las órdenes variables de los agentes todo poderosos, á los cuales se la creyo subordinada. Por esto, y por no mirar la naturaleza en su verdadero estado, se la desconoció enteramente, se la despreció, se la creyó incapaz de producir nada, y se hizo el honor de atribuir todas sus obras, tanto ventajosas como nocivas para la especie humana, á unas potencias ficticias, á las cuales el hombre prestó siempre sus propias disposiciones para engrandecer su poder : fué, en una palabra, sobre los escombros de la tierra, que los hombres elevaron el coloso imaginario de la divinidad.

Si la ignorancia de la naturaleza dió el nacimiento á los dioses, el conocimiento de ella basta para destruirlos ; los recursos y las fuerzas del hombre aumentan á medida que se va instruyendo ; las ciencias, las artes y la industria le favorecen ; la experiencia le aquieta ó le procura los medios de resistir á los esfuerzos que cesa de temer así que los conoce ; en una palabra, sus terrores se disipan al paso que su entendimiento se instruye. Un hombre instruido no puede ser supersticioso.

CAPITULO II.

DE LA MITOLOGIA Y TEOLOGIA.

La naturaleza y los elementos fueron, como acabamos de ver, las primeras divinidades del hombre ; empezando siempre por adorar objetos materiales, cada uno, como hemos dicho, y como se puede experimentar entre los salvajes, se forma una divinidad de todo objeto físico que supuso ser la causa de los acontecimientos que le interesan. Jamas irá á buscar fuera de la naturaleza visible la margen de lo que le sucede, ó de los fenómenos de que es testigo ; como todo lo que vé es material, atribuye los efectos á causas de la misma especie ; incapaz, por su simplicidad de hacer reflexiones profundas y especulaciones sùtiles, que son el fruto de la ociosidad, no puede figurarse una causa distinta de los objetos que vé, ni una esencia totalmente diferente de todo lo que percibe.

La observacion de la naturaleza fué el pri-

mer estudio de los que tuvieron tiempo para meditar ; todos quedaron asombrados de los fenómenos del mundo visible. El nacimiento y la caída de los astros, la vuelta periódica de las sazones, las variedades del ayre, la fertilidad y esterilidad de los campos, las ventajas y los daños causados por las aguas, y los efectos tan pronto útiles como terribles del fuego fueron todos objetos capaces de hacer reflexionar. Entonces creyeron naturalmente que estos seres que veian moverse por sí, mismos, obraban por su propia energía, y por sus influencias buenas ó malas, sobre los habitantes de la tierra ; les supusieron el poder y la voluntad de hacerles bien ó mal. Los que primero supieron ganar un ascendiente sobre los hombres salvages, groseros, dispersados en los bosques, ocupados de la caza ó de la pesca, errantes y vagamundos, poco amigos de un suelo del cual no sabian servirse aun, fueron siempre observadores mas experimentados y mas instruidos de los modos de obrar de la naturaleza, que los pueblos, ó por mejor decir los individuos esparcidos, ignorantes y sin experiencia. Sus conocimientos superiores les dieron la posibilidad de serles útiles, de descubrir y de hacer invenciones ventajosas, y de ganarse de este modo la confianza de unos seres desgraciados, á quienes venian á socor-

rer. Unos hombres salvages, desnudos, hambrientos, expuestos á las injurias del ayre, á los ataques de las fieras, dispersados en las cavernas y en los bosques, y ocupados del trabajo penoso de cazar ó de trabajar sin relaja para procurarse una subsistencia incierta, no pudieron tener tiempo para hacer algun descubrimiento capaz de facilitar su trabajo. Las invenciones son siempre el fruto de la sociedad ; los seres aislados, ó separados unos de otros, no encuentran, ni aun buscan, nada de esto ; el salvage es un ser que se halla en una infancia perpetua, y que no saldria de ella si no le veniesen á sacar de su miseria. Poco sociable al principio, toma no obstante apego á los que le hacen algun bien, y una vez rendido, entrega su confianza, y hasta su libertad.

Del seno de las naciones civilizadas, han salido comunmente los personajes que han llevado la sociabilidad, la agricultura, las artes, las leyes, los dioses, los cultos y las opiniones religiosas, á las familias esparcidas, y no formadas en nacion. Estos hombres dulcificaron sus costumbres, juntaron y enseñaron á sacar partido de sus fuerzas, á ayudarse mutuamente para procurarse sus necesidades con mayor facilidad ; haciendo de este modo su existencia mas dichosa, obtubieron su amor

y veneracion ; obtubieron el derecho de prescribir opiniones, y les hicieron adoptar las que ellos mismos habian inventado ó sacado de las naciones civilizadas de que habian salido. La historia nos representa los mas famosos legisladores como hombres que, enriquecidos con todos los conocimientos útiles que se encuentran en el seno de las naciones bien instruidas, llevaron á los salvages privados de industria y de socorros las artes que hasta entonces habian ignorado : tales han sido los Bacos, los Orfeos, los Triptolemos, los Moyses, los Numas, los Zamolxis, y en una palabra, los primeros que dieron á las naciones la agricultura, las ciencias, las divinidades, los cultos, los misterios, la teologia y la jurisprudencia.

Se me preguntará tal vez, ¿ si las naciones que vemos en el dia reunidas estaban dispersas en su origen? á lo que respondo, que esta dispersion puede muy bien haber sido producida diversas veces por las revoluciones terribles que, como hemos visto ya, nuestro globo ha tenido con frecuencia en tiempos tan remotos, que la historia no ha sido capaz de transmitirnos los detalles. ¿ Quien sabe si la proximidad de algun cometa no ha producido en nuestra tierra muchos estragos universales, que tal vez consumieron la porcion mas consi-

derable de la especie humana? Los que pudieron escaparse de la ruina del mundo, llenos de consternacion y de miseria, no pudieron darnos unos conocimientos que la desgracia d que habian sido testigos y víctimas, habia borrado de su imaginacion, y en este terror no han podido instruirnos mas que por medio de una tradicion obscura de sus horrorosas aventuras, y de las opiniones, los sistemas y las artes anteriores á las revoluciones de la tierra. Tal vez han existido eternamente hombres sobre ella; pero ellos, sus monumentos y sus ciencias perecieron á varios periodos. Los que sobrevivieron á estas revoluciones periódicas formaron cada vez una nueva raza de hombres que, á fuerza de tiempo, de experiencia y de trabajo, llegaron á sacar del olvido las invenciones de las razas primitivas. Tal vez estas innovaciones son la causa de la ignorancia en que le vemos de las cosas que le son mas útiles. Hé aquí puede ser el verdadero origen de la imperfeccion de nuestros conocimientos, de los vicios de nuestras instituciones políticas y religiosas, á las que el terror solo presidió; de estas preocupaciones puériles, de la inexperiencia que hace que el hombre esté aun en la infancia por todas partes, y que sea tan poco capaz de consultar la razon y de escuchar la verdad. Si se juzgase por la debili-

dad y la lentitud de sus progresos, se podría muy bien pensar que la raza humana sale á penas de su infancia, ó no fué nunca destinada á llegar á su virilidad. (1)

Sea cual fuese la veracidad de estas conjeturas, ya sea que la raza humana haya siempre existido, ó ya que sea la produccion reciente y pasajera de la naturaleza, siempre nos será fácil el llegar hasta el origen de muchas de las naciones existentes. Vemoslas siempre en su estado salvaje, es decir, compuestas de

(1) Para los que no han meditado bastante sobre la naturaleza, estas hipótesis deben parecer muy mal fundadas. No tan solo puede haber habido un diluvio universal, sino tambien una infinidad de otros desde que el mundo existe, y que no han llegado á nuestro conocimiento. Hasta este mismo globo puede muy bien haber sido una produccion moderna de la naturaleza, y no haber siempre ocupado el lugar que tiene en el dia. Véase parte primera, cap. vi. Sea cualfuese la idea que adoptemos sobre este particular, lo cierto es que, independientemente de las causas exteriores que pueden cambiar totalmente su faz, como lo hace el impulso de un cometa, este globo encierra en sí mismo una causa que puede cambiarle enteramente. En efecto, ademas del movimiento diario y sensible de la tierra, tiene aun, uno muy lento y casi insensible por lo que todo cambia en ella. Este es del cual dependen las precisiones de los equinocios, observadas por Hipparque y

familias dispersas, reunidas á la voz de algunos legisladores ó misioneros de quien reciben los beneficios, las leyes, las opiniones, y los dioses. Estos personajes de quienes los pueblos conocieron la superioridad, fijaron las divindades nacionales, dejando á cada individuo la facultad de creer en las que él mismo se habia formado, ó bien mandándole respetar las que traian de las regiones de donde habian salido.

Estos hombres que habian llegado á ser los

otros muchos matemáticos, de las que debe resultar al cabo de muchos millares de años una mudanza total, por la cual la tierra ocupará el lugar del mar, y el mar el que ocupa ahora la tierra; lo que nos demuestra que nuestro globo tiene una disposicion continua á cambiar, como todos los demas seres de la naturaleza. Parece ser que los antiguos conocieron el movimiento de que acabamos de hablar; lo que hizo concebir la idea de su grande año, que los unos fijaron á 36,525 en Egypto, á 36,425 entre los Sabienses, etc. en igual que otros fijaron este periodo desde 100,000 hasta 7,532,000 años. Véase el tomo xxxiii de *las Memorias de la Academia de Inscripciones*.

A las revoluciones generales que nuestra tierra ha tenido en diferentes tiempos, se pueden añadir las particulares, como las inundaciones del mar, los temblores de tierra, y los fuegos subterráneos que han podido afectar bastante algunas naciones particulares, pas-hacer que se dispersasen, y que olvidasen todo lo que antes sabian

doctores, las guías y los dueños de las sociedades nacies, queriendo inculcar á fondo sus nociones en los demas, hablaron á su imaginacion. La poesia con sus imágenes, sus ficciones, sus numeros, su harmonia, y su consonancia, embelesó la imaginacion de los pueblos, y gravó en ella, las ideas que se les querian dar. A su voz, la naturaleza entera fué animada, y personificada como todas las demas partes. La tierra, el ayre, el agua y el fuego adquirieron una inteligencia, un pensamiento y una vida; por consiguiente fueron divinizados. El cielo, ó el inmenso espacio que nos rodea, fué considerado como el primero de todos los dioses. El tiempo su hijo, que destruye sus obras, lo fué como una divinidad inexorable, que fué reverada bajo el nombre de *Saturno*. El fuego invisible, ó la materia eterea, que vivifica y dá la fecundidad á todos los seres, primer principio del movimiento y del calor, fué llamado *Jupiter*: este se casó con *Juno*, la diosa del ayre; sus metaómrfofis y sus freqüentes adulterios dieron á conocer sus combinaciones con todos los seres de la naturaleza; le armaron con el rayo, para dar á entender que él era el que producía los metéoros. Por la misma razon el sol, este astro bienhechor que influye tanto sobre la tierra, fué hecho un *Osiris*, un *Belo*, un *Mitras*, un *Adonis* y un

Apolo. La naturaleza, entristecida con su ausencia periódica, fué llamada *Isis*, *Astarté*, *Venus*, ó *Cibelis*. En fin, todas las partes de la naturaleza fueron personificadas; el mar estuvo bajo el imperio de *Neptuno*; el fuego fué adorado por los Egipcios bajo el nombre de *Serapis*, bajo el de *Ormus* ó *Oramaze* por los Persas, y bajo los nombres de *Vesta* y de *Vulcano* por los Romanos.

Este es el verdadero origen de la mitología, la cual, hija de la física, fué adornada por la poesía, y destinada unicamente á pintar la naturaleza y sus partes. Por poco que se consulte la antigüedad se notará sin dificultad que estos sabios tan famosos, estos legisladores, estos sacerdotes y estos conquistadores, que instruyeron las naciones desde su infancia, adoraban ellos mismos, ó hacian adorar al vulgo la naturaleza obrando, ó el gran todo mirado segun sus diferentes operaciones ó calidades (1); este gran todo es el que ellos han

(1) Los Griegos llamaban la naturaleza una divinidad que tenia mil nombres (*μυριομοα*). Todas las divinidades del paganismo no eran mas que la naturaleza, mirada segun sus diferentes funciones y bajo sus aspectos diversos, y los emblemas con que adornaban estas divinidades prueban aun esta verdad. Estas maneras distintas de mirar la naturaleza han hecho nacer el

divinizado; han personificado sus partes; es de la necesidad de sus leyes que han hecho tambien un *destino*; la alegoría disfrazó su modo de obrar, y enfin, fueron las partes de este gran todo que la idolatría representó bajo símbolos y figuras. (1)

Para completar la prueba de lo que acabamos de decir, y para hacer ver que el gran todo del universo y la naturaleza de las cosas, eran el verdadero objeto del culto de la an-

sistema que admite la pluralidad de dioses y la idolatría. Véanse *las Observaciones criticas contra Toland por Benoist*, p. 258

(1) Para convencerse de esta verdad, no hay mas que leer los autores antiguos. *Yo creo*, dice Varron que Dios es el alma del universo que los Griegos han denominado *κοσμος*, y que el mismo universo es Dios. Ciceron dice, *eos qui dii appellantur rerum naturas esse*. Véase de *Naturá Deorum*, lib. III, cap. 24. El mismo Ciceron dice, que en los misterios de Samotracio, de Lemnos y de Eleusis, era mas la naturaleza que los dioses, lo que se explicaba á los iniciados: *Rerum magis, natura cognoscitur quàm deorum*. Anadase á estas autoridades el libro de la Sabiduria, cap. XIII, v. 10, y cap. XIV, v. 15 y 22. Plinio dice con tono muy dogmático: *Es preciso creer que el mundo, ó lo que está encerrado bajo la extension tan vasta de los cielos, es la misma divinidad, eterna, inmensa, sin principio ni fin*. Véase *Plin. Hist. nat.* lib. II, cap. 1, inic.

tiguedad pagana, daremos aquí el principio del himno que Orfeo compuso para el dios Pan.

« ¡ O Pan! dios poderoso, yo te invoco, como
« tambien á tí naturaleza universal; invocoos
« tambien á vosotros, cielo, mares, tierra y
« fuego, porque sois los miembros del poderoso
« Pan, etc. » Nada es mas propio para confirmar estas ideas que la explicacion ingeniosa que un autor moderno dá de la fábula de *Pan*, como tambien de la figura bajo la cual se le habia representado. « Pan, dijo, segun el significado de su nombre, es el emblema bajo el cual los antiguos han designado el conjunto de las cosas: representa el universo, y en el concepto de los filósofos mas sabios de la antigüedad, pasaba por el primero y el mas antiguo de los dioses. Los rasgos bajo los cuales se le pinta, forman el retrato de la naturaleza, y del estado salvaje en que se encontraba al principio. La piel sembrada de varias pintas del leopardo con que el Dios se cubria, era la imagen de los cielos llenos de estrellas y constelaciones. Su persona era compuesta de partes, que unas convenian al animal razonable, es decir al hombre, y otros al animal desprovisto de razon, como lo es el macho cabrio. Así es, dice él, que el universo está compuesto de una inteligencia que todo lo gobierna, y de los elementos se-

« cundos y prolificos del fuego, del agua, de
« la tierra y del ayre. Pan gusta perseguir las
« ninfas, lo que anuncia la necesidad que la
« naturaleza tiene de la humedad para todas
« sus producciones, y que este Dios, como la
« naturaleza, está fuertemente inclinado á la
« generacion. Segun los Egipcios y los mas an-
« tiguos sabios de la Grecia, *Pan* no tenia ni
« padre ni madre, y habia salido de Demor-
« gorgon al mismo instante que las parcas, sus
« fatales hermanas; excelente modo para de-
« cir que el universo era la obra de un poder
« desconocido, y formado por las relaciones in-
« variables y las leyes eternas de la necesidad;
« pero el símbolo mas significativo, y capaz de
« expresar la armonía del universo, es su mis-
« teriosa churumbela, compuesta de siete ca-
« ñas desiguales, pero capaces de producir los
« sonidos mas justos. Los orbitos de los siete
« planetas de nuestro sistema solar, tienen to-
« dos diferentes diámetros, y el tiempo que
« estos cuerpos desiguales, en cuanto á la masa,
« tardan en ejecutar este círculo es muy di-
« verso; no obstante, del orden de sus movi-
« mientos, resulta la armonía que vemos en
« las esferas, etc. » (1)

(1) Este pasage ha sido sacado de una obra inglesa, intitulada *Letters concerning Mythology*, ó *Cartas*

Hé aquí el gran todo ó el conjunto de las cosas, adorado y divinizado por los sabios de la antigüedad, mientras que el vulgo se contentaba con adorar la emblema, ó el símbolo que denominaba la naturaleza. Su entendimiento, demasiado limitado, no le permitió nunca el acercarse á la verdad, que no fué conocida mas que por aquellos que fueron creidos dignos de ser iniciados en estos misterios.

Efectivamente, tanto los primeros institutores de las naciones como sus sucesores en la autoridad, no hablaron nunca al pueblo mas que

mitológicas. No se puede dudar que los mas sabios de entre los paganos han adorado la naturaleza, que su mitología ó teología designaba bajo una infinidad de nombres y de emblemas diferentes. Apuleo, á pesar de ser platónico, y de estar acostumbrado á las nociones místicas de su maestro, llama la naturaleza *rerum naturæ parens, elementorum omnium domina, seculorum progenies initialis..... matrem siderum, parentem temporum, orbisque totius dominam.* Esta es la naturaleza que los unos adoraban bajo el nombre de la madre de los dioses, y otros bajo el de *Venus, Ceres ó Minerva,* etc. En fin la pluridad de Dioses de los paganos queda perfectamente probada con las palabras de Maximo de Madauro, que dice, hablando de la naturaleza : *Ita fit ut, de ejus quasi membra carptim, variis supplicationibus prosequimur, totum colere profectò videamur.*

por medio de fábulas, enigmas y alegorías, reservándose la facultad de decir la verdad cuando les conviniese. Este tono misterioso era necesario ó bien para encubrir su ignorancia, ó bien para fascinar los ojos del pueblo, que no respeta nunca mas que lo que le parece extraordinario. Las explicaciones que dieron á este, fueron siempre dictadas por el interes, la impostura ó una imaginacion delirante; de modo que la naturaleza, que todas estas nociones habian querido designar en un principio, se hizo mas y mas desconocida á todos los siglos, y en su lugar fueron colocados una infinidad de personajes ficticios, bajo cuyos rasgos habia sido representada. Los pueblos sin mas ni mas los adoraron, sin penetrar el verdadero sentido de las fábulas emblemáticas que les contaban de ellos. Estos personajes idéales y sus figuras materiales, en las cuales ciegamente creían que residia una virtud divina y misteriosa, fueron los objetos de su culto, de sus esperanzas y de sus temores; sus acciones extraordinarias é increíbles fueron un margen inagotable de admiracion y de locuras que, transmitidas de siglo en siglo, y necesarias á la existencia de los ministros de los dioses, no hicieron mas que redoblar la ceguedad del vulgo, que no puede nunca adivinar que la naturaleza, sus partes, sus ope-

raciones, las pasiones de los hombres, y sus facultades, eran las que habian llenado de una infinidad de alegorías. (1) Desde entonces no tuvo ojos mas que para estos emblemas, atribuyéndoles sus bienes y sus males, y cayendo de este modo en toda especie de locuras; de modo que, por no haber conocido la realidad de las cosas, cayó su culto en las extravagancias mas crueles, y las locuras mas ridiculas.

Por aquí vemos que la naturaleza y sus diversas partes han sido siempre las primeras divinidades. Los físicos las observaron bien ó mal, y pudieron llegar á conocer sus propiedades y sus modos de obrar; los poetas las pintaron á la imaginacion, atribuyéndoles cuerpo y entendimiento; el estatuario ejecutó las ideas de los poetas; los curas adornaron estas divinidades con mil atributos maravillosos y

(1) Las pasiones del hombre y sus facultades fueron divinizadas porque ninguno las pudo comprehender. Como las pasiones fuertes parecen arrastrar al hombre, á su pesar, fueron atribuidas á un dios ó creidas divinas. De aquí nace el haber hecho un dios del amor; la elocuencia, la poesia y la industria fueron igualmente divinizadas bajo los nombres de *Hermes*, de *Mercurio* y de *Apollo*. Entre los cristianos la razon ha sido tambien divinizada bajo el nombre del *verbo eterno*.

terribles; el pueblo las adoró, y se prosternó sin rubor delante de unos seres tan poco susceptibles de amor ó de aborrecimiento, de bondad ó de maldad; por consiguiente tuvo que hacerse perverso para agradar á estas divinidades, que le enseñaron siempre bajo los colores mas odiosos.

A fuerza de raciocinar y meditar sobre esta naturaleza adornada, ó por mejor decir desfigurada, los especuladores subsecuentes perdieron de vista la margen de que sus antecesores habian sacado estos dioses, y de los adornos fantásticos de que los habian adornado. Los físicos y las poetas, transformados por la ociosidad ó por las pesquisas, en metafísicos ó teólogos, creyeron haber hecho un importante descubrimiento con distinguir sutilmente la naturaleza de si misma, de su propia energía y de su facultad de obrar; poco á poco, llegaron á hacer de esta energía un ser incomprendible que personificaron y llamaron *motor de la naturaleza*, designándole bajo el nombre de dios, sin que jamas pudiesen llegar á formarse la menor idea de él. Este ser abstracto y metafísico, ó por mejor decir, esta palabra se hizo el objeto de sus meditaciones continuas (1),

(1) La palabra griega θεος proviene de τῆθημι, pono, facio, ó mas bien θεωρομαι, specto, contemplan.

y le consideraron no tan solo como un ser verdadero, sino como el mas importante de todos los seres. A fuerza de soñar y de sutilizar, la naturaleza ha desaparecido, ó ha sido á lo menos despojada de sus derechos, mirada como una masa de fuerza y de energía, como un monton innoble de materias meramente pasivas, en fin incapaz de obrar por sí misma, y por consiguiente de tener la menor fuerza sin la intervencion del motor que se le habia asociado. Así se preferió una fuerza desconocida á la que le hubiera sido conocida facilmente si se hubiese dignado consultar la experiencia. Pero el hombre cesa pronto de respetar lo que entiende, y estimar los objetos que le son familiares; su entendimiento trabaja sobre todo para coger lo que parece escapar á sus miradas, y, á falta de experiencia, consulta su imaginacion, que le llena de ilusiones.

Por consiguiente, los especuladores, que tanto habian trabajado en distinguir la naturaleza de su fuerza, han revestido esta, de mil calidades incomprehensibles; y como no pudieron ver este ser, que no es mas que una palabra, le dieron un entendimiento, una inteligencia, y le hicieron incorporal, es decir, una substancia totalmente diferente de todo cuanto

conocemos. (1) Con esto creyeron haber dicho todo, sin notar nunca que todas sus invenciones, y las palabras que habian imaginado, no servian mas que para ocultar su ignorancia, y que toda su ciencia se componia, á pesar de sus muchos rodeos, en decir que no podian concebir como la naturaleza obraba. Nos engañamos siempre por no estudiar la naturaleza, siendo así que tenemos que volver á ella, aunque no sea mas que para sutilizar las palabras que no entendemos, y las cosas que conoceriamos mucho mejor si quisiesemos mirarlas sin preocupacion.

¿ Como puede un téologo creerse mucho mas instruido, solo por haber substituido las palabras vagas de entendimiento, substancia incorporeal, divinidad, etc., á las de materia, movilidad, naturaleza y necesidad? Sea como fuese, estas palabras, una vez imaginadas tuvieron necesidad de poderse comunicar por medio de alguna idea, y esta fué sacada de los mismos seres de la naturaleza, que son siempre los que podemos conocer. Entonces los hombres la sacaron de ellos mismos, es decir,

(1) Véase lo que se ha dicho en la primera parte de esta obra sobre el sistema de la espiritualidad, como tambien la segunda nota del c. 6 de esta segunda arte.

que su alma sirvió de modelo á la universal; su entendimiento lo fué para aquel que regula toda la naturaleza; sus pasiones y deseos fueron los protótipos de los suyos; su inteligencia sirvió de molde para la otra; lo que les convenia mas, fué llamado orden de la naturaleza; lo que segun ellos componia su sabiduria, enfin, las calidades que los hombres en sí mismos llamaron perfecciones, fueron los modelos en pequeño de las divinas. De modo que, á pesar de todos sus esfuerzos, los téologos fueron y seran siempre unos antropomórfitas, ó no podran impedir el tener que hacer del hombre el modelo de la divinidad. (1) En efecto, el hombre en Dios no ha visto ni verá jamas mas que otro hombre; por mas que sutilize, por mas que extienda

(1) *El hombre, dice Montaigne, no puede ser mas que lo que es, ni imaginar mas de lo que su entendimiento le permite, y por mas que haga, nunca conocerá mas alma que la suya.* Decian á un hombre muy colérico que Dios habia hecho el hombre á su imagen; *para eso el hombre le ha recompensado con su trabajo,* respondió este filósofo. Xenofanes decia que, si el buey ó el elefante supiesen esculpir ó pintar, no dejarian de representar la divinidad bajo su misma figura, con la misma razon con que Policleto ó Fidias le dieron la figura humana; lo que nos demuestra, dice La Motte le Vayer, que la Teantropia es la base del cristianismo.

su poder y sus perfecciones, no hará nunca de él mas que un hombre gigantesco ó exâgerado, que volverá en una mera ilusion á fuerza de atribuirle una infinidad de calidades incompatibles. Nunca verá en Dios mas que un ser de la especie humana, del cual hará sus esfuerzos para engrandecer las proporciones, hasta llegar á hacer un ser totalmente inconceivable. Estas disposiciones en que estamos han hecho que atribuyamos la inteligencia, la sabiduria, la bondad, la justicia, la ciencia y el poder á la divinidad, y esto porque el hombre es inteligente él mismo, porque tiene una idea de sabiduria que le ha sido dada por algunos de los seres de su especie, porque le gusta encontrar en ellos unas disposiciones favorables para sí mismo, porque estima los equitativos, porque él mismo tiene algunos conocimientos que suele haber mas extensos en algunos otros individuos de su especie, y enfin porque goza de algunas facultades que dependen de su organizacion. En breve se extiende y exâgera á lo sumo estas calidades, y al ver los fenómenos de la naturaleza que él mismo se siente incapaz de ejecutar, tiene por fuerza que hacer una diferencia entre él mismo y su dios, pero sin saber donde ha de parar; temeria de engañarse si se atreviese á fijar los límites de las calidades que le atribuye: para esto se sirve

de la palabra *infinito*, creyendo caracterizarle con ella : dice que su poder es infinito, lo que quiere decir que no conoce donde su poder puede detenerse; dice que su bondad, que su sabiduria, su ciencia y su clemencia lo son tambien, es decir, que no sabe hasta donde estas perfecciones pueden llegar en un ser cuyo poder sobrepuja siempre al suyo. Dice que este dios es eterno ó infinito, porque no puede concebir que haya jamas existido, ó que pueda dejar de existir, porque esto seria un defecto como el que los seres transitorios tienen de estar sujetos á la muerte. Presume que la causa de los efectos que vé es necesaria, inmutable, permanente, y de ningun modo sujeta á cambiar como todas las obras pasajeras que conoce sometidas á la disolucion, á la destruccion, y á la mudanza de las formas. Este motor siendo siempre invisible para el hombre, y obrando de un modo impenetrable y oculto, se cree que, semejante al principio que anima su cuerpo, este dios es el movíl del universo; por consiguiente le hace el alma y la vida del movimiento de la naturaleza. Enfin, cuando á fuerza de sutilizar, se llega á imaginar que lo que mueve su cuerpo es una substancia inmaterial ó un entendimiento, atribuye las mismas calidades á su dios, y le hace inmenso sin extension, inmutable aun-

que capaz de mover la naturaleza, y de ser el autor de las mudanzas que se hacen en ella.

La idea de la unidad de Dios, fué la consecuencia de la que nos habíamos imaginado ser el alma del universo; pero siempre debió ser el fruto tardido de las meditaciones humanas. (1) La vista de los efectos opuestos, y algunas veces contradictorios que se operaban en el mundo, debió persuadir á todos, que debia de haber un gran número de poderes ó de causas distintas é independientes unas de otras; los hombres no pudieron imaginarse que unos efectos tan diversos pudiesen dimanar de la misma causa; por consiguiente admiraron varios, ó por mejor decir, adoraron muchos dioses, á quienes atribuyeron diferentes principios, unos como amigos, y otros como enemigos del género humano. Tal es el origen del dogma tan antiguo y universal que supone en

(1) La idea de Dios costó, como se sabe, la vida á Sócrates; porque los Atenenses tomaron por ateo un un hombre que no creia mas que en un solo dios. Platon, no atreviéndose á romper cara á cara el politeismo, conservó á Venus como creadora, á Palas como diosa del pays, y á Jupiter tonante como todo poderoso. Los cristianos fueron considerados como ateos por los paganos, porque no creian mas que en un solo dios.

la naturaleza dos principios ó dos poderes de intereses muy diversos, con los cuales creyeron explicar la mezcla constante de bienes y de males, de prosperidades y de infortunios, y, en una palabra, todas las vicisitudes á las que el género humano esta expuesto. Hé aquí el origen de los decantados combates entre los buenos y malos dioses *Osiris y Tyffon, Oromades y Arimanes, Jupiter y los Títanos, Jehovah y Satan*. No obstante, los hombres, por su propio interes, prometieron siempre las ventajas de esta guerra á las divinidades bienhéchoras; estas segun ellos debian al fin quedar las dueñas del campo de batalla, porque esto les tenia cuenta.

Pero aun cuando los hombres no quisieron admitir mas que un solo dios, supusieron siempre, que los diferentes ministerios de la naturaleza habian sido confiados por él, á otros poderes sometidos á sus órdenes supremas. Estos dioses subalternos fueron multiplicados á lo infinito. Cada hombre, cada ciudad y cada pays tuvo su divinidad tutelar; cada acontecimiento bueno ó malo tuvo una causa divina, y fué dirigido por un decreto soberano; cada efecto natural, cada operacion y cada pasion dependió de una divinidad, que la imaginacion teológica, dispuesta siempre á ver pioses por todas partes, y á no reparar nunca

en la naturaleza, adornó ó desfiguró, lo que la poesia exágeró y animó con sus pinturas, y que la ignorancia recibió con ansia y sumision. Tal es el origen del politeismo ; tales son los fundamentos y los títulos sobre que fué establecida la herarquia de los dioses, porque se sintieron siempre incapaces de levantarse hasta el ser incomprehensible que habian reconocido por único soberano de la naturaleza ; esta es la verdadera genealogia de los dioses de segundo orden, que los pueblos colocaron como medios proporcionales entre ellos y las causas de todas las cosas. Por consiguiente los Griegos y los Romanos dividieron sus dioses en dos clases ; los de la una, fueron llamados los grandes dioses (1), y formaron un orden de aristocracia distinguido de los pequeños ó de la multitud de las divinidades paganas. No obstante, los unos y los otros fue-

(1) Los Griegos llamaban los grandes dioses *θεοὶ καὶ ἄριστοι* *cabiri*; los Romanos les llamaban *dii majores gentium*, ó *dii consentes*, porque todas las naciones estaban acordes en divinizar las partes mas activas de la naturaleza, como son el sol, el fuego, el mar, el tiempo, etc, en igual que los demas dioses eran puramente locales, es decir reverados solo en sus mismos payses, ó particulares. Todo el mundo sabe que cada Romano tenia unos dioses para sí, llamados *penates* ó *lares*.

ron sometidos al *fatum*, es decir, á la naturaleza obrando segun sus leyes necesarias, rigurosas é inmutables; este *fatum* ó destino fué considerado como el dios de todos los dioses, lo que nos demuestra que esto no era mas que la necesidad personificada. ¡Que locos debian ser estos paganos, para ir á fatigar con su incienso unas divinidades, que ellos mismos confesaban estar sujetos á los decretos inexorables del destino, de que no podian salir bajo ningun pretexto! Pero, no es extraño, porque el hombre no puede menos de decir disparates, cuando se mete en decidir problemas de teologia.

Lo que acabamos de decir nos dá tambien á conocer el origen de las potencias medianas, subordinadas á los dioses, pero superiores al hombre, con que han llenado el universo (1); estas fueron reveradas bajo los nombres de *ninfas*, de *semi-dioses*, de *angeles* y de *demonios*, de *buenos y malos genios*, los *héroes* y los *santos*; estos seres constituyeron diferentes clases de divinidades intermedia-

(1) Estos son los dioses que los Romanos llamaban *dii medioximi*, y que miraban como intercesores y mediadores. que era preciso remediar para obtener sus favores, ó para evitar su colera y su mala voluntad.

rias que se hicieron el objeto de sus esperanzas y de sus t mores,   pesar de que no fueron inventados mas que por la imposibilidad de concebir el ser incomprehensible que gobernaba el mundo, y con la esperanza de tratar directamente con él.

Sin embargo,   fuerza de meditar, algunos han convenido en no admitir en el universo mas que una sola divinidad, cuya potencia y sabiduria bastaban para gobernarlo. Este dios fué mirado como un monarca celoso de la naturaleza, y se creyó que seria ofenderle si se daban rivales al soberano   quien solo eran debidos los homenajes de la tierra, y que no podia conformarse con un imperio dividido; se supuso que un poder infinito y una sabiduria sin límites, no tenia necesidad de ser participados, ni socorridos. Asi es que algunos hombres, pensando con mas sutileza que los otros, no han admitido mas que un solo dios, y se han lisongeadado de haber hecho en esto un descubrimiento muy importante. No obstante, desde que dieron el primer paso, su entendimiento debió de hallarse muy embarazado por las contradicciones que fué preciso suponer   este dios autor; y por consiguiente fueron forzados de admitir en él, calidades contradictorias, incompatibles, y disparatadas, que se excluian las unas de las otras, mientras

que se le veia producir á cada instante unos efectos muy opuestos, y desmentir con evidencia las calidades que le habian asignado. Si se supone un dios único, autor de todas las cosas, no se puede menos de atribuirle una bondad, una sabiduria y un poder ilimitado, en vista de sus beneficios, del orden que se creyó ver reynar en el mundo, y de los efectos maravillosos que en el operaba : pero, por otra parte, ¿se puede impedir el que se le atribuya la malicia, la imprudencia y el capricho, cuando se ven los desórdenes continuos, y los males innumerables de los cuales el género humano es tan á menudo víctima, y este mundo el teatro ? ¿como evitar el graduarle de imprudente, viéndole continuamente ocupado en destruir sus propias obras, y no sospechar su impotencia, considerando la ninguna ejecucion de los proyectos eternos que se le suponian ?

Se creyó cortar todas estas dificultades creándole unos enemigos, los que, aunque subordinados al Dios supremo, no dejaron de turbar su imperio y de frustrar sus intenciones ; habian hécho un rey, se le habian dado adversarios, quienes, á pesar de su impotencia, quisieron disputarle la corona. Tal es el origen de la fábula de los *Titanos*, ó de los *angeles rebeldes* que su orgullo sumergió en

el abismo de miserias, y que fueron cambiados en demonios ó genios malhéchores ; estos no tuvieron otras funciones á su cargo, mas que de hacer inútiles los proyectos del todo poderoso, y de seducir y sublevar contra él, á los hombres sus vasallos. (1)

En consecuencia de esta fábula tan ridícula, el monarca de la naturaleza estuvo siempre en guerra con los enemigos que él mismo se habia criado, y que, á pesar de su poder infinito, no quiso ó no pudo totalmente destruir : no tuvo jamas vasallos bien sumisos ; estuvo continuamente ocupado en luchar, en recompensar los que obedecian á sus leyes, y en castigar á aquellos que tenian la des-

(1) La fábula de los *Titanos*, ó de los *agentes rebeldes*, es muy antigua y muy esparcida en el mundo, y sirve de fundamento á la teología de los Braminos del Indostan, como tambien á los sacerdotes europeos. Segun los Braminos, todos los cuerpos vivientes estan animados por unos ángeles en desgracia, que bajo estas formas, expian su rebelion. Esta fábula, como la de los *demonios*, hace que la divinidad represente un papel muy ridiculo, pues que supone que se hace enemigos solo para ejercitarse, para estar en observacion, y para hacer brillar su poder. Sin embargo este poder no brilla de modo alguno, visto que, segun las nociones teológicas, el *diablo* tiene mas adherentes que la divinidad.

gracia de entrar en el partido de los enemigos de su gloria. Por un efecto de estas ideas, sacadas del estado de guerra en que los reyes estan siempre sobre la tierra, algunos se dieron por ministros de Dios, le hicieron hablar á discrecion, descubrieron sus mas ócultos pensamientos, y declararon que la violacion de sus leyes era el peor de todos los crímenes. Los pueblos ignorantes recibieron sus decretos sin exâminarlos; no se apercibieron de que era un hombre y no un dios el que les hablaba, y no echaron de ver que era imposible el que unas débiles criaturas, pudiesen obrar contra la voluntad de un dios, que suponian ser el criador de todos los seres, y que no podia tener en la naturaleza mas enemigos que los que quisiese permitir. Todo al contrario, su sabiduria decidió que el hombre, á pesar de su dependencia, y de todo el poder de su dios, podia ofenderle, obrar contra su voluntad, declararle la guerra, trastornar sus planes y el orden que habia establecido; quisieron tambien hacernos creer que Dios, para hacer alarde de su poder, se habia criado enemigos á sí mismo para poder combatirlos, sin que por eso quisiese destruirlos, ni tampoco cambiar sus desgraciadas disposiciones. Enfin, segun ellos, habia concedido á sus enemigos rebeldes y á los hombres

la libertad de violar sus órdenes, de contradecir sus proyectos, y de hacer callar su bondad para substituirle su justicia. Desde entonces, los bienes de esta vida fueron considerados como recompensas, y los males como castigos merecidos. El sistema de la libertad del hombre parece haber sido inventado para darle la facultad de ofender su Dios, y para justificar á este del mal que le habia hecho por haber usado de su funesta libertad.

Estas nociones contradictorias, á pesar de su ridiculez, sirvieron de base á las supersticiones del mundo, porque todos creyeron que con esto podian indicar el origen del mal, y el motivo por que el género humano sufría tanta miseria. No obstante, los hombres, á pesar de su ceguedad, conocieron que algunas veces sufrían en este mundo sin que su mala conducta tuviese la culpa, y vieron que los que desempeñaban con mas ardor los decretos de este soberano, eran regularmente los que mas infelices se hallaban. Acostumbrados á obedecer á la fuerza, á considerarla como un derecho, á temblar bajo sus soberanos terrestres, á suponerles la facultad de ser inicuos, á no disputar jamas sus títulos, y á no criticar la conducta de los que tienen el poder en su mano, ¿como habian de atreverse á criticar la de su Dios, y acusarle de

una crueldad sin motivo? Además que los ministros del monarca celeste inventaron los medios de disculparle, y de hacer recaer sobre los hombres mismos la causa de los males y de los castigos que sufrían, diciendo que los hombres, abusando de la libertad que les había sido dada, habían pecado, porque su naturaleza estaba pervertida, que toda la raza humana sufría la pena merecida por sus antepasados, y que este monarca implacable se vengaba de estos hasta sobre su posteridad. Esta venganza fué considerada legítima, porque las preocupaciones vergonzosas de los hombres proporcionan mucho más los castigos al poder y á la dignidad del ofendido, que al grandor y á la realidad de la ofensa. Acostumbrados á este principio, se imaginaron que Dios tenía indudablemente el derecho de vengar, sin medida y sin término, los ultrajes hechos á su magestad; en una palabra, el espíritu teológico se puso en un tormento continuo para poder hallar culpables á los hombres, y disculpar la divinidad de los males que la naturaleza les hacía sentir. Una infinidad de fábulas fueron inventadas para dar razón del modo con que el mal entró en el mundo, y las venganzas del cielo parecieron bien motivadas porque se creyeron que las faltas co-

metidas contra un ser infinitamente grande y poderoso debian ser severamente castigadas.

Por otra parte, siempre hemos visto que los potendados de la tierra, aun cuando cometen injusticias, no quieren que se les echen en cara, que se dude de su sabiduria, ni se murmure de su conducta. De modo que todos tuvieron gran cuidado de no acusar de injusticia el déspota del universo, de no dudar de sus derechos, y de no quejarse de sus rigores. Todos creyeron que Dios era dueño de hacer cuanto quisiese de sus débiles obras; que nada debia á sus criaturas, y que estaba en derecho de ejercer sobre ellas un imperio absoluto é ilimitado. De este modo obran los tiranos de la tierra, cuya conducta arbitraria sirvió de modelo á aquella que se prestó á la divinidad; fué sobre esta manera absurda de gobernar que se le dió á Dios una jurisprudencia particular. De aquí resulta que los hombres mas malos han servido á Dios de modelo, y que el mas injusto de los gobiernos, lo fué tambien de su administracion divina. A pesar de su crueldad y de su sinrazon, no se cesó de llamarle muy justo y lleno de sabiduria.

Los dioses adorados en todos los paises han sido siempre bizarros, sanguinarios é implacables. Semejantes en un todo, á los tiranos

desenfrenados que se burlan impunemente de sus desgraciados vasallos, demasiado débiles ó ciegos para resistirles, ó para sacudir su yugo. El dios que aun hoy nos hacen adorar tiene el mismo caracter; este, como los dioses romanos y griegos, nos castiga en este mundo, y lo hará en el otro, por las faltas que la naturaleza que nos ha dado nos ha hecho cometer: semejante á un monarca ciego con su poder, hace una vana parada de él, y parece no ocuparse mas que de el miserable placer de hacer ver que es el dueño de todo, y que no está sometido á ninguna ley. Nos castiga porque ignoramos su indefinible esencia, sus voluntades obscuras, y por los pecados de nuestros padres; sus caprichos despóticos deciden de nuestra suerte eterna, y es despues del cumplimiento de estos fatales decretos que llegamos á ser sus amigos ó sus enemigos á pesar nuestro: no nos hace libres mas que para tener el placer bárbaro de castigarnos del abuso necesario que nuestras pasiones ó nuestros errores nos hacen cometer. Enfin la teologia demuestra siempre los mortales castigados por unas faltas inevitables y necesarias, y como unos juguetes desafortunados de un dios tiránico y malo. (1)

(1) La teologia pagana no enseñaba al pueblo en la

Sobre estas nociones disparatadas, han fundado los teólogos en toda la tierra los cultos que los hombres debían dar á la divinidad, quien, sin estar ligada con ellos, tiene el derecho de ligarlos : su poder supremo la dispensó de todo deber hácia sus criaturas, que se obstinaron en considerarse como culpables siempre que experimentan algunas calamidades. No hallemos extraño pues el que un hombre reli

persona de sus dioses, mas que unos hombres disolutos, injustos, adulteros, vengativos, y castigando con rigor unos crímenes necesarios y predichos por los oráculos. La teología judaica y cristiana presenta un dios parcial que elige ó desecha, que ama ó que aborrece segun su capricho, en una palabra, un tirano que se burla de sus criaturas, que castiga en este mundo todo el género humano por la culpa de un solo hombre; que *predestina* el mayor numero de los mortales á ser sus enemigos, para hacerles sufrir durante una eternidad, por haber recibido de él la libertad de declararse contra. Todas las religiones del mundo tienen por base el poder absoluto, el despotismo de Dios sobre el hombre, y la sinrazon divina. De aquí nace entre los cristianos el dogma del *pecado venial*; de aquí las opiniones teológicas sobre la gracia, sobre la necesidad de un mediador; en una palabra, de aquí nace este oceano de absurdidades de que la teología cristiana está llena. En general parece que un dios razonable no convendría de ningun modo á los intereses de los sacerdotes.

gioso esté lleno de temores y de trances continuos; la idea de Dios le retrazó sin cesar la de un tirano inhumano que se hacia un juguete de la desdicha de sus vasallos: estos, aun sin saberlo, podian á cada instante, incurrir en su desgracia; sin embargo no se atrevieron jamas á graduarle de injusto, porque creyeron que la justicia no habia sido hecha para reglar las acciones de un monarca todo poderoso, que su rango elevado ponía infinitamente sobre la especie humana, mientras que se habian imaginado que habia formado el universo unicamente para ella.

Luego es por falta de mirar los bienes y los males como unos efectos igualmente necesarios, y por no atribuirlos á sus verdaderas causas, que los hombres se han criado unas divinidades malhéchoras, de que nada pudo desabusarles. Sin embargo si hubiesen considerado la naturaleza, hubieran podido ver que el mal físico es una consecuencia necesaria de las propiedades particulares de algunos seres; hubieran conocido que las pestes, los contagios y las enfermedades son debidas á unas causas físicas, á unas circunstancias particulares, y á unas combinaciones que, aunque muy naturales, son funestas á su especie; hubieran buscado en la misma naturaleza los remedios propios á dis-

minuir ó hacer cesar los efectos que les hacian sufrir. Hubieran visto igualmente que el mal moral no era mas que una consecuencia necesaria de sus malas instituciones ; que no era á los dioses del cielo, pero sí á la injusticia de los príncipes de la tierra, que eran debidas las guerras, las escaseces, las hambres, los reveses, las calamidades, los vicios y los crímenes de que gimen con tanta frecuencia. Así para desviar estos males, extendian inutilmente sus manos trémulas hácia unas fantasmas incapaces de aliviarles, por no ser los autores de sus penas ; en igual de esto hubieran debido buscar en una administracion mas sensata, en unas leyes mas equitativas, y en unas instituciones mas razonables, los remedios de estos infortunios que atribuyen falsamente á la venganza de un dios, pintandóselo como un tirano al tiempo mismo en que se les prohíbe el dudar de su justicia y de su bondad.

En efecto, no se cesa de repetir á los hombres que Dios es infinitamente bueno, que no desea mas que el bien de sus criaturas, y que todo lo ha hecho para su bien ; pero todo esto no impedirá que tengamos una grande idea de su crueldad, porque todo concurre á hacer que esta idea se fije mas en nuestra imaginacion que la de su bondad. El mal hace siempre sobre el hombre una

Impresion mucho mas fuerte que la del bien; por consiguiente un dios benéfico tendrá menos partidos que un dios cruel; de manera que, aunque admitamos varias divinidades opuestas en cuanto á los intereses, ó bien un solo monarca, dueño del universo entero, siempre la sensacion del temor sera mas fuerte que la del amor. Un dios bueno no se adora mas que por impedir que ejerza sus caprichos ó su malicia; la inquietud y el terror son los que hacen que el hombre se eche á sus pies, con la esperanza de desarmar su rigor ó su severidad. Finalmente, aunque todos nos aseguren que la divinidad está llena de misericordia, de clemencia, y de bondad, lo cierto es que nuestros ruegos serviles, y nuestro culto insensato no es nunca dado mas que á un amo caprichoso, ó á un demonio terrible y mal intencionado.

Estas disposiciones no tienen nada de extraordinario, pues que nunca daremos nuestra amistad y nuestra confianza á aquellos en quienes no encontremos una voluntad constante de hacernos bien, pues desde el momento en que podamos imaginarnos en ellos la voluntad, el poder ó el derecho de hacernos mal, su idea no podrá menos de afligirnos, y no podremos impedir el temerlos, desconfiarnos de ellos y aun aborrecerlos, aunque no nos atre-

vamos á confesarlo á nosotros mismos. Si la divinidad debe ser considerada como margen de los bienes y males de este mundo; si tiene tan pronto la voluntad de dañarnos como la de hacernos bien, los hombres deben necesariamente temer sus caprichos y su severidad, y adorarla por ella mucho mas que por su bondad, que ven desmentirse á cada momento. De modo que la idea de este monarca celeste no puede menos de inquietarles; y la severidad de sus juicios debe hacerles temblar, sin que el consuelo de su bondad pueda aquietar su corazon.

Si se exámina con atencion esta verdad, se echará facilmente de ver el motivo por que todas las naciones de la tierra han temblado á la sola idea de su dios, y le han rendido unos cultos tan insensatos, lúgubres y crueles; porque como no los pudieron considerar mas que como déspotas inconstantes, que no conocian mas regla que la de su fantasia, algunas veces favorable, pero mas á menudo inclinada á dañar á sus criaturas, y en una palabra, como unos dueños terribles por sus castigos, su malicia y sus rigores, no pudieron menos de aborrecerlos á pesar de su temor. Hé aquí el motivo por que los idolatras de un dios que se nos pinta como un modelo de equidad, de bondad y de perfeccion, se entregan á las

mas crueles extravagancias contra sí mismos, y cometen los crímenes mas atrozes contra los demas, cuando se imaginan que de este modo podran apaciguar la cólera celeste. Todos los sistemas religiosos de los hombres, sus sacrificios, sus rezos y sus ceremonias, no tienen otro objeto mas que el de apartar la cólera de su dios, desviar sus caprichos, y excitar en él la bondad que nos dicen serle natural, pero de que cada momento vemos se separa. Todos los esfuerzos y todas las sutilezas de la teología no tienen otro fin mas que el de conciliar en el soberano de la naturaleza las malas ideas que ella misma ha formado en el entendimiento de los mortales; pero como es imposible que lo pueda lograr, se la podria muy bien llamar: *arte de componer ilusiones por medio de la combinacion de algunas calidades imposibles de combinar.*

CAPTULO III.

DE LA CONFUSION Y CONTRADICCION DE LAS
IDEAS TEOLÓGICAS.

Todo cuanto hasta ahora se ha hecho nos demuestra claramente, que, á pesar de los mayores esfuerzos de su imaginacion, el hombre no ha podido menos de sacar de su naturaleza los atributos con que ha revestido al ser que gobierna el universo. Ya hemos visto las contradicciones que siempre han de resultar de la mezcla incompatible de las calidades humanas que se le atribuyeron, y que no pueden convenir á un mismo individuo, porque no pueden menos de destruirse unas á otras. Los mismos teólogos, conociendo las dificultades insuperables que sus divinidades presentan á la razon, no pudieron salir de ellas mas que mandando, bajo pena de perder todo derecho á la misericordia divina, el que ninguno se atreviese á exáminar esta materia, y con este modo la hacian inaccesible, y se abrogaban

ellos mismos la facultad de explicar, como mejor les pareciese, los decretos del ser enigmático que presentaban á la adoracion de los pueblos; para este efecto le exâgeraron de mas en mas, y llegaron á hacer que ni el tiempo, ni el espacio, ni la naturaleza, entera, pudiese contener su inmensidad; de manera que le hicieron un misterio impenetrable. Aunque el hombre sacó de sus mismos rasgos los colores con que en un principio pintó á su dios; aunque le hizo un monarca poderoso, celoso, vengativo, y capaz de ser injusto sin intervenir con la justicia, y en una palabra semejante á los príncipes mas perversos, la teologia, á fuerza de prevaricar, perdió la naturaleza humana de vista, y queriendo hacerla aun mas distinta de las criaturas, la asignó unas calidades tan maravillosas, tan extraordinarias y tan fuera de todo cuanto nuestro entendimiento puede concebir, que al fin ella misma se perdió en el laberinto que habia inventado: se persuadió que estas calidades eran divinas, y las creyó dignas de Dios, porque ningun hombre podia llegar á imaginarlas. A fuerza de repetir todo esto, llegaron á persuadir á los hombres que era preciso que creyesen lo que no podian concebir, y que recibiesen con sumision los sistemas mas improbables, y las conjeturas mas contrarias á la razon, porque

este era el sacrificio mas agradable que se podia hacer á un dios fantástico, que no permitia que se sirviesen de sus dones; y en una palabra se hizo créer á los mortales que no habian sido hechos para entender lo que les tenia mas cuenta el saber. (1) Además de esto, el hombre se llegó á persuadir que los atributos gigantescos y verdaderamente incomprendibles, asignados á su monarca celeste, ponian una barrera entre él y sus esclavos, demasiado elevada para que este dueño altivo no se ofendiese de la comparacion; y por consiguiente creyó que estimaria los esfuerzos que pudiese inventar para hacerle mas grande, mas maravilloso, mas poderoso, mas arbitrario y mas inaccesible á sus débiles criaturas. El hombre tiene siempre en la idea, que lo que no puede concebir es mas noble y mas respetable que lo que entiende con facilidad, y se imagina que su dios, semejante á los tiranos de la tierra, no quiere ser visto de muy cerca.

Estas preocupaciones parecen ser las que

(1) Lo cierto es que toda religion está fundada sobre el principio absurdo de que debe de creer ciegamente lo que no puede entender. La teologia llega hasta decir, que todo hombre por su naturaleza debe de estar en la ignorancia de todo lo que pertenece á Dios.

han servido de origen á las calidades maravillosas, ó por mejor decir incomprendibles, que la teología ha atribuido exclusivamente al soberano del mundo. El entendimiento humano, que su ignorancia y sus temores habian reducido á la desesperacion, imaginó las nociones obscuras y vagas con que adornó su dios, creyendo que no le podian desagradar con tal que le hiciesen totalmente inconmensurable, é imposible de ser comparado con todo lo mas sublime que se conocia. De aquí provienen tanto atributo negativo de que la fantasma de la divinidad ha sido adornada, á fin de formar un ser distinguido de todos los demas, é imposible de ser conocido por las facultades humanas.

Los atributos teológicos y metafísicos que han sido dados á Dios, no son efectivamente mas que una pura negativa de las calidades que se hallan en el hombre, ó en los seres que conoce, y suponen la divinidad exenta de lo que llamamos en nosotros mismos *debilidades é imperfecciones*. El decir que Dios es infinito, es afirmar que, muy diferente de los hombres y de los demas seres que conocemos, no se halla circunscrito en los límites del espacio. (1) El

(1) Hobbes dice que *todo lo que imaginamos tiene*

decir que Dios es eterno, es decir que no tendrá ni principio ni fin; el decir que es inmutable, significa que no está como nosotros sujeto á cambiar; el decir que es inmaterial, es querer darnos á entender que su substancia ó su esencia es de una naturaleza que no podemos concebir, y que debe de ser por consiguiente totalmente diferente de lo que conocemos.

De este monton confuso de calidades negativas resulta el dios teológico ó el todo metafísico, de que no podremos jamas formarnos la menor idea, pues que en él se hallan reunidas la infinidad, la inmensidad, la espiritualidad, la ciencia, el orden, la sabiduria, la inteligencia y el poder sin límites. Su locura les hizo creer

fin, y que por consiguiente la palabra infinito no puede formar ninguna idea. Véase Leviathan, cap. III.

Otro teólogo habla sobre el mismo tono del modo siguiente : « La palabra *infinito* confunde las ideas que
 • podríamos tener sobre Dios, y hace del ser mas perfecto, el mas imperfecto y desconocido para nosotros ;
 • porque infinito es una negativa que significa que no
 • tiene ni fin, ni limite, ni medida, por consiguiente
 • que no tiene naturaleza determinada ; de lo que resulta que no debe de ser nada. » A lo que añade que solo la costumbre podia hacernos adoptar esta palabra, que sin ella nos pareceria contradictoria y fuera de sentido. Véase Scherlock, *Vindic. of Trinity*, pag. 77.

que, combinando estas palabras vagas, ó estas modificaciones, podrian hacer un dios poderoso, en igual que no hicieron mas que una mera ilusion. Se imaginaron tontamente que estas perfecciones ó calidades debian convenir á este dios, porque no convenian á ninguno de los seres que conocemos; creyendo que, debiendo ser incomprehensible, era preciso que tuviese unas calidades inconcebibles. Estos son los materiales de que se sirve la teologia para formar el idolo que quiere que el género humano adore de rodillas.

Un ser tan vago, tan incapaz de ser concebido ó definido, y tan alejado de cuanto los hombres pueden conocer ó sentir, no está seguramente en la posibilidad de fijar sus miradas inquietas, porque su entendimiento requiere otras calidades mas propias de ser conocidas y juzgadas. De modo que, despues de haber sutilizado este dios metafisico, y haberle llegado á hacer tan diferente de cuanto conocemos, la teologia se ha visto en la necesidad de aproximarle al hombre, de que tanto le habia alejado; para esto le vuelve á hacer uno de ellos, dándole las calidades morales que tienen, porque conoce que sin esto seria imposible el persuadir á un mortal que puede haber relaciones entre él y el ser aereo, fugitivo é inconmensurable que le hacen adorar. Se per

cibe tambien que este dios extraordinario no sirve mas que para ejercitar la imaginacion de algunos especuladores cuyo cerebro se ha acostumbrado á trabajar en ilusiones, y á tomar una simple palabra por una realidad; enfin, ha conocido que el mayor número de los hijos materiales de la tierra necesitan de un dios mas análogo, mas sensible y mas capaz de ser conocido. En vista de esto, la divinidad, á pesar de su esencia, ha sido revestida de calidades humanas, sin que nadie haya echado de ver la incompatibilidad que tienen con un ser tan esencialmente diferente del hombre, y que no puede por consiguiente tener sus propiedades ni ser modificado como él. Ninguno vió que un ser inmaterial y desposeido de órganos corporales, no podia pensar ni obrar como uno material, que su organizacion particular hace susceptible de calidades, de sentimientos, de voluntades y de virtudes. La necesidad de aproximar á Dios á el hombre ha hecho pasar por alto todas estas contradicciones, y la teologia se obstina siempre en atribuirle unas calidades que el entendimiento humano haria en vano por concebir ó conciliar. Segun ella, un espíritu puro ha sido el motor del mundo material; un ser inmenso puede llenar el espacio sin excluir de el la naturaleza; un ser inmutable es

la causa de las mudanzas continuas que se operan en el mundo; un ser todo poderoso no puede impedir el mal que le desagrade; el origen de todo orden tiene que sufrir el desorden; en una palabra, las calidades maravillosas del dios teológico se ven desmentidas á cada momento.

Las mismas contradicciones se hallan en las perfecciones ó calidades humanas que se le han atribuido para que el hombre se forme una idea de él; estas calidades, que, segun ellos, Dios posee eminentemente, se desmienten á cada momento. Nos aseguran que es bueno; la bondad es una calidad conocida, pues que se halla en algunos de los seres de nuestra especie; deseamos sobre todo hallarla en aquellos de quienes dependemos: dicennos que la de Dios se muestra en todas sus obras; luego nosotros, que damos el título de bueno á lo que produce un efecto que aprobamos, debemos darselo á el autor de la naturaleza. Pero, pues que él es el autor de todas las cosas, los dolores de la gota, el ardor de la calentura, los contagios, las hambres y las guerras que desolan el género humano deben serle igualmente atribuidas. Cuando me hallo con los dolores mas agudos, cuando perezco en la indigencia y en las enfermedades, y cuando gimo bajo la opresion, ¿donde está para mí la ben-

dad de Dios? Cuando un gobierno negligente ó perverso produce y multiplica la miseria, la esterilidad y la despoblacion de mi patria, ¿ que bondad tiene Dios para ella? Cuando las revoluciones mas terribles, los diluvios y los temblores de tierra se tragan la mayor parte del globo que habito, ¿ donde se queda la bondad de Dios, y el hermoso orden que su sabiduria ha puesto en el universo? ¿ Quien es el que me ha de hacer á mí creer en su bondad, cuando veo que se burla de la especie humana? Buen modo tiene Dios de probar su ternura con afligirnos, con entristecernos y con enviarnos todo género de males: ¿ que Dios tan sabio y tan poderoso debe ser este, que no puede conservar su obra sin destruirla, y que no ha podido darle desde un principio la perfeccion y consistencia de que era susceptible? Dicen que Dios ha criado el universo para el hombre, porque ha querido que sea bajo él el rey de la naturaleza. ¡ Excelente monarca! un grano de arena, unos cuantos átomos de bilis, y algunos humores agitados bastan para destruirle: ¡ quiere que la naturaleza entera le sirva de dominio, y no se puede defender contra sus mas ligeros golpes! ¡ Se hace un dios para sí solo, le supone continuamente ocupado de su conservacion y de su dicha, cree que ha criado todo para él, y con seme-

jantes ideas quiere aun decirnos que es bueno! ¿Como es posible que no perciba que su bondad se desmiente á cada momento? ¿pues que no echa de ver que las fieras que cree sometidas á su imperio devoran muy á menudo á sus semejantes, que el fuego los consume, que el océano los traga, y que hasta los elementos de que tanto admira el orden los hace víctimas de sus horrendos desórdenes? ¿Como no percibe que la fuerza que llama *Dios*, que quiere que no trabaje mas que para él, que supone unicamente ocupada de su especie, lisongeada con sus alabanzas, y enterrecida con sus ruegos, no puede ser buena pues que obra por necesidad? Efectivamente, aun en sus ideas, este dios es una causa universal, y que debe pensar en el sustento del gran todo de que locamente le han distinguido, pues que este ser, segun ellos mismos, es el dios de la naturaleza, del mar, de los rios, de las montañas, del globo, de que forman una parte tan pequeña, y de todo lo demas que vemos rodar en el espacio y al rededor del sol que nos calienta. Que cesen de obstinarse en verse ellos solos en la naturaleza, y que no se lisongeen que el género humano, que se renueva y desaparece como las ojas de los arboles, pueda absorber todos los cari-

ños del agente universal, que segun ellos mismos regula el destino de todas las cosas.

¿Que comparacion puede haber entre la raza humana y la tierra? ¿cual puede haber entre esta y el sol? y enfin, ¿cual puede existir entre este y una infinidad de otros, que á una distancia inmensa llenan la bóveda del firmamento, no para alegrar sus miradas, ni para excitar su admiracion, como se lo imaginan, sino para ocupar el lugar que la necesidad les ha asignado? Que se ponga cada cual en su lugar, y reconozcamos en todas partes los efectos de la necesidad, y en nuestros bienes y males los diferentes modos de obrar de los seres dotados de propiedades diversas que forman el conjunto de la naturaleza; dejemos de suponerla un motor capaz de bondad ó de malicia, de calidades humanas, y de miras que no pueden existir mas que en nosotros mismos.

A pesar de la experiencia que á cada instante desmiente las miras bondadosas que el hombre supone á su dios, nunca cesa de llamarle bueno. Cuando nos quejamos de los desórdenes y de las calamidades de que somos tan á menudo víctimas y testigos, nos dicen que estos males no son mas que aparentes, y que si nuestro entendimiento pudiese son

dear la profundidad de la sabiduria divina, y los tesoros de su bondad, veriamos siempre el mayor bien resultar de lo que llamamos mal. Todas estas respuestas frivolas no podrán nunca llegar á hacernos ver el bien, mas que en los objetos que nos afectan, de un modo sagradable á nuestra actual existencia; en igual que consideramos como desorden todo lo que nos hace mal, por momentaneo que sea. Si Dios es el autor de las causas que producen sobre nosotros estos dos modos de obrar tan opuestos, debemos concluir que es tan pronto bueno como malo, á menos de confesar que no es ni lo uno ni lo otro, y que obra necesariamente. Un mundo en que el hombre tiene tantos males, no puede estar sometido á un dios perfectamente bueno; un mundo en el cual el hombre tiene tantos bienes no lo puede ser por uno malo. Es pues preciso admitir dos principios igualmente poderosos y opuestos uno á otro, ó convenir en que Dios es alternativamente bueno y malo, ó enfin confesar que no le es posible obrar de otro modo; en cuyo caso seria inútil el adorarle, y aun el rogarle, pues que no seria mas que el destino, la necesidad de las cosas, ó á lo menos estaria sometido á las reglas invariables que se hubiese impuesto á sí mismo.

Para justificar este dios de los males que

hace sufrir al género humano, se dice que es justo, y que nos los envia en castigo de las injurias que ha recibido de los hombres. Luego el hombre tiene el poder de hacer sufrir á su Dios ; pero, para que uno ofenda á otro, es preciso suponer que hay relaciones entre ellos. Mas, ¿cuales puede haber entre un débil mortal y el ser infinito que ha criado el mundo? El ofender alguno, es disminuir la suma de su felicidad, afligirle, privarle de alguna cosa, y darle un sentimiento doloroso : ¿ como es posible que el hombre pueda alterar el bien estar del soberano todo poderoso de la naturaleza, cuya felicidad es inalterable ? ¿ como las acciones físicas de un ser material han de poder influir sobre una substancia inmaterial, y hacerla partícipe de algunas sensaciones incómodas ? En fin, ¿ como una débil criatura, que ha recibido de Dios su ser, su organizacion y el temperamento de que resultan sus pasiones, como tambien su modo de pensar y de obrar, puede ir contra la voluntad de una fuerza irresistible, que no puede consentir en el desorden ó el pecado ?

Por otra parte, la justicia, segun las ideas que nos hemos podido formar de ella, consiste en una disposicion permanente de dar á cada uno lo que le es debido. La teologia nos repite sin cesar que Dios no debe nada á nadie,

que los bienes que nos concede son los efectos gratuitos de su bondad, y que puede, sin contravenir á su equidad, disponer de la obra de sus manos, y aun llenarla de miseria si le parece bien. En todo esto no hay sombra de justicia, solo si la mas horrenda tirania, y el abuso mas chocante de su poder. Efectivamente, ¿no vemos todos los dias sufrir la inocencia, la virtud derramar lagrimas, y el crimen triunfar y ser recompensado, bajo el imperio de este dios de quien tanto nos alaban la justicia? (1) A esto me dicen que estos males son pasajeros; pero, suponiendo que así sea, Dios es injusto, á lo menos por algun tiempo; y si es bueno como dicen, ¿como puede consentir en que sus amigos sufran un solo instante? Si todo lo sabe, ¿que necesidad tiene de hacer la prueba de sus favoritos,

(1) *Dies deficiet, si velim numerare quibus bonis malè evenerit; nec minus, si commemorem quibus malis optimè.* Cic. de Nat. Deorum, lib.V.

Si un rey virtuoso poseyese el anillo de *Gyges*, ó tuviese la facultad de hacerse invisible, no se serviría de él, mas que para remediar abusos, recompensar los buenos, castigar los malos, en una palabra para hacer reynar el orden y la felicidad en sus estados; ¡y Dios, que es un monarca invisible y todo poderoso, tiene los suyos llenos de crímenes y de desorden, sin que se dé el trabajo de remediarlos!

de quien nada tiene que temer? y, si verdaderamente es todo poderoso, ¿no podria impedir el que tuviesen estas desgracias pasajeras, y darles de un golpe una felicidad duradera? Si su poder es invencible, ¿que puede temer de las vanas conspiraciones que se hacen contra él?

¿Que hombre, que estuviese lleno de bondad y de humanidad, no desearia con ardor el que todos sus semejantes fuesen dichosos? Si Dios tiene mas bondad en sí solo que jamas puede tener toda la raza humana, ¿como no se sirve de ella para hacernos á todos dichosos? Todo al contrario; no hay una criatura sobre la tierra que pueda estar contenta. Para un mortal que goza, hay un millon que sufren; para un rico que vive en la abundancia, hay millones de pobres que faltan hasta de lo mas necesario. Las naciones enteras se ven á veces en la indigencia por satisfacer los caprichos de algunos grandes ó príncipes, que no son mas dichosos. En una palabra, bajo un Dios todo poderoso, cuya bondad no tiene límites, la tierra entera está regada con las lagrimas de los miserables. ¿Y que razon dan para esto? Nos responden friamente que los decretos de Dios son impenetrables. En este caso, les podemos preguntar, ¿que derecho tienen para raciocinar sobre él? ¿cual es su fun-

damento para atribuirle á una virtud que no pueden penetrar, y que idea se pueden formar de una justicia que no se parece en nada á la del hombre?

Dicen que la justicia de Dios es temperada por su clemencia, su misericordia y su bondad. Pero, ¿que quiere decir clemencia? ¿Es acaso otra cosa mas que una derogacion de las leyes severas de una justicia exácta y rigurosa que hace imponer á alguno el castigo que habia merecido? La clemencia en un príncipe es, ó la violacion de la justicia, ó la excepcion de alguna ley demasiado rigurosa. Pero, ¿pueden acaso las leyes de un Dios infinitamente bueno, sabio, y equitativo, serlo demasiado? Y si es verdad que sea inmutable, ¿como ha de apartarse de ellas un solo instante? Es verdad que aprobamos la clemencia en un soberano, cuando su demasiada facilidad no es dañosa para la sociedad; pero no le estimamos mas que porque anuncia en él la humanidad, la dulzura, y una alma compasiva y noble, calidades que en nuestros dueños preferimos al rigor, á la dureza y á la inflexibilidad; ademas de que toda ley humana es defectuosa, y que es imposible que pueda prever todas las circunstancias, ni todos los casos. Los castigos que dan no son siempre justos y proporcionados al delito; pero este no debe de

ser el caso cuando se trata de un dios que consideramos perfecto, justo y sabio ; sus leyes deben necesariamente ser tan perfectas, que no pueden necesitar inovacion alguna ; por consiguiente, la divinidad no puede hacer ninguna excepcion de ellas, sin derogar su inmutable equidad.

La vida futura ha sido inventada para poner á cubierto la justicia de la divinidad, y disculparla de los males que tan á menudo hace sentir á sus mayores favoritos en este mundo. En ella es, en donde dicen que el monarca celeste procurará á sus escogidos una felicidad inalterable, en recompensa de lo que han padecido sobre la tierra. El reyno de los cielos será un premio inapreciable para los que hayan sufrido las pruebas del todo poderoso durante su vida. Todo esto es muy bueno, es verdad ; pero lo que hay que considerar es si esta invencion es capaz de darnos ideas precisas y capaces para justificar la providencia. Pues que Dios no debe nada á sus criaturas, ¿ que derecho tienen estas para reclamar en el otro mundo una felicidad que no ha tenido á bien concederles en este ? Este derecho, nos dicen, nos ha sido dado en las revelaciones de sus oráculos ; pero, ¿ quien nos puede asegurar que estos oráculos sean suyos ? y aun por otra parte, es evidente que el sis-

tema de esta vida convence á Dios de injusticia, á lo menos pasagera. Mas una injusticia, por pasagera que sea, dejará al fin de destruir la inmutabilidad de la divinidad. En fin, si esta es el principio de todas las cosas, es claro que es la causa primera ó bien el cómplice de las injurias que se la hacen: ¿no es ella el verdadero autor del mal ó del pecado que permite, cuando podría impedirlo? Luego, ¿como puede castigar justamente ios que se hacen culpables de un pecado?

Lo que hemos dicho hasta ahora basta para hacernos ver la multitud de contradicciones y de hipótesis extravagantes á que los atributos que la teología dá á su Dios deben necesariamente llevar: un ser revestido de tantas calidades discordantes será siempre inconcebible, y cuantas nociones nos puede presentar se destruyan unas á otras. Este Dios, dicen, ha criado el cielo, la tierra y todos los seres que la habitan para su gloria; pero, un monarca superior á todos los seres, que no tiene ni rivales, ni iguales en la naturaleza, y que no puede ser comparado á ninguna de sus criaturas, ¿que deseo puede tener de gloria? ¿Puede acaso temer el ser envilecido á los ojos de sus semejantes? ¿que necesidad puede tener de la estimacion, y la admiracion de los hombres? El amor de la gloria no es

mas que el deseo de dar á nuestros semejantes una grande idea de nosotros mismos, y es digna de alabanza, cuando nos determina á hacer cosas útiles y grandes; pero lo malo es, que casi siempre no es mas que una debilidad de nuestra naturaleza, ó el deseo de distinguirnos de los seres con quienes nos comparamos. El Dios de que nos hablan, debe de estar exento de esta pasion, porque, no teniendo ni semejantes ni émulos, no puede ofenderse de las ideas que se tienen de él; su poder no puede tener disminucion; y enfin, pues que nada puede turbar su felicidad eterna, ¿que debemos inferir sino que no es susceptible de ningún deseo de gloria, ni sensible á las alabanzas de los hombres? Siendo así que es tan celoso de sus prerogativas, de su rango y de su gloria, ¿porque permite que tantos hombre le ofendan? ¿porque permite que las opiniones de algunos le sean tan poco favorables? ¿cual es el motivo de que haya algunos que le rehusen el incienso que agrada á su vanidad? ¿como permite que un mortal como yo, se atreva á atacar sus derechos y hasta su misma existencia? Algunos me diran que es por castigarme de haber abusado de sus gracias; mas, ¿porque permite que abusé de ellas? ó bien, ¿porque no son suficientes para hacerme obrar segun sus miras? Porque te ha

hecho libre, me diran. Mas, ¿quien te manda darme una libertad de que debia prever que iba á abusar? ¿que especie de regalo es ese que me dá la facultad de desafiar su poder, de corromper sus adoradores y de hacerme eternamente desgraciado? Quanto mas hubiera valido para mí el no haber nunca nacido, ó á lo menos haberlo hecho entre los brutos y las piedras, que el verme colocado entre los seres inteligentes para ejercer el fatal poder de perderme á mí mismo, y de ultrajar, como me dá la gana, al arbitro de mi suerte? Quanto mejor me hubiera Dios mostrado su bondad, y quanto mas eficazmente hubiera trabajado para su gloria, si me hubiese obligado á reñirle honores para obtener la felicidad.

El sistema mal fundado de la libertad del hombre, que hemos destruido, fué visiblemente imaginado para lavar el autor de la naturaleza de la culpa de ser margen y causa primitiva de todos los crímenes de sus criaturas. Este funesto regalo dado por un Dios infinitamente bueno, hará, segun las siniestras ideas de la teologia, que la mayor parte de los hombres sean eternamente castigados por las faltas momentaneas que pueden haber cometido en este mundo; los suplicios mas atroces han sido reservados por la gran justicia de

de un dios misericordio á estos seres frágiles, por sus delitos pasajeros, sus razonamientos vagos, sus errores involuntarios, y por las pasiones necesarias, que dependen del temperamento que este dios tuvo la bondad de darles; de las circunstancias en que los puso, ó bien de la libertad, que no hubiera nunca debido dar á unos seres capaces de abusar de ella. ¿Llamariamos un padre bueno, justo, clemente y misericordioso, si armase la mano de un hijo de un caracter vivo, y del que conociese la imprudencia, con un cuchillo bien afilado, y que despues le castigase durante toda su vida por haberse cortado con él? ¿Llamariamos justo, clemente y misericordioso á un príncipe que, no proporcionando el castigo á la ofensa, diese un tormento infinito á un vasallo porque este, en un momento de borrachera, hubiese herido ligeramente su vanidad, aunque sin hacerle ningun perjuicio, sobre todo cuando se nos dijese que el mismo príncipe le habia emborrachado? ¿Llamariamos todo poderoso un monarca cuyos estados se hallasen en tal anarquia, que á excepcion de algunos vasallos fieles, todos los demas le insultasen, y despreciasen su voluntad? Há ¡ teólogos, teólogos! confesad que vuestro dios no es mas que un monton de calidades que forman un todo tan incomprehensible para vuestro

entendimiento como para el mio. A puro cargarle de atributos incompatibles habeis llegado á hacer una mera ilusion, que todas las hipótesis del mundo no pueden mantener en su existencia.

A estas dificultades me responderan tal vez que la bondad, la sabiduria y la justicia de Dios son tan eminentes y tan poco análogas á las nuestras, que no tienen relacion alguna con ellas, aun cuando se hallan reunidas todas en uno solo : pero ¿ como, diré yo, me hé de formar una idea de estas perfecciones en él, si son tan poco semejantes á las mias, y á las de los demas seres de mi especie? Si la justicia de Dios es lo que nosotros llamamos injusticia, si su bondad, su clementia y sabiduria no tienen otro modo de manifestarse mas que haciéndonos daño; si todas estas calidades divinas son contrarias á las ideas que tenemos de ellas, y enfin, si segun la teologia, todas las nociones humanas no tienen ni pies ni cabeza, ¿ como puede un hombre como yo, hacerme creer que conoce las de la divinidad y explicarlas á los demas? ¿ Seria acaso que la teologia diese al entendimiento el don inapreciable de entender lo que ningun otro hombre puede entender? ¿ Si será verdad que dá á los que la siguen una idea precisa de un dios que no

puede tener ninguna? ¿si acaso la teología misma será un dios?

Nos cierran la boca con decir que Dios mismo ha hablado y se ha hecho conocer de los hombres; pero pregunto yo ¿cuando y á quien ha hablado, y á donde estan sus oráculos divinos? Cien manos se levantarán á la vez, para hacermelos ver en unos libros tan absurdos como discordantes: los cojo, los leo, y hallo en todas partes que el dios de la sabiduria ha hablado en el language mas obscuro, mas insidioso, y menos razonable: todo me prueba que su bondad consiste en ser cruel y sanguinario; que su justicia ha sido injusta, parcial é inicua, y que su misericordia promete los castigos mas atroces á las desgraciadas víctimas de su ira. Por otra parte, cuantos obstáculos se me presentan cuando quiero verificar las pretendidas revelaciones de una divinidad, que no se ha servido nunca del mismo language en dos paises diferentes, que ha hablado en tantas partes, tantas veces y tan diversamente, que parece no haberse mostrado mas que para echar el entendimiento humano en la mayor perplexidad.

Las relaciones supuestas entre los hombres y su dios no pueden tener otra base mas que la de las calidades morales; pero, si estas no

son conocidas de los primeros, es claro que no pueden servirles de ejemplo. Para que estas calidades fuesen imitadas, era necesario que fuesen conocidas; pero ¿como puedo yo imitar un dios cuya bondad y justicia no se parecen en nada á las mias? Si Dios no es nada de lo que somos, ¿como podemos proponernos el imitarle aunque de lejos, ó el seguir la conducta necesaria para agradarle? ¿Cuales pueden ser efectivamente los motivos del culto, de los homenages, ó de la obediencia que nos dicen debemos rendir á este ser supremo, si no los establecemos sobre su bondad, su veracidad, su justicia, en una palabra, sobre las calidades tales cuales podemos conocer? ¿Y como las hemos de poder conocer, si no son las mismas en él, como en nosotros?

A esto me diran sin duda que no puede haber proporcion entre el criador y su obra, que el barro no puede preguntar al alfaharero, *¿porque me has hecho así?* Pero, si no hay proporcion ni analogia entra el obrero y su obra, ¿que relaciones pueden tener entre ellos? Si Dios es incorporeal, ¿como puede obrar sobre mi cuerpo? ó por mejor decir, ¿como yo, que lo soy, puedo obrar sobre él, ofenderle, turbar su reposo, y excitar su cólera? Si el hombre relativamente á Dios es como una tinaja de barro, ¿que ruegos ni que gracias debe esta

tinaja al tinajero por haberla dado la forma que tiene? Si el tinajero no fuera un insensato, no se irritaria contra su tinaja por ser mal formada, ó no poder servir al uso á que la habia destinado; lo que puede hacer es romperla, porque la tinaja no tendrá ni medios ni motivos para impedirlo, ó apaciguar su cólera; tendrá que sufrirlo, porque será un loco que, en igual de rehacerla para darla una forma mas conveniente á sus designios, no hará mas que romperla.

Estas nociones nos demuestran, que los hombres no tienen mas relaciones con Dios que las piedras, y que así Dios no tiene nada que hacer con ellos, ni que mostrarles ni justicia ni bondad; ellos por su parte no tienen nada que hacer con él. Todas las relaciones que existen entre los hombres son recíprocas, y sus deberes no estan fundados mas que sobre sus necesidades. Si la divinidad no tiene necesidad de ellos, nada le pueden deber, y por consiguiente no es posible que la ofendan. No obstante, la autoridad de Dios no puede ser fundada mas que sobre el bien que hace á los hombres, y los deberes de estos no pueden tener otro motivo mas que la esperanza de la felicidad; luego en no debiendóselas, todas sus relaciones se acaban. Así es, que de todos modos el sistema teológico se destruye á sí

mismo. ¿Como es posible que la teología no pueda llegar á conocer, que cuanto mas exálta y exágera su Dios, tanto mas incomprehen-sible le hace para nosotros, y que cuanto mas le aleja, mas debilita las relaciones que nos habia supuesto? Si el soberano de la natura-leza es un ser infinito y totalmente diferente de nuestra especie, y si el hombre no es á sus ojos mas que un poco de barro, es claro que no puede haber *relaciones morales* entre se-res tan poco análogos, y que la vasija que ha formado no puede ser capaz de raciocinar sobre él.

A pesar de esto, todo culto está formado so-bre las relaciones entre el hombre y su dios; todas las religiones del mundo tienen un dios déspota; pero, como el despotismo es un pe-der injusto, el atribuirle á la divinidad debe necesariamente derribar el edificio que se ha-bia formado de su bondad, su justicia y de su sabiduria infinita. Viendo los hombres los ma-les de que se veian acometidos en este mundo, sin poder adivinar el motivo de la cólera di-vina, no han podido menos de creer que el dueño de la naturaleza era un sultan que no debia nada á sus vasallos, que estaba exento de las leyes y de las reglas que él mismo habia prescrito á los demas; que podia ser in-justo cuando le daba la gana, y que tenia el

derecho de no poner límites á su venganza. En fin, los teólogos han pretendido que Dios era muy dueño de destruir el universo que su sabiduría habia formado, á pesar de que ellos mismos nos dicen, que el orden y el arreglo maravilloso de este universo son la mayor prueba de su existencia.(1)

En una palabra, la teología pone en el número de las calidades de Dios, el privilegio incomunicable de obrar contra todas las leyes de la naturaleza, diciendo que el culto que nos dicen que le debemos, está fundado sobre su razon, su justicia, su sabiduría y su fidelidad. ¡Que mar de contradicciones! Un ser que lo puede todo, y que, en sus decretos eternos sobre sus criaturas, puede escogerlas ó desechárlas, hacerlas félices ó desgraciadas; que puede hacerlas servir de juguete á sus caprichos, affigirlas y aun destruirlas, como á todo el universo; que puede ser mas que un tirano ó un demonio. ¿Que cosa puede haber mas horrenda que las consecuencias inmediatas de las ideas que nos dan de su dios los que nos dicen de amarle, servirle, imitarle y obedecer

(1) A lo menos concebimos, dice el doctor Gastrelle, que Dios puede, si le dá la gana, derribar la construcción del universo. Véase la *defensa de la religion tanto natural como revelada*.

á sus órdenes? ¿Cuanto mas valdria depender de una materia ciega ó privada de inteligencia, de una piedra ó de un leño, que de una divinidad que nos tiende sus lazos, nos invita á pecar, permite que cometamos crímenes que podria impedir, para podernos castigar después, sin utilidad para él mismo ni para nosotros? Semejante ser no puede inspirar mas que el terror; su poder nos arrancará muchos homenajes serviles; le llamaremos bueno para lisongearle; pero, sin revolver todas las cosas, nunca podemos amarle, cuando reflexionemos que no nos debe nada, y que puede castigar sus criaturas por haber abusado de su libertad, ó por no haber tenido las gracias que no les quisó dar.

De modo que, suponiendo que Dios no tiene nada que hacer con nosotros, no hacemos mas que minar los fundamentos de su culto. Una teologia que dice que Dios no ha criado á los hombres mas que para hacerlos eternamente desgraciados, nos le demuestra como un espíritu malvado, cuya malicia es inconceivable, é infinitamente mayor que la crueldad de los seres mas depravados de nuestra especie. ¡ Tal es no obstante el dios que tienen la desvergüenza de proponernos por modelo! ¡ Tal es la divinidad que adoran las naciones que se dicen mas sabias en este mundo!

¿ Y querran aun que el caracter moral de

la divinidad, es decir, su bondad, su sabiduría y su equidad, sirva de base á la ciencia de los deberes que unen entre sí á los seres de nuestra especie? Pero, como sus perfecciones y sus bondades se desmienten á cada momento, para hacer lugar á sus maldades, sus injusticias y sus severidades, no hay otro remedio mas que el de creerla inconstante, caprichosa, desigual en su conducta, y siempre en contradiccion consigo misma. En efecto, tan pronto la vemos favorable como dispuesta á dañar al género humano, tan pronto amiga de la razon, de la sociedad y de su felicidad, como enemiga de la virtud. No obstante, como hemos visto que los mortales llenos de terror no se atreven á confesarse á sí mismos que su dios es injusto ni malo, ni mucho menos el creerse autorizados á serlo tambien, solo sacan en consecuencia que todo loque hacen en conformidad á sus órdenes, ó con la mira de agradarle, debe ser bien hecho, por mas malo que parezca á los ojos de la razon. Le suponen el dueño de criar lo justo y lo injusto, y de cambiar el bien en mal, el mal en bien, lo falso en lo verdadero, y lo verdadero en falso; en una palabra, le dan el derecho de alterar la esencia eterna de las cosas. Hacen este dios superior á las leyes de la naturaleza y de la virtud, creen no poder hacer mal en seguir sus preceptos tan absurdos,

tan contrarios á la moral, é tan nocivos al reposo de la sociedad. Habiendo semejantes principios, los horrores que la religion hace cometer no nos deben de ningun modo asombrar; la religion mas atroz fué siempre la mas consecuente. (1)

Habiendo fundado la moral sobre el caracter de un dios que cambia á cada momento, el hombre no supo á que atenerse, ni sobre lo que debia á Dios, ni lo que se debia á sí mismo y á los demas; de manera que no hubo nada mas peligroso que el persuadirle que existia un ser superior á la naturaleza, al cual, para ser dichoso en la otra vida, era preciso sacrificar todo en esta; sus órdenes y su ejemplo debieron necesariamente ser mas poderosos que los preceptos de la moral humana. Los adoradores de este dios no pudieron escuchar la natura-

(2) La religion moderna de la Europa ha causado mas estragos que todas las demas supersticiones conocidas; pero en esta parte fué siempre mas consecuente con sus principios. ¿De que sirve el predicar la tolerancia y la dulzura en nombre de un dios despótico que solo tiene derecho á los homenajes de la tierra, que quiere que se admitan algunos dogmas, que castiga cruelmente las opiniones erróneas, y que exige un zelo ardiente de sus adoradores? Semejante dios no puede formar mas que fanáticos y perseguidores de todo hom-

leza y la razon mas que cuando estaban por casualidad de acuerdo con él. Por una consecuencia de estas ideas, el hombre religioso no se atreve nunca á exâminar las voluntades y la conducta del dâspota celeste segun las reglas ordinarias. Todo inspirado que se presente de su parte, como encargado de interpretar sus orâculos, tendrâ el derecho de hacerle injusto y criminal, porque su primer deber serâ el de obedecer â su dios.

Estas son las consecuencias fatales y necesarias del caracter moral que se atribuye â la divinidad, y de la opinion que persuade â los mortales que deben obedecer ciegamente al soberano absoluto, cuya voluntad arbitraria regula todos sus deberes. Los primeros que se atrevieron decir â los hombres, que en materia

bre consecuente. La teologia del dia es un veneno activo capaz de infestar todo el mundo por la importancia que se le atribuye. A fuerza de metafisica, los teólogos se han hecho absurdos y malos por sistema, y de que admitieron las ideas odiosas que dieron â la divinidad, fué imposible el convencerles que debian de ser humanos, equitativos, pacíficos, indulgentes y tolerantes. Pretendieron y probaron que estas virtudes humana no tenian nada que hacer con la causa de la religion, y que al contrario no serian mas que unos crîmenes para con el monarca celeste, â quien todo debia ser sacrificado.

de religion no les era permitido el consultar su razon y los intereses de la sociedad, se habian sin duda propuesto el hacerles los instrumentos de su propia maldad. Sin duda de este error radical han dimanado todas las extravagancias que las diferentes religiones han representado sobre la tierra, los furoros sagrados que la han bañado en sangre, las persecuciones inhumanas que han talado las naciones, en una palabra, todas las horribles tragedias ejecutadas bajo el nombre del todo poderoso. Siempre que se quiso hacer á los hombres insociables, se les dijo que Dios lo mandaba; de modo que los mismos teólogos han tenido buen cuidado de disfamar la fantasma que ellos mismos han elevado por sus interes sobre los despojos de la razon humana, y que, á pesar de su naturaleza desconocida, es muy preferible á un dios tiránico, que no puede menos de ser odioso para toda alma honrada. Ellos mismos son los destructores de su ídolo, por las calidades contradictorias que le han querido atribuir; ellos son tambien, como lo veremos mas adelante, los que han hecho la moral incierta, fundándola sobre un dios inconstante, y en general injusto y cruel mucho mas que bondadoso; ellos son los que la derriban, autorizando el crimen y la barbarie en nombre del soberano del universo, y prohibien-

donos el uso de la razon, que sola deberia guiar nuestras acciones.

Sea como fuese, admitiendo, si se quiere, por un minuto, que Dios posee todas las virtudes humanas en un grado de perfeccion infinito, tendremos que reconocer que no puede añarles con los atributos metafisicos, teológicos y negativos de que hemos hablado ya. Si Dios es un espíritu puro, ¿como ha de poder obrar como el hombre, que es un ser corporal? Un espíritu puro no vé nada, ni oye ni entiende nuestros ruegos; no puede enternecerse con nuestras miserias, porque no tiene los órganos capaces de poder excitar en él los sentimientos de piedad. Si sus disposiciones pueden cambiar, no es inmutable; si la naturaleza entera, sin ser él mismo, puede existir con el, no es infinito; no puede ser todo poderoso, si permite el mal y los desórdenes del mundo; no puede estar en todas partes, si no está en el hombre que peca, ó si se retira al tiempo de pecar. De modo que, de cualquier modo que consideremos este dios, sus calidades humanas se destruyen unas á otras, y no pueden de ningun modo combinarse con los atributos sobrenaturales que la teologia le dá.

En cuanto á la revelacion de sus voluntades, esto, lejos de ser una prueba de su bondad ó de su ternura para los hombres, no lo es el

mas que de su malicia, pues que esto seria una prueba de que les ha dejado ignorar largo tiempo lo que mas cuenta les tenia el saber. Esta revelacion á un corto número de hombres privilegiados anunciaria en él, mas una predileccion injusta, que la bondad del padre comun de la raza humana; esto iria contra la inmutabilidad divina, pues que seria una prueba que queria en un tiempo que los hombres ignorasen lo que queria que supiesen en otro. Siendo esto así, toda revelacion es injusta y contraria á la nocion que nos dan de su justicia y de su bondad, que no tendria necesidad de revelacion para darse á conocer, para instruir y convencer á los hombres, inspirarles las ideas que desea, y en una palabra, disponer de sus entendimientos y de sus corazones. Pero, ¿que seria, si quisiesemos exâminar detalladamente todas las revelaciones que nos dicen haber sido hechas á los mortales? En ellas veremos que ese dios no habla mas que de un modo indigno de un ser sabio; obra de un modo contrario á las nociones de la equidad; anuncia unos oráculos incomprehensibles; se pinta él mismo de un modo incompatible con sus perfecciones infinitas; exige unas puerilidades que le degradan á los ojos de la razon, y turba el orden de la naturaleza, para poder convencer á sus

criaturas, sin que, á pesar de todo esto, pueda inspirarles los sentimientos y el modo de conducta que queria que tuviesen. Enñin , veremos que Dios no se ha manifestado nunca, mas que para anunciar los misterios mas inexplicables, unos dogmas ininteligibles, y para echar el entendimiento humano en el temor, la desconfianza y la perplexidad, que han servido de margen inagotable á todas las disputas de los mortales. (1)

Esto nos demuestra que las ideas que la teologia nos dá de la divinidad, son siempre confusas y dañosas para el reposo humano. Estas nociones obscuras serian de muy poca consecuencia, si los hombres no las considerasen como importantes, y si no sacasen de ellas unas inducciones perniciosas para ellos mismos. Como no tendrian nunca una medida

(1) Es evidente que toda revelacion misteriosa no puede provenir de un ser sabio é inteligente, pues si habla, es de creer que lo hará para ser entendido de aquellos á quienes se manifiesta. Hablar para no serlo, anuncia locura ó mala fé. Luego es claro que lo que los sacerdotes llaman *misterios* son unas invenciones hechas para servir de velo á su ignorancia, porque, cuando se les pregunta la resolucion de alguna dificultad, responden, *es un misterio*. Ademas que su interes pedia que los hombres no entendiesen nada de esto.

comun y fija para juzgar de este ser inventado por la imaginacion, nunca podrian estar de acuerdo sobre la idea que debian formarse de él. De aquí nació la diversidad de las opiniones religiosas, margen de tanta disputa insensata, que fueron siempre miradas como muy esenciales, y por consiguiente interesaron la tranquilidad de las naciones. Un hombre que tenga la sangre caliente no podrá contentarse con el dios de un flemático; un hombre enfermo, bilioso y descontento no tendrá el mismo dios que el que goze de un temperamento sano; un hombre bueno, equitativo y compasivo, no se hará la misma idea de él, que otro que sea duro, inflexible y malo. Cada individuo modificará siempre su dios de una manera semejante á su modo de ser y de pensar, y por consiguiente el sabio, honrado y sensato, no podrá nunca creer en una divinidad cruel.

No obstante, como el temor presidió siempre á la creacion de los dioses, su idea hizo temblar á los mortales, y despertó en su entendimiento las ideas mas lugubres, echando tan pronto su imaginacion en la inquietud, como llenándola de fuego. La experiencia de todos los siglos prueba que este nombre vano, que se ha hecho para todo el género humano la cosa mas importante, llena todo de consternacion, y pro-

en los entendimientos los mayores estragos. Es cosa muy difícil que un temor continuo, que es la mas incómoda de todas las pasiones, nos agrie á la larga los temperamentos mas moderados.

Si un misántropo que aborreciese el género humano hubiese formado el proyecto de poner los hombres en la mayor perplexidad, no hubiera podido imaginar un medio mas eficaz, que el de ocuparles continuamente de un ser desconocido, que les hubiese anunciado como el objeto de todas sus esperanzas, el modelo de sus acciones, y enfin, como la cosa mas importante de la vida, porque su felicidad en este mundo no dependia mas que de él; ¿y que seria si á estas ideas, tan capaces de por sí de turbar el cerebro, añadiese la de un monarca absoluto que no tiene mas regla que su voluntad, ni ningun deber, que puede castigar eternamente las ofensas que se le han hecho, que se irrita de las ideas y de los pensamientos de los hombres, y que, aun sin saberlo, pueden incurrir en su desgracia? El nombre solo de un ser semejante bastaría para llenar de terror todos los que le oyesen pronunciar. ¿Cuales serian los tormentos á que se condenarian voluntariamente para poder adivinar lo que era este ser tan terrible, para descubrir el secreto de agradarle, é ima-

ginar todo lo que pudiese desarmar su colera? ; Que miedo tendríamos cuando nos engañásemos! ; que disputas habria sobre las calidades de un ser igualmente desconocido de todos, y visto de un modo diferente por cada uno! ; que variedad de medios se imaginarian para encontrar los de agradarle, ó para desarmar su irritacion!

Tal es, palabra por palabra, la historia de los efectos que el nombre de Dios ha producido sobre la tierra. Los hombres temieron siempre, porque nunca se pudieron figurar lo que este nombre podia representar. Las calidades que algunos especuladores han creido reconocer en él á fuerza de trabajo, no hicieron mas que turbar el reposo de las naciones y de los individuos que las componian, llenarles de animosidades, y hacerlas su existencia desgraciada. El encanto de esta palabra hizo que el género humano se quedase algunas veces como estupefacto, ó bien que se volviese furioso y fanático: tan pronto se le vió, como un esclavo, curbarse bajo el latigo de un amo inexorable, y creyendo no haber nacido mas que para servir este dueño, que no conocia, de quien se habia formado las ideas mas terribles, y por quien vivia en las lágrimas y en la miseria. El exceso de su dolor le hizo algunas veces levantar los ojos hácia el cielo; pero,

desconfiándose siempre de esta divinidad, que le parecia injusta, caprichosa é implacable; de modo que no pudo trabajar en su felicidad, consultar su razon, porque no le fué nunca permitido el perder sus temores de vista: se hizo el enemigo de sí mismo y de sus semejantes, porque le llegaron á persuadir que su bien estar en este mundo era prohibido. Siempre que se habló de su tirano celeste, perdió su juicio, y cayó en un estado de delirio cuando se sometió á la autoridad. El hombre fué destinado á la servidumbre desde el mismo seno de su madre; la opinion tirana le impuso las cadenas todo el resto de su vida. Víctima de los terrores pánicos que no cesaron de inspirarle, parecia no haber venido sobre la tierra mas que para gemir, y poner todo su cuidado en hacerse la vida amarga, y turbar la felicidad de los demas. Infestado continuamente con ilusiones, se hizo estúpido, tonto, y algunas veces malo, creyendo honrar el dios que le propenian por modelo.

De este modo los mortales se prosternaron de generacion en generacion delante de las fantasmas que el pavor habia forjado en el seno de la ignorancia. Así es que adoraron temblando los ídolos criados en la profundidad de su cerebro, de que habian hecho un santuario. En vano se les dirá que se proster-

nan delante de sí mismos, que adoran su imaginacion, y tienen miedo del cuadro que ellos mismos han pintado. Todo cuanto se les diga no podrá impedir el que se prosternen, se inquieten y tiemblen, que no conozcan la ridícula produccion de su demencia, y que se parezcan á un niño que, mirándose á un espejo, se espanta él mismo al ver su cara, que ha desfigurado. Sus extravagancias han existido desde el principio de la nocion de un dios, y subsistirán y renovarán hasta tanto que esta nocion no parezca mas largo tiempo necesaria á la felicidad de las sociedades. Entre tanto es evidente que el que llegase á hacer esto, sería el mayor amigo del género humano.

CAPITULO IV.

EXAMEN DE LAS PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS, DADAS POR CLARKE.

La unanimidad con que todos los hombres reconocen un dios, es considerada como la mayor prueba de su existencia; no hay un pueblo, dicen, que no tenga algunas ideas de un ser todo poderoso; tanto los salvajes mas groseros, como las naciones mas civilizadas, se ven obligadas á buscar la causa primera de cuanto existe; de modo, dicen, que el grito de la naturaleza debe convencernos de la existencia de un dios, pues que su imagen se halla gravada en todos los hombres; por lo que concluyen que esta idea debe ser innata.

Si dejamos á parte toda preocupacion, para exâminar esta prueba que tan triunfante parece á muchos, veremos que este consentimiento universal no prueba nada, solo sí que han sido unos ignorantes muy clásicos, cuando han querido dar una razon y una esencia que

no podian conocer de ningun modo. Las nociones de la divinidad, que se ven derramadas sobre la tierra, nos anuncian unicamente que los hombres de todos paises han tenido muchos desastres y revoluciones, y muchas penas y quebrantos de que no han conocido las causas fisicas y naturales. Los acontecimientos de que fueron víctimas excitaron su terror, y por no conocer las leyes de la naturaleza, sus fuerzas ni sus recursos, se imaginaron que estos fenómenos eran debidos á algun agente secreto, de quien no podian tener mas que unas ideas vagas, y que no pudieron menos de creer que se conducia como ellos: luego el consentimiento de los hombres á reconocer un dios, no prueba sino que en el seno de la ignorancia han admirado ó temblado, y que buscaron los medios de fijar su incertidumbre sobre la causa de los fenómenos que les asustaban; su imaginacion diversa no pudo menos de trabajar diferentemente para este fin. Todos confiesan que no pueden formarse ninguna idea de esta divinidad; pero todos se unen en decir que existe indubitablemente, y cuando se les aprieta de mas cerca, saltan, diciendo que es un espíritu, palabra que no significa mas que la ignorancia del que la pronuncia.

Esto no debe extrañarnos, pues que el hombre no puede tener ideas verdaderas mas

que de lo que obra ó ha obrado antes sobre sus sentidos ; pero, solo unos objetos materiales y físicos pueden conmovier nuestros órganos ; lo que ha sido demostrado bastante claramente, para evitar repeticiones, en el principio de esta obra ; solo diremos que la mayor prueba de que la idea de Dios es innata, es que varía á cada siglo, y que es distinta en cada pays. Esta diversidad y esta fluctuacion sucesiva tienen el verdadero caracter de un conocimiento, ó de un error adquirido ; por otra parte, los hombres han perfeccionado todas las ciencias materiales, sin que hayan podido hacer el menor adelanto en la divina ; esta es en todas las partes la misma. Los hombres ignoran el objeto que adoran, y si hay alguno que se haya ocupado de este asunto seriamente, no ha hecho mas que obscurecer mas y mas las ideas primitivas que los mortales se habian formado de él.

Si se preguntase cual es el dios delante del cual todos los hombres se prosternan, cada uno diria uno diferente ; para que estuviesen de acuerdo, seria preciso que las mismas sensaciones y percepciones hubiesen dado á todos la idea de la divinidad, lo que supondria unos órganos semejantes, modificados por unos sentimientos análogos. Como todo esto no ha podido suceder, porque los hombres, esencial-

mente diferentes en cuanto á sus temperamentos, se han encontrado en circunstancias muy diversas, es claro que sus ideas no han podido ser las mismas sobre una causa imaginaria. Dejando á parte algunos puntos generales, cada uno se hizo una divinidad que temió y sirvió á su modo; así es que el Dios de una nacion no fué nunca el mismo que el de otra. El de un pueblo salvaje es comunmente un objeto material, lo que parece muy ridículo á una nacion mas ilustrada. El ser espiritual es una producción del cerebro de varios especuladores. El dios teológico que las naciones mas civilizadas admiten en el dia, es por decirlo así, el último esfuerzo de la imaginacion humana. Solo en las sociedades civilizadas, en donde los especuladores ociosos meditan, disputan y vuelven todo en metafisica, puede existir uno semejante. La facultad de pensar es muy corta entre los salvajes que se ven necesitados á trabajar continuamente para procurarse una subsistencia precaria; el hombre del pueblo, aun entre nosotros, no tiene mejores ideas que un salvaje. Un dios espiritual no puede servir mas que para alimentar la imaginacion de algunos hombres sùtiles, que no tienen que trabajar para comer. La teologia, esta ciencia tan decantada, no sirve mas que para hacer que los

que la siguen vivan á expensas de los demas, y se abrojen el derecho de pensar por los que trabajan. Esta ciencia inutil, compuesta de ilusiones, se ha hecho en las sociedades que se dicen ilustradas, un ramo de comercio muy ventajoso para los curas y los frayles, y muy dañoso para los ciudadanos.

¡Que distancia tan infinita hay entre una piedra, un arbol, ó un animal, y el dios tan abstracto que la teologia ha formado y que ella misma no puede entender! El salvaje se engaña sin duda, cuando dirige sus ruegos á una piedra inanimada; pero á lo menos vé el objeto de su culto. El Lapon que adora un peñasco, ó el negro que adora una serpiente monstruosa, ven á lo menos el objeto que adoran; pero el especulador sutil, que llaman teólogo, y que se cree con el derecho de burlarse del Lapon y del negro, es mucho mas ridiculo, pues que no conoce que se echa de rodillas delante de un ser que no existe mas que en su imaginacion, y del cual no puede tener ninguna idea, á menos que como el salvaje, entre prontamente en el mundo visible, para poderle dar algunas calidades capaces de ser conocidas.

De modo, que las nociones generates de la divinidad no prueban de ningun modo su existencia, pues que no son mas que un error,

que nos fué transmitido por nuestros ignorantes antepasados. Estas divinidades han sido sucesivamente adornadas y alteradas por los curas, los legisladores y todos aquellos que han tenido necesidad de ella para subyugar al vulgo.

Aunque sea verdad, como lo dicen, que no hay nacion sobre la tierra, por salvaje ó feroz que sea, que no tenga un culto religioso. nada puede resultar de esto en favor de la divinidad. La palabra *dios* no significará nunca otra cosa, mas que la causa desconocida de los efectos que admiramos ó tenemos; de modo que esta nocion tan generalmente admitida, no probará mas, sino que todas las naciones han ignorado la causa de los efectos que las han asombrado. Si no hay un pueblo que no tenga su dios ó su culto, es porque no ha habido ninguno, cuyos ignorantes antepasados no hayan sufrido alguna desgracia, y de que la posteridad no haya adoptado las opiniones sin exâmen. Ademâs que la universalidad de una opinion no prueba nada en su favor, ¿cuantas preocupaciones y errores no vemos gozar de la aprobacion universal? ¿No tenemos todos los pueblos de la tierra embebidos en las ideas de magia, de encantos y de duendes? y para unas cuantas perso-

nas instruidas que no creen en estas tonterías, ¿cuantos hombres hay que creen en ellas, á lo menos tan firmemente como en Dios? ¿Diremos, por esta unanimidad, que semejantes nociones tienen alguna realidad? y antes de Copérnico, ¿había alguno que no creyese que la tierra era inmóvil, y que el sol daba vueltas al rededor de ella? Cada hombre tiene su dios, ¿y que hemos de inferir de esto, que los hay todos ó que no hay ninguno? Pero á esto me responderán, y seguramente con apariencias de verdad, que cada hombre tiene su idea del sol, y me preguntarán si todos estos soles existen; pero es fácil de responder que la existencia del sol es sensualmente evidente, en igual que la de Dios no lo es tal; que todo el mundo vé al sol, y que ninguno vé á Dios. Esta es la sola diferencia entre la realidad y la ilusion. La realidad es casi tan diversa entre los hombres como la ilusion, pero la una existe y la otra no. En un lado hay calidades sobre las cuales se puede disputar, en igual que en el otro se disputa sobre todas. Nadie ha dicho aun, que *no hay sol ó que el sol no quema*, en igual que muchos hombres sensatos han dicho que *no hay Dios*; y los mismos que dicen que esta opinion es erronea y horrorosa, tienen que con

resar que ni le han sentido ni visto. La teología es un mundo que sigue las leyes inversas de las del que habitamos.

¿A que sirve pues esta concordia tan util, que hace que todos los hombres reconozcan un dios y la necesidad de un culto? A probar que ellos, ó que sus ignorantes padres, fueron infelices sin saber á que atribuirlo. (1) Si tuviésemos valor para exâminar las cosas como se deben, apartándonos de toda preocupacion, no tardaríamos en conocer que la idea de la divinidad no nos ha sido dada por la naturaleza, y hubo un tiempo en que no la conocíamos; que nos fué dada por nuestros parientes, que la recibieron de los suyos, y enfin que proviene de unos salvages bárbaros, ó por me-

(1) Cuando exâminemos á sangre fria la prueba de la existencia de Dios, solo veremos que todos los hombres han tenido que reconocer que habia unas fuerzas, motrices y desconocidas en la naturaleza, de lo que nadie puede dudar, pues que no hay efecto sin causa. De modo que la sola diferencia que hay entre los ateos y los teólogos, es que los primeros asignan unas causas materiales y conocidas á todos los fenómenos, en igual que los otros las hacen espirituales y desconocidas. ¿El dios de los teólogos es acaso otra cosa mas que una fuerza ócultas?

por decir inteligentes, que supieron aprovecharse de la ignorancia y credulidad de nuestros antepasados.

No obstante ha habido hombres que se han atrevido á alabarse de haber visto la divinidad: el primero que lo dijo, fué sin duda un embustero que quiso sacar partido de la credulidad del pueblo, ó bien algun entusiasta que, habiendolo soñado, lo tomó por realidad. Nuestros antepasados nos han transmitido estas nociones segun ellos mismos las habian recibido de los que les engañaron; y con las adiciones y composturas que las han sido hechas todos los siglos, han llegado á adquirir la sancion de todo el mundo. Este es el motivo por que uno de los primeros nombres que nos enseñan es el de Dios; nos le han hecho pronunciar con respeto, y nos han hecho creer que es nuestro deber el arrodillarnos delante de una fantasma que jamas nos ha sido permitido el exâminar. A fuerza de repetir esta palabra sin sentido, y de oir contar las fábulas que se le atribuyen, nos hemos persuadido buenamente que todo hombre trae consigo al mundo una idea de la divinidad.

Si nos acordasemos de la primera vez que oimos la palabra *dios*, y de los cuentos maravillosos que nos fueron hechos de él en nues-

tra infancia, no creeríamos esta idea innata. (1) Nuestra memoria no nos recuerda la sucesion de causas que han gravado su nombre en nuestro cerebro; la costumbre es sola capaz de hacernos admirar ó temer un objeto que no conocemos. Así que le oimos pronunciar, le atribuimos sin reflexion las ideas y las sensaciones de que nos han dicho debia ir acompañado; de modo que por poca franqueza que tengamos, tendremos que confesar que la idea de Dios nos viene de nuestros padres, y no nos fué infundida mas que por la educacion.

Hé aquí como la idea de Dios, imaginada por la ignorancia, la imaginacion y el temor, adoptada por la inexperiencia, propagada por la educacion, se ha hecho inviolable y sagrada; la hemos recibido por fuerza, y porque nos aseguraron que era esencial para nuestra felicidad, creyendola indudable, pues que nunca hemos tenido la intrepidez de huir de

(1) Jamblique, filósofo muy obscuro y visionario, pero del cual no obstante la teologia moderna parece haber sacado muchos de sus dogmas, dice que anteriormente á todo uso de razon, la nocion de la divinidad nos es inspirada por la naturaleza, que nos dá una especie de tacto preferible al conocimiento mismo. Véase Jamblichus, *de Mysteriis*, pag. 1.

ella. Si la casualidad nos hubiese hecho nacer en el Africa, adorariamos con el mismo fervor y sinceridad la culebra de los negros, como ahora adoramos el dios espiritual de los Europeos, y nos indignariamos tanto si alguno nos viniese á hablar contra la divinidad de este reptil, como se indignaria un teólogo si se le disputasen los atributos maravillosos que ha dado á su Dios. No obstante, si se contestasen los títulos y las calidades del dios serpiente de los negros, á lo menos no se les podria contestar su existencia. Pero nuestro dios inmaterial é incorporeal no se halla de ningun modo en este caso, porque, á fuerza de sutilizar, han hecho su existencia imposible para cualquier hombre capaz de raciocinar. ¿Porque quien puede formarse la menor idea de un ser todo compuesto de abstracciones y calidades negativas? Nuestros teólogos no saben lo que adoran, no tienen la menor idea de lo que les ocupa continuamente; su ídolo hubiera perecido ya hace mucho tiempo, si nos hubiesemos atrevido á exáminarle.

Efectivamente, al primer paso nos vemos detenidos; hasta la misma existencia del ser mas importante y mas reverado, es un problema para el que pesa á sangre fria las pruebas que de él dá la teologia, y, aunque antes de disputar sobre la naturaleza y las calidades de

un ser, sería muy del caso conocer su existencia; ningún hombre que quiera consultar la razón se podrá hallar convencido de ella. Los mismos teólogos no han estado nunca de acuerdo sobre las pruebas de que se servían para constatar la existencia divina. El entendimiento humano se ha ocupado de Dios desde un tiempo inmemorial, á pesar de lo cual la existencia de este objeto interesante para todos no ha sido nunca demostrada de un modo satisfactorio, ni aun para aquellos mismos que quieren que creamos en ella. Todos los siglos han dado á luz nuevos campeones, profundos filósofos y sutiles teólogos, que han estado continuamente buscando los medios de demostrar la existencia de esta divinidad; sin duda porque creyeron que lo que ya se había antes dicho, no era de ningún modo suficiente. Los especuladores que se habían lisongeado de haber resumido este gran problema, fueron muy á menudo acusados de ateos, por haberle explicado con demasiada debilidad. (1) Hombres del mayor talento han fallado, cuando

(1) Descartes, Pascal, y hasta el doctor Clarke, han sido acusados de ateísmo por sus teólogos contemporáneos, lo que no ha impedido que los teólogos subsiguientes se sirvan de sus pruebas, y las den como muy

han querido dar algunas demostraciones ó soluciones en favor de esta existencia; pero, todos, en igual de apartar una dificultad, no han hecho mas que suscitar ciento mas. En vano los mayores metafísicos han agotado sus esfuerzos, ya sea para probar la existencia de Dios, ó la de sus atributos; ó bien para responder á las objeciones mas simples; hasta ahora nadie ha podido poner la divinidad fuera de todo ataque. Las dificultades que se les oponen son tan claras y simples, que un niño las entenderia; en igual que con dificultad se hallarán doce hombres, en la nacion mas civilizada, que puedan entender todo lo que Clarke, Descartes, y Leibnitz han dicho para demostrar la existencia de la divinidad. Esto no debe sorprehendernos; los hombres no se entienden nunca ellos mismos cuando hablan de Dios; luego ¿ como se han de entender ni convenir entre sí, cuando se disputan sobre la naturaleza y las calidades de un ser criado por imaginaciones diversas, visto de

validas. Véase mas lejos en el cap. x. Hace poco tiempo que un célebre autor (bajo el nombre del doctor *Beumann*) ha publicado una obra en la cual pretende que todas las pruebas dadas hasta aquí de la divinidad son nulas, y las substituye las suyas, que son tan incapaces de convencer como las otras.

un modo distinto por cada hombre, y sobre quien, este se hallará siempre en la mayor ignorancia por no tener entendimiento capaz de juzgarle?

Para convencernos de cuan cortas son las pruebas dadas de la existencia del dios teólogo, como tambien la inutilidad de los esfuerzos que se han hecho para conciliar sus atributos disonantes, no tenemos mas que escuchar lo que el célebre autor Clarke, que ha pasado por haber dado las pruebas mas convincentes sobre el particular, ha dicho en su tratado de la *existencia y de los atributos de Dios*. (1)

(1) Aunque muchas personas han considerado la obra del doctor Clarke como la mas sólida y convincente, no será malo el que hagamos observar que muchos contemporaneos y compatriotas suyos no la juzgaron del mismo modo: todo al contrario, sostuvieron que sus pruebas eran insuficientes, y que su método ponía en peligro su causa. Efectivamente, el doctor Clarke ha querido probar la existencia de Dios por *priori*, lo que ha sido mirado por otros como imposible, y como una corrupcion de principios. Este modo de probar ha sido refutado por los escolásticos, como *Alberto el grande*, *Tomas de Aquino*, *Juan Scot*, y la mayor parte de los modernos, á excepcion de *Suarez*. Todos ellos han convenido en que la existencia de Dios no podia ser demostrada por *priori*, pues que nada habia de anterior á la primera causa, todo al contrario

Los que le han seguido no han hecho efectivamente mas que repetir sus ideas, ó presentar sus pruebas bajo nuevas formas. El exámen que vamos á hacer de ellas, nos hará ver que sus pruebas son poco convincentes, que sus principios son poco fundados, y que sus soluciones no son capaces de resolver nada; en una palabra, tanto en el dios de Clarke, como en el de la mayor parte de los teólogos,

que debia ser juzgada por *posteriori*, es decir, por sus efectos. La obra del doctor Clarke fué por consiguiente refutada por una infinidad de teólogos, que le acusaron de innovacion y de dañar su causa por el método que empleaba. Los que quieran conocer las razones de que se han servido para contradecir las demostraciones de Clarke, las hallaran en una obra inglesa llamada: *An enquiry into the ideas of space, time, immensity, etc, by Edmund Law*, impresa en Cambridge en 1734. Si el autor demuestra en ella con razon que las pruebas *à priori* del doctor Clarke son falsas, tambien será facil ver por todo lo que hemos dicho en esta obra, que las demostraciones *à posteriori* son igualmente mal fundadas. La grande consideracion en que se halla hoy dia el libro de Clarke, nos prueba que los teólogos no estan nunca de acuerdo, mudan muy á menudo de parecer, y son muy poco dificiles sobre la existencia de un dios que hasta ahora no ha sido de ningun modo demostrada. Sea como sea, lo cierto es que la obra de Clarke, á pesar de todas sus contradicciones, goza en el dia de la mayor reputacion.

no se verá nunca mas que una ilusion establecida sobre constituciones vagas, y formada por un conjunto de disparates que hacen su existencia totalmente imposible; y enfin, en este dios no se hallará mas que una fantasma puesta en lugar de la energía de la naturaleza, que todos se han empeñado en desconocer. Sigamos pues paso á paso todas las sublimes soluciones, que este sabio teólogo dá de la existencia de la divinidad.

I. *Alguna cosa, dice Clarke, debe haber que no haya tenido principio.*

Esta proposicion es tan evidente que no necesita explicacion; pero ¿que cosa es esta que ha existido siempre? ¿Y porque no hemos de decir que es la naturaleza, ó un agente que conocemos, y no un ser imaginario incapaz de ser conocido? Lo que existe prueba que la existencia es esencial, ó que no puede cesar de existir, de modo que es necesaria; luego ¿como hay quien pueda creer que lo no puede cesar de existir, ó que no puede anonadarse, haya tenido un principio? Si la materia no puede perecer, es imposible que haya tenido principio. Por consiguiente, diremos al doctor Clarke que la materia ó la naturaleza, que no puede cesar de obrar, es la que siempre ha existido. Los diferentes cuerpos que esta materia en-

cierra en sí cambian de forma, de combinaciones, de propiedades y de modos de obrar; pero sus principios y sus elementos son indestructibles, y por consiguiente no han podido tener un principio.

II. *Un ser independiente é inmutable ha existido siempre.*

Preguntaremos nosotros, ¿ que ser es este, como tambien, si es independiente de su esencia y de las propiedades que le constituyen? Preguntaremos tambien, ¿ si este ser, sea cual fuese, puede hacer que los seres que produce ó que mueve, obren de otro modo que del que sus propiedades hacen natural, en cuyo caso querremos saber si este ser, supuesto ó no, obra necesariamente, ó no se vé en la obligacion de emplear los medios indispensables para llenar sus miras, y poder llegar á los fines que tiene ó que le han supuesto? Entonces diremos que la naturaleza tiene que obrar segun su esencia, que todo se hace en ella necesariamente, y aun cuando se la suponga gobernada por un dios, este no puede obrar mas que como obra, y por consiguiente está sometido á la necesidad.

Dicen que un hombre es independiente cuando sus acciones no estan determinadas mas que por las causas generales que le conmueven

regularmente ; se dice que depende de otro hombre, cuando no puede obrar sino por voluntad de este. Un cuerpo es dependiente de otro, cuando le debe su existencia y su modo de obrar; un ser que ha existido siempre, no puede haber recibido su existencia de otro ; mas como no le seria dependiente, á menos de deberle su accion , es evidente que un ser eterno ó existente por sí mismo, encierra en su naturaleza todo cuanto se necesita para obrar; luego, siendo la materia eterna, resulta que es independiente; por consiguiente, no tiene la menor necesidad de un motor de quien depender.

El ser eterno es tambien inmutable, si por este atributo se entiende que no puede cambiar de naturaleza, pues el querer decir que no puede cambiar de modo de ser ó de obrar, es engañarse claramente ; y aunque se quisiera decir que es un ser inmaterial, nos veriamos siempre en la necesidad de reconocer en él diferentes modos de ser, diferentes revoluciones, y diferentes modos de obrar, á menos que no se le supusiese totalmente privado de accion, en cuyo caso seria del todo inutil. En efecto, para cambiar de modo de obrar, es de toda necesidad el cambiar de modo de ser. Así es que vemos que los teólogos, haciendo un dios inmutable, le hacen

inmovil, y por consiguiente inutil. Un ser inmutable, en este sentido de no mudar de modo de ser, no podria evidentemente tener ni voluntades sucesivas, ni tampoco producir acciones que lo fuesen: si este ser ha criado la materia ó engendrado el universo, hubo un tiempo en que quiso que esta materia y este universo existiesen, y este tiempo fué precedido de otro, en que quiso que no existiesen aun. Si Dios es el autor de todas las cosas, como tambien de los movimientos y de las combinaicones de la materia, está incesantemente ocupado en producirse y en destruirse; por consiguiente no puede llamarse *inmutable* en cuanto á su modo de existir. El universo material se mantiene siempre el mismo por los movimientos y las mudanzas continuas de sus partes; la suma de los seres que le componen, ó de los elementos que obran en él, es invariablemente la misma; en este sentido la inmutabilidad del universo es mucho mas facil de concebir, y aun mas de demostrar, que la de un dios distinguido de sí mismo, á quien se atribuyen todos los efectos y mudanzas que se operan á nuestra vista. La naturaleza no es mas acusable de mutabilidad por razon de la sucesion de sus formas, que el ser eterno de los teólogos por la diversidad de sus decretos.

III. *Este ser inmutable é independiente, que existe eternamente, existe por sí mismo.*

Esta proposicion no es mas que una repeticion de la primera, y responderemos á ella, preguntando, ¿ porque la materia, que es indestructible, no existe por sí misma? Es evidente que un ser que no ha tenido principio debe de existir por sí mismo. Si hubiese recibido su existencia de otro, hubiera tenido un principio, y por consiguiente no seria eterno. Los que dicen que la materia es coeterna con Dios, no hacen mas que multiplicar les seres sin necesidad.

IV. *La esencia de un ser que existe por sí mismo es incomprehensible.*

El doctor Clarke hubiera hablado de un modo mas exácto, si hubiese dicho que su esencia era imposible; no obstante, es preciso convenir en que la esencia de la materia es incomprehensible, ó á lo menos que la concebimos muy imperfectamente por el modo con que nos afecta; pero la divinidad es mucho menos concebible, porque no la conocemos de ningun modo. Por consiguiente, decimos siempre que es una locura el raciocinar sobre ella; que no hay cosa mas ridicula, que la de atribuir una infinidad de calidades á un

ser distinguido de la materia, en igual que si existiese, ella sola podria darnosle á conocer, como igualmente su existencia. Enfin, inferiremos de esto que todo lo que se nos dice de Dios le hace ser material, ó prueba la imposibilidad en que estaremos siempre de concebir un ser diferente de la materia; que no es extenso, y que sin embargo se halla en todas partes; que es inmaterial, pero que obra sobre la materia; tampoco espiritual, aunque la produce; ni inmutable, á pesar de que pone todo en movimiento etc.

En efecto, la incomprehensibilidad de Dios no le distingue de la materia; y esta no será mas facil de comprender, aunque la asociemos un ser aun menos comprehensible que ella misma, y que conocemos por algunas de sus partes. No conocemos la esencia de ningun ser, si, por la palabra *esencia*, se entiende lo que constituye la naturaleza que le es propia; ni tampoco la materia, mas que por las percepciones, las sensaciones, y las ideas que dá; por esto es que las juzgamos bien ó mal, segun la disposicion particular de nuestros órganos; pero desde que un ser no obra sobre ninguno de ellos, no existe para nosotros, y no podemos sin extravagancia hablar de su naturaleza ó asignarle calidades. La incomprehensibilidad de Dios deberia convencer á los hombres de

una manera suficiente para no ocuparse de él; pero esta indiferencia no acomodaria á los ministros que quieren, por sus incesantes razonamientos, por manifestar su saber y someternos á sus miras, hacer por fuerza que nos ocupemos de él. Sin embargo, si Dios es incomprehensible, deberiamos concluir de esto que nuestros sacerdotes no le comprehenden mejor que nosotros, y tomar por el partido mas seguro, el de la incredulidad de cuanto estos sacerdotes imagnian.

V. El ser que existe necesariamente por sí mismo es necesariamente eterno.

Esta proposicion es la misma que la primera, á menos que por ella el doctor Clarke entienda que, como el ser existente por sí mismo no ha tenido principio, no puede tampoco tener fin. No obstante, se preguntará siempre, ¿porque se obstina en distinguir este ser del universo? Añadiendo que, como la materia no se puede reducir á la nada, existe necesariamente, y no podrá dejar de hacerlo. A demas, ¿como es que esta materia se deriva de un ser que no es materia? ¿Ne se vé que esta es necesaria, y que no hay mas que su fuerza, su composicion, y sus combinaciones, que sean contingentes, ó mas bien pasajeras? El movimiento general es necesario; pero un movi-

mimiento dado no lo es, mas que mientras que subsiste la combinacion, de que es la consecuencia ó el efecto : se pueden cambiar las direcciones, acelerar ó atrasar, suspender ó parar un movimiento particular; pero no se puede aniquilar el general. El hombre cuando muere cesa de vivir, es decir, de andar, de pensar y de obrar de un modo que es propio á la organizacion humana; pero la materia que componia su cuerpo y su alma no cesa por esto de moverse, y llega simplemente á ser susceptible de otra especie de movimiento.

VI. *El ser que existe por sí mismo debe ser infinito y estar presente en todas partes.*

La palabra *infinito* no presenta mas que una idea negativa que excluye todos los límites. Es evidente que un ser que existe necesariamente, y que es independiente, no puede ser limitado por nada que este fuera de él, y que debe ser su mismo límite; en este sentido se puede decir *que es infinito*.

En cuanto á lo que se nos dice que está en todas partes, es evidente que, si no hay nada fuera de él, no habrá ningun parage en donde no esté presente. Sentado esto, pregunto yo al doctor Clarke, ¿si la materia existe, y si no ocupa á lo menos una porcion en el espacio.? En este caso, la materia ó el universo deben

á lo menos excluir la divinidad, que no es materia, del lugar que los seres materiales ocupan en el espacio. ¿Seria por casualidad el ser abstracto que llaman el *espacio* ó el *vacio*, lo que constituye el dios de los teólogos? Responderan que no, y diran que Dios, que no es materia, *penetra la materia*. Pero, para penetrarla, es menester corresponder con ella, y por consiguiente tener extension; para tener esta, es menester tener tambien una de las propiedades de la materia. Si Dios la penetra, es material, y se confunde con el universo, de que es imposible el distinguirlo; y por una consecuencia necesaria Dios no puede nunca separarse de la materia; estará en mi cuerpo, en mi brazo, etc., lo que ningun teólogo querrá concederme. Me dirá que esto es un misterio, de lo que inferiré que no sabe donde colocar á su dios, quien, no obstante, segun él, llena todo con su inmensidad.

VII. *El ser necesariamente existente es necesariamente unico.*

Si no hay nada fuera de un ser que existe necesariamente, es menester que sea único. Se vé que esta proposicion es la misma que la precedente, á menos que no se quisiese negar la existencia del universo material, ó que no se quisiera decir con Espinosa, que no hay, y

que no se puede concebir otra substancia mas que dios: *Præter Deum neque dari neque concipi potest substancia*, dice este célebre ateo en su décima cuarta proposicion.

VIII. *Un ser que existe por sí mismo es necesariamente inteligente*

Aquí el doctor Clarke atribuye á Dios una calidad humana. La inteligencia es una calidad de los seres organizados ó animados que no conocemos. Para tener inteligencia es preciso pensar; para pensar, tener ideas; para tener ideas, tener sentido; cuando tenemos sentido, es porque somos materiales; y cuando somos materiales, no somos un *espíritu puro*.

Un ser necesario, que comprehende, encierra, y produce seres animados, lo hace igualmente con las inteligencias. Pero, ¿tiene el gran todo alguna inteligencia particular que le haga mover, obrar, y determinar, como la inteligencia mueve y determina los cuerpos animados? Esto es lo que no se puede probar con nada. Habiéndose puesto el hombre en el primer lugar del universo, ha querido juzgar de todo por lo que veia en sí mismo; ha pretendido que para ser perfecto era preciso ser como él, y hé aquí el origen de todos los falsos razonamientos sobre la naturaleza y sobre Dios. Luego se imaginan que seria agraviar la

divinidad si se la rehusase una calidad que se halla en el hombre, y en la cual fija una idea de perfeccion y de superioridad. Nosotros vemos que nuestros semejantes se ofenden cuando decimos que no tienen inteligencia, y juzgamos que lo mismo sucede con el agente que no sustituimos á la naturaleza mas que por que reconocemos que no tiene esta calidad. No se atribuye inteligencia á la naturaleza, aunque encierra unos seres inteligentes ; y es por esto que se imagina un dios que piense, que obre, y que tenga inteligencia por ella. Siendo esto así, este dios no es mas que la calidad abstracta, y la modificacion de nuestro ser llamada *inteligencia*, la que han personificado. Los animales vivientes que llamamos *lombrices*, se engendran en la tierra, y no por esto decimos que la tierra sea un ser viviente. El pan que comemos, y el vino que bebemos, no son substancias que piensan; pero nutren, sostienen y hacen pensar los seres susceptibles de esta modificacion particular. La naturaleza es la que forma seres inteligentes, sensitivos, y que piensan, y sin embargo no podemos decir por esto que ella sienta, piense, y sea inteligente. ¿ Como, me diran, rehusar al criador unas calidades que vemos en sus criaturas ? ¿ seria mas completa ia obra que el obrero ? ¿ Con que ? ; el dios que ha hecho los

ojos no veria, y el que ha hecho las orejas no oiria! y en vista de este razonamiento, ¿no deberiamos á Dios todas las otras calidades que no hallamos en sus criaturas? ; No diriamos tambien con el mismo fundamento, que el dios que ha hecho la materia es él mismo materia, que el dios que ha hecho el cuerpo debe poseer un cuerpo, que el dios que ha hecho tantos insensatos lo es él mismo, y que el dios que ha hecho los pecadores está sujeto al pecado! Si porque las obras de Dios poseen algunas calidades, y son susceptibles de ciertas modificaciones, concluimos de que Dios tambien las posee, con mucha mas razon inferiremos que Dios es material, extenso, pesado, y malo, etc.

Para que se pudiese atribuir á Dios, es decir, al motor universal de la naturaleza, una sabiduria ó una inteligencia infinita, seria preciso que no hubiese locura, males, maldades, ni desorden sobre la tierra. A esto me diran sin duda que nuestros mismos principios exigen males y desórdenes; por este mismo motivo no se debe admitir el que hay un dios inteligente y sabio, que pueda impedir el que esto suceda. Si semejante dios no puede hacer cesar este mal, ¿de que nos sirve todo su poder, su sabiduria é inteligencia? ó á lo menos confesemos que está

sometido á la necesidad, en cuyo caso cesa de ser independiente, desaparece su poder, y tiene que dejar obrar la esencia de las cosas como mejor la parece; no puede impedir que produzcan su efecto, no puede oponerse al mal, no puede hacer al hombre mas dichoso de lo que es; consiguientemente no puede ser bueno, pues que no es de ninguna utilidad: no sirve mas que para atestiguar lo que necesariamente debe suceder, y no puede menos de querer todo lo que se hace en el mundo. No obstante en la proposicion siguiente nos dicen:

IX. Un ser que existe por sí mismo debe ser libre.

El hombre debe llamar se libre cuando encuentra en sí mismo dos motivos que le determinan á serlo, ó bien cuando su voluntad no halla ningun obstáculo en hacer aquello á que estos motivos le determinan. Veamos pues si Dios, ó este ser necesario de que tratamos, encuentra algunas veces obstáculos á sus deseos. Una de dos; ó quiere que el mal se haga, ó no puede impedirlo; en cuyo caso no es libre, y su voluntad se halla con obstáculos continuos, porque de lo contrario habria que decir que consiente en el pecado, que quiere que se le ofenda, que sufre que los hombres

le quiten su libertad y derroten sus proyectos. Seria muy digno de saber el modo con que los teólogos saben salir de estas dificultades.

Por otra parte, el dios que nos suponen, no puede obrar mas que guiado por unas leyes contrarias á su propia existencia; luego, se le podria llamar un ser libre, siempre que sus acciones no fuesen determinadas por ninguna cosa fuera de él. Efectivamente, ¿porque se ha de decir que un ser que no puede obrar mas que como obra, y que no puede cesar de hacerlo, sino en virtud de las leyes de su misma existencia, es un ser libre? Tódo al contrario, me parece que todas sus acciones nos demuestran que es una necesidad personificada. Preguntemos á un teólogo, ¿si Dios puede recompensar el crimen y castigar la virtud? Preguntemosle tambien, ¿si puede ser amigo del pecado, y si es efectivamente libre, cuando la accion de un hombre produce necesariamente en él una nueva voluntad? El hombre es un ser distinto de Dios, y á pesar de esto dicen que su conducta influye sobre aquel ser libre, y determina su voluntad. Y enfin preguntaremos, ¿si Dios puede dejar de querer lo que quiere, ni dejar de hacer lo que hace, y si su voluntad no es determinada por la inteligencia, la sabiduria, y las miras que se le suponen? Si Dios está sujeto de este modo, no es mas

libre que el hombre, y todo lo que hace es necesario; es claro que no es mas que el destino, la fatalidad, el *fatum* de los antiguos, y por consiguiente que los modernos no cambiaron de divinidad, aunque la cambiaron de nombre.

Podrán tambien decir que Dios es libre porque no depende de las leyes de la naturaleza, que él mismo ha impuesto á los hombres. No obstante, si es verdad que haya hecho estas leyes, y que sean el efecto de su sabiduria infinita y de su inteligencia suprema, tendrá que seguir las de su esencia, porque de lo contrario seria probarnos que Dios puede obrar como un insensato. Los teólogos, temiendo sin duda contradecir la libertad de Dios, le han supuesto libre de toda ley; por consiguiente han hecho un ser despótico, fantástico y extravagante, capaz de violar, al abrigo de su poder, todas las leyes que él mismo habia establecido. Sus milagros rompen todas las de la naturaleza, y su conducta parece algunas veces suficiente para convencernos que obra de un modo contrario á su sabiduria divina, y á la razon que ha dado á los hombres para regular sus acciones. Si Dios está libre de este modo, toda religion es inutil; porque no se puede fundar mas que sobre las reglas inmutables que este dios se puede haber pres-

crito á sí mismo, y sobre las condiciones que ha dictado al género humano: luego, de que la religion no le supone atendido á estas convenciones, no puede menos de destruirse á sí misma.

X. La causa suprema de todas las cosas posee un poder infinito.

No puede haber poder fuera de Dios; luego su poder no puede ser limitado. Pero si goza de él, el hombre no debe tener la facultad de obrar mal, porque si la tuviese podria rebelarse contra el poder divino; por consiguiente existiria fuera de dios un poder casi capaz de contrapesar el suyo, y de impedir el que produciese los efectos que se propone, en cuyo caso la divinidad tendria que sufrir un mal que no podria impedir.

Por otra parte, el que Dios sea dueño de pecar ó no, no quiere decir que es libre, pues que su conducta es necesariamente determinada por las acciones del hombre. Un monarca equitativo está muy lejos de ser libre, cuando se cree obligado á obrar en conformidad á las leyes que ha jurado observar, á que no podria violar sin atentar á la justicia. ¿Que monarca podria llamarse poderoso, que estuviese expuesto á ser publicamente insultado, y resistido cara á cara por el mas mí-

nimo de sus vasallos? No obstante, todas las religiones del mundo nos representan á Dios con la apariencia de un soberano absoluto, cuya voluntad no puede ser vencida, y cuyo poder es ilimitado; mientras que por otra parte nos aseguran que sus vasallos tienen á cada momento el poder y la libertad de desobedecerle, y de frustrar sus designios: lo que nos demuestra que todas las religiones del mundo destruyen con una mano lo que estan edificando con la otra; y que segun las ideas que nos dan, su dios no es de ningun modo libre, poderoso ni dichoso.

XI. El autor de todas las cosas debe ser infinitamente sabio.

La sabiduria y la locura son dos calidades que no tienen otro fundamento mas que el de nuestras preocupaciones. En este mismo mundo, creado, conservado, movido y penetrado por Dios mismo, se pasan una infinidad de cosas que nos parecen locuras, y aun las mismas criaturas para quien, segun creemos, el universo se ha formado, son mucho mas locas é insensatas que prudentes. El autor de todo lo que existe debe necesariamente serlo de lo que llamamos sin razon, y de lo que creemos muy sabio. Por otra parte, para poder juzgar de la inteligencia y

de la sabiduría de un ser, sería preciso al menos entrever el objeto que se propone. ¿Cual es el objeto de Dios? El de su gloria, nos dicen: ¿pero acaso llega á obtenerla, y hacer que los pecadores le glorifiquen? Además que el suponer á Dios sensible y amigo de la gloria, es lo mismo que si dijéramos que tiene las mismas locuras y deseos que nosotros, como también que está lleno de orgullo. Si se nos dice que el objeto de su sabiduría es el de hacernos dichosos, preguntaré siempre, ¿porque no ha hecho que los hombres lo sean, y dejen de hacerse desgraciados, como lo están haciendo todos los días? Si se me dice que los deseos de Dios son impenetrables, responderé que en este caso es muy mal hecho el que le atribuyamos el sernos propicio, y que como no conoceremos su intento, que es la mayor locura en nosotros el querer raciocinar sobre él.

XII. *La causa suprema debe necesariamente ser posesora de una bondad, una justicia y una veracidad infinitas, como también todas las demás perfecciones morales que pueden convenir al gobernador soberano y juez del mundo.*

La idea de la *perfeccion* es abstracta, metafísica y negativa, y no puede tener conexión

ninguna fuera de nosotros. Un ser perfecto sería uno que se nos pareciese, y á quien con el pensamiento quitásemos todas las calidades que nos son nocivas, y que por esta razón llamamos imperfecciones, pues que no es sino por nuestro modo de sentir y de pensar, y no por ella misma; que una cosa es perfecta ó imperfecta, y también según que esta cosa nos es más ó menos útil ó nociva, agradable ó desagradable. ¿Como podemos, en este sentido, atribuir la perfección al ser necesario? ¿Dios es perfectamente bueno relativamente á los hombres? pues estos se ven frecuentemente maltratados por sus obras, y precisados á quejarse de los males que padecen en este mundo. Y en cuanto á la perfección de Dios, ¿no vemos casi siempre al lado del orden el desorden más completo? Las obras tan perfectas de la divinidad, ¿no las vemos alterarse, destruirse sin cesar, hacernos, á pesar nuestro, padecer y sufrir unas penas que contrapesan con los placeres y los bienes que hemos recibido de la naturaleza? ¿No suponen todas las religiones del mundo que su dios está continuamente ocupado en rehacer, en reparar, en deshacer y en rectificar sus obras maravillosas? Dirán á esto sin duda alguna que Dios no puede comunicar á sus obras las perfecciones que él mismo posee. En este caso diremos que, siendo

las imperfecciones de este mundo necesarias para Dios mismo, no podrá remediarlas ni aun en el otro, de lo que resulta que este dios no puede sernos de ninguna utilidad.

Los atributos metafísicos ó teológicos, distinguiéndole de la naturaleza y de los seres que en sí encierra, no hacen mas que hacerle inconcebible, en igual que las calidades morales le hacen un ser de la especie humana, á pesar de todos los esfuerzos y de los atributos negativos que se le han dado para hacerle distinto del hombre. El dios teológico es un ser aislado que no puede tener relacion ninguna con los seres que conocemos. El dios moral es un mero hombre, que han creído hacer perfecto apartando de él, con el pensamiento, todas las imperfecciones de la especie humana. Las calidades morales del hombre estan fundadas sobre las relaciones que existen entre él y sus necesidades. El dios teológico no puede tener ni calidades morales, ni perfecciones humanas, porque, no teniendo ninguna necesidad de los hombres, es claro que no puede haber relaciones recíprocas entre ellos. Un *espiritupuro* no puede tener conexiones, ni aun en parte, con unos seres materiales; un ser infinito no puede tenerlas tampoco con seres que no lo son, ni un ser eterno con otros seres mortales y pasajeros. El ser único que no tiene ni

género ni especie, que no tiene semejantes, que no vive en sociedad, y que no tiene nada de comun con sus criaturas, si existiese realmente, no podria tener ninguna calidad de las que llamamos perfecciones ; seria de un orden tan diferente de los hombres, que no podriamos asignarle ni vicios ni virtudes. Se nos repite sin cesar que Dios no nos dice nada, que nadie puede compararse á él, que nuestro entendimiento limitado no puede concebir sus perfecciones, ni el espíritu humano es hecho para comprehender su esencia. Pero, ¿no destruyen por esto mismo nuestras relaciones con este ser tan diferente, tan desproporcionado y tan incomprehensible? Todo cuanto se nos dice supone una cierta analogía, y todos los deberes una semejanza y unas necesidades recíprocas, pues que, para contraerlos con alguno, es necesario conocerlo. A esto se me dirá sin duda que Dios se ha hecho conocer por medio de la revelacion. Pero, ¿no supone esta la existencia del dios sobre la cual discutimos? ¿y esta revelacion no es la misma que la que destruye las perfecciones que se le atribuyen? ¿No supone en los hombres una ignorancia, una imperfeccion, una perversidad, que un dios bueno, sabio y todo poderoso debió de evitar? Cuando es particular, ¿no supone en este dios una preferencia, una pre-

dileccion, una injusta parcialidad para algunas de sus criaturas? disposiciones que contradicen visiblemente su bondad y justicia infinitas. ¿No anuncia en él una aversion, un odio, ó al menos una indiferencia para con el mayor número de los habitantes de la tierra, ó mas bien un designio formado de cegarles para perderles? ¿En una palabra, en todas las revelaciones conocidas, la divinidad, en lugar de sernos representada como sabia, equitativa y llena de ternura para el hombre, nos la pintan continuamente fantástica, inicua y cruel, como queriendo seducir sus hijos, tendiéndoles ó haciendo que se les tiendan lazos, y castigándoles despues por haber caido en ellos? Verdaderamente el dios del doctor Clarke y de los cristianos no puede ser mirado como un ser perfecto, á menos que en la teologia no se llamen *perfecciones*, lo que la razon y el buen sentido llaman imperfecciones inauditas, ó disposiciones odiosas. Digamos mas; no hay en todo el género humano individuo alguno tan malo, tan vengativo, tan injusto ni tan cruel, como el tyrano á quien los cristianos prodigan sus homenajes serviles, y á quien los teólogos prodigan unas perfecciones á cada instante desmentidas por la conducta que le hacen seguir.

Cuanto mas se el dios dios teológico, mas parecerá impotente y contradictorio, y se dirá que

la teología no le ha formado sino para destruirlo al momento. En efecto, ¿que puede ser un ser del que nada se puede afirmar, que luego no sea desmentido? ¿Que es un dios bueno que se irrita continuamente, un dios todo poderoso que nunca llega á lograr sus designios, un dios infinitamente dichoso cuya felicidad está continuamente turbada, un dios que ama el orden, y que jamas lo puede mantener, y un dios justo que permite que sus mas inocentes criaturas padezcan unas injusticias perpetuas? ¿Que es un espíritu puro que cria y que mueve la materia? ¿Que es un ser inmutable, causa de los movimientos y de las mudanzas que se operan á cada instante en la naturaleza? ¿Que es un ser infinito que sin embargo coexiste con el universo? ¿Que es un ser omnipotente que se cree precisado á hacer sufrir sus criaturas? ¿Que es un ser todo poderoso que no puede nunca comunicar á sus obras la perfeccion que quiere encontrar en ellas? ¿Que es un ser revestido de toda especie de calidades divinas, y cuya conducta es siempre humana? ¿Que es enfin un ser que lo puede todo, sin que jamas logre nada, y que no obra nunca de una manera digna de él? Es malo, injusto, cruel, envidioso, colérico, vengativo como el hombre, y á pesar de que todos sus atributos sean capaces de abrigar los defectos de nuestra

especie, no por esto sus proyectos dejan de frustrarse como los nuestros. Si queremos hablar de buena fé, convendremos en que este ser no es nada, y hallaremos que la fantasma imaginada para explicar la naturaleza, está en perpetua contradiccion con esta, y que en vez de explicarlo todo, lo enreda todo.

Segun el mismo Clarke, *la nada es la que no tiene cosa que se pueda afirmar con verdad, y de la que todo se puede negar con certeza, de modo que la idea de ella, es por decirlo así, la negacion absoluta de todas las ideas; luego la de la nada finita ó infinita es una contradiccion en toda la fuerza del término.* Que se aplique este principio á lo que nuestro autor ha dicho de la divinidad, y se hallará que él mismo confiesa que ella es la *nada infinita*, pues que la idea de esta divinidad es la *negacion absoluta de todas las ideas* que los hombres son capaces de formarse. La espiritualidad no es en efecto mas que una pura negacion de la corporalidad; pero, cuando se nos dice que Dios es espiritual, ¿no es decirnos que no se sabe lo que es? Se nos dice que hay substancias que no podemos ver ni tocar, y que por esto no dejan de existir. En hora buena sea; pero desde entonces no podemos raciocinar sobre ellas, ni asignarlas calidad alguna. ¿Acaso se concibe

mejor la infinidad, que es una pura negacion de los límites que hallamos en todos los seres. ¿Puede el entendimiento humano comprender que es lo infinito? y para formarse de ello una especie de idea confusa, ¿no está obligado á reunir unas calidades limitadas á otras que él concibe que ya lo son? El todo-poder, la eternidad, la omnipotencia y la perfeccion, ¿que son, mas que unas abstracciones ó negaciones de los límites de la fuerza, de la duracion y de la ciencia? Si quieren que Dios no sea nada de lo que el hombre puede conocer, ver y sentir; si nada de positivo se puede decir sobre él, á lo menos nos debe ser permitido el dudar de su existencia. Si quieren que Dios sea lo que dicen nuestros teólogos, es preciso negar abiertamente el que pueda existir un ser que hacen sujeto á unas calidades que el entendimiento humano no puede concebir ni conciliar.

Un ser que existe por sí mismo es necesariamente, segun Clarke, simple, inmutable, incorruptible, sin partes, sin forma, sin movimiento, sin divisibilidad, y en una palabra, sin ninguna de las propiedades de la materia, las que, estando todas acabadas, son incompatibles con la infinidad perfecta. Seamos de buena fé, y confesemos que es imposible el formarse la mas leve nocion de se-

mejante ser. Los teólogos convienen entre ellos mismos en decir que los hombres no pueden formarse una idea perfecta de Dios; pero la que ellos nos dan, es no tan solo incompleta, sino que destruye en él todas las calidades sobre que nuestro entendimiento podría fijarse. El mismo Clarke tiene que confesar *que cuando se trata de determinar el modo con que es infinito, ó con que está presente en todas partes, nuestros entendimientos limitados no pueden ni explicarlo ni comprenderlo.* Ahora pregunto yo, ¿si una ilusion vaga, ó un ser que ningun hombre puede explicar ni comprender, podría de algun modo interesarle aun cuando existiese?

Platon, el grande criador de ilusiones, dice *que los que no admiten mas que lo que pueden ver y manejar, son unos estúpidas é ignorantes, que rehusan el admitir la realidad de la existencia de las cosas invisibles.* Nuestros teólogos se sirven del mismo lenguaje; las religiones europeas han sido visiblemente infestadas con estos sueños platónicos, que evidentemente no son mas que los resultados de las nociones obscuras y de la metafisica ininteligible de los sacerdotes Egipcios, Caldeos y Asirios, los que habian enseñado á Platon su extravagante filosofia. Efectivamente, si la filosofia consiste en el cono-

cimiento de la naturaleza, será preciso convenir en que la de Platon no merecia tal nombre, pues que no servia mas que para apartar el entendimiento humano de la naturaleza visible, y echarle en un mundo intelectual, en que no podia encontrar sino ilusiones y fantasmas. A pesar de lo cual esta filosofia fantástica es la que regula nuestras acciones y opiniones, aun en el dia. (1) Los teólogos, imbuidos en el mismo entusiasmo de Platon, siempre hablan á sus discipulos de *entendimientos, inteligencias, substancias incorporales, poderes invisibles, angeles, demonios, virtudes misteriosas, efectos sobrenaturales, iluminaciones divinas, ideas innatas, etc.* De manera que si se les cree, nuestros sentidos nos son enteramente inútiles; nuestra experiencia no sirve ni es buena para nada, y solo sí la imaginacion, el entusiasmo,

(1) Cualquiera que quiera tomarse el trabajo de leer los obras de Platon y de sus discipulos, como Procrus, Jamblique, Plotin, etc., encontrará en ellas todos los dogmas y sutilezas metafisicas de la teologia cristiana: y lo que mas es, el origen de los símbolos, de los ritos, de los sacramentos, y en una palabra, de la teurgia empleada en el culto de los cristianos, los que, tanto en sus ceremonias religiosas como en sus dogmas, han seguido constantemente con mas ó menos fidelidad, el

el fanatismo y los movimientos de temor que nuestras preocupaciones religiosas hacen nacer en nosotros, unas inspiraciones celestes, unos avisos divinos, unos sentimientos naturales que debemos preferir á la razon, al juicio y al bueno sentido. Despues de habernos imbuido desde la infancia estas máximas, tan propias á alucinarnos ciegamente, les es mas que facil el hacernos admitir los mayores absurdos bajo el nombre imponente de misterios, é impedirnos el que examinemos lo que nos dicen de creer. A pesar de todo, responderemos á Platon y á todos los doctores que, como él, imponen la necesidad de creer lo que no podemos comprehender, que para hacerlo de que una cosa existe, es menester á lo menos tener alguna idea de ella; que esta no puede venir mas que por medio de nuestros sentidos;

camino que habian abierto los sacerdotes paganos: las locuras religiosas no son tan variadas como se cree.

En cuanto á la filosofia antigua, á excepcion de la de Demócrites y de Epicureo, toda ella no fué por lo regular mas que una pura teosofia, imaginada por los sacerdotes Egypcios y Asirios. Pitágoras y Platon no han sido mas que unos teólogos entusiastas ó tal vez de mala fé: á lo menos se deja ver en ellos un cierto misterio sacerdotal que indica siempre que nos quieren engañar. En la naturaleza y no en la teologia se debe buscar la verdadera filosofia.

que todo lo que estos no nos hacen conocer no es nada para nosotros ; que si hay absurdidad en negar la existencia de lo que no se conoce, hay extravagancia en darle unas calidades desconocidas ; que hay estupidez en temblar delante de unas verdaderas fantasmas, ó en respetar unos vanos ídolos revestidos de calidades inçompatibles, que nuestra imaginacion ha combinado sin poder consultar nunca la experiencia y la razon.

Esto puede servir para responder al doctor Clarke cuando dice : *¿ Cuan absurdo es el quejarse con tanta violencia de la existencia de una substancia inmaterial, cuya esencia es incomprehensible , y de hablar de ella como de la cosa mas inercible!* Habia dicho un poco mas arriba : *No hay planta, por pequeña y despreciable que sea, ni animal tan vil que no confunda el genio mas sublime ; pero los seres inanimados son para nosotros una cosa rodeada de tinieblas impenetrables.* Luego, el hacer servir la incomprehensibilidad de Dios para negar su existencia, es una extravagancia.

Se le responderá : 1º que la idea de una substancia inmaterial ó privada de extension, no es mas que una ausencia de ideas, ó una negacion de la extension, y que cuando se dice que un ser no es materia, se dice lo que no es, sin

enseñarnos lo que es; y que cuando se dice que un ser no puede presentarse á nuestros sentidos, se nos enseña que no tenemos ningun medio de asegurarnos si existe ó no.

2º Se confesará sin dificultad que los hombres mas ingeniosos y de grandes talentos no conocen la esencia de las piedras, de las plantas, de los animales, ni los resortes secretos que les constituyen, que les hacen vegetar ú obrar; pero que á lo menos se les vé, que si quiera nuestros sentidos les conocen por algunas consideraciones, que podemos percibir algunos efectos suyos, y que en vista de ellos los juzgamos bien ó mal; en vez que no pudiendo por ningun lado comprender un ser inmaterial, ni por consiguiente tener ninguna idea de él, es para nosotros una *calidad ócultá* ó mas bien un *ser razonable*. Si la esencia ú la combinacion intima de los seres mas inateriales no se conoce, se descubren á lo menos, con la ayuda de la experiencia, algunas de las conexiones que tienen con nosotros, y conocemos su superficie, su extension, su forma, su color, su blandura y su dulzura por las impresiones que nos hacen sentir. Estamos al alcance de compararlos, distinguirlos y juzgarlos, de amarlos ó aborrecerlos, en vista de los diferentes modos con que nos afectan; lo que no podemos hacer, es tener conocimiento al

guno del Dios inmaterial, ni de los espíritus de que tanto nos hablan algunos hombres que no pueden tener mas ideas de ellos que los demas mortales-

Conocemos en nosotros mismos unas modificaciones que llamamos sentimientos, pensamientos, voluntades y pasiones, que, por no conocer nuestra propia esencia y la energía de nuestra organizacion, atribuimos á una causa óculto y distinguida de nosotros mismos, que han dicho ser espiritual, porque parecia obrar diferentemente de nuestro cuerpo. No obstante la reflexion prueba que unos efectos materiales no pueden salir mas que de una causa material. No vemos tampoco en el universo mas que efectos fisicos y materiales, que no pueden salir mas que de una causa análoga, y que atribuiriamos, no á una causa espiritual que no se conoce, pero sí, á la misma naturaleza, á quien podemos conocer en algun modo, si nos dignamos meditarla de buena fé.

Si la incomprehensibilidad de Dios no es una razon para negar su existencia, no lo es tampoco para decir que es inmaterial, y le comprenderemos aun mucho menos espiritual que material, pues que la materialidad es una calidad conocida, y que la espiritualidad lo es óculto, desconocida, ó mas bien un modo de hablar del que no nos servimos,

sino para tapar nuestra ignorancia. Un ciego de nacimiento no raciocinaria bien, si negase la existencia de los colores, aunque realmente no existen para él, pero sí para aquellos que pueden conocerlos; pasaria por ridículo si quisiese definirlos. Y si fuese posible que existiesen algunos seres que tuviesen unas ideas verdaderas de Dios, ó de un espíritu puro, nuestros teólogos serian á sus ojos tan ridículos como el ciego.

Continuamente se repite que nuestros sentidos no enseñan mas que lo exterior de las cosas, y que nuestro entendimiento limitado no puede concebir como hay un dios: se conviene en ello; pero estos sentidos no nos demuestran ni aun la exterioridad de la divinidad que nuestros teólogos definen, á quien llenan de atributos, y sobre la cual no cesan de disputar, mientras que hasta aquí no han podido probar su existencia. « Quiero mucho, « dice Locke, todos aquellos que defienden « sus opiniones de buena fé; pero hay tam- « poca gente que, segun el modo con que las « defienden, parezcan plenamente convenci- « dos de las opiniones que profesan, que estoy « por creer que hay en el mundo muchos mas « que no piensan y que dudan de todo. (1)

(1) Véase sus *cartas familiares*. Hobbes dice que

Abadie dice : Se trata de saber si hay un dios , y no lo que es ; pero ¿ como poder asegurarse la existencia de un ser que nunca se podrá conocer ? Si no se nos dice lo que es este ser , ¿ como podremos juzgar la posibilidad ó imposibilidad de su existencia ? Los fundamentos ruinosos sobre los cuales los hombres han elevado hasta ahora la fantasma criada por su imaginacion , se han visto ya ; las pruebas de que se sirven para establecer su existencia han sido examinadas , y se han reconocido las innumerables contradicciones que resultan de las calidades inconciliables con que pretenden adornarlo . ¿ Que hemos de concluir de todo esto , sino que no existe ? Es verdad que se asegura *que no hay contradiccion alguna entre los atributos divinos ; pero que hay una desproporcion entre nuestro entendimiento y la naturaleza del ser supremo*. Sentado esto , ¿ que medidas debe emplear el hombre para juzgar de su dios ? ¿ No son ellos los que han imaginado este ser , revistiéndole de los atributos que se le dan ? Si se necesita ser un espíritu infinito para comprehenderlo , ¿ pueden los mismos teólogos alabarse de concebirlo ? ¿ De que sirve pues el que hablen

los hombres dudarian de la certeza de los elementos de Euclide , si en ello encontrasen algun interes .

tanto de él á otros? El hombre, que nunca será un ser infinito, ¿podrá concebir mejor su dios infinito en un mundo futuro que en el que actualmente habita? Si desde ahora no conocemos á Dios, jamas podremos lisongearnos de conocerle, pues que nunca seremos dioses.

Se pretende sin embargo, que el conocimiento de este dios es necesario; pero, ¿como se puede probar esta necesidad sobre lo que es imposible conocer? A esto se dice entonces que un buen sentido y la razon bastan para convencerse de la existencia de un dios. Pero, por otra parte, ¿no se dice que la razon es un guia muy infiel en materia de religion? Que se nos haga conocer á lo menos el momento preciso en que se debe abandonar esta razon que nos ha conducido al conocimiento de Dios, porque si la queremos consultar cuando se trate de exáminar si lo que se nos dice de este dios es probable, si puede reunir los atributos discordantes que se le dan, y si ha hablado con el mismo language que se le ha supuesto tener, nuestros sacerdotes se opondrán á ello, y no permitirán la mas ligera reflexion sobre estas cosas; pretenderán al contrario que debemos creer ciegamente lo que nos dicen; afirmarán que lo mas seguro es el someternos á lo que han juzgado mas con-

veniente de decidir sobre la naturaleza de un ser que ellos mismos confiesan no conocer, y que no está de ninguna manera al alcance de los mortales. Además, como nuestra razón no puede concebir lo infinito, tampoco podrá convencernos de la existencia de un dios, y, si la razón de nuestros sacerdotes es más sublime que la nuestra, entonces no será más que sobre su palabra que creeremos en Dios: jamás quedaremos perfectamente convencidos, porque la convicción íntima debe ser solo el efecto de la evidencia y de la demostración.

Una cosa es demostrada imposible desde el momento en que no se puede tener unas ideas ciertas de ella, y cuando las que se forman se contradicen, se destruyen y se repugnan las unas á las otras: ningunas tenemos que sean verdaderas de un espíritu; y las que podemos formarnos se contradicen, cuando decimos que un ser privado de órganos y de extensión puede sentir, puede pensar, y puede tener voluntades ó deseos. El dios teológico no puede obrar; es repugnante á su esencia divina el tener calidades humanas; y si las suyas se suponen infinitas, no serán sino más ininteligibles, y más difíciles ó imposibles de conciliar.

Si Dios es para los seres de la especie hu-

mana, lo que los colores son para los ciegos de nacimiento, este dios no existe para nosotros; y si se dice que reúne las calidades que se le asignan, es imposible. Si somos ciegos, no raciocinemos ni de Dios ni de estos colores; no le demos atributos, ni nos ocupemos de él. Los teólogos son unos ciegos que quieren explicar á otros ciegos la variedad de colores de un retrato que representa un original que no conocen. (1) Que no se nos diga ahora que el original, el retrato y los colores no dejan de existir, aunque el ciego no pueda hacernos su explicacion ni formarse la idea de ello, segun los testimonios de los hombres que

(1) Hallo en la obra de Clarke un pasage de Melchor Cano, obispo de las Canarias, que se podría oponer á todos los teólogos del mundo, y á todos sus argumentos: *Puderet me dicere non me intelligere, si ipsi intelligerent qui tractarunt.* Heráclito decía que si se le preguntase á un ciego que cosa es la vista, responderia que es la cegüedad. San Pablo anuncia su dios á los Atenienses, como siendo precisamente el dios desconocido á quien habian clebado un altar. San Dionisio, el Areopágita, dice que cuando se cree no conocer á Dios, entonces se le conoce mejor: *Tunc Deum maximè cognoscimus cùm ignorare eum credimus.*; Sobre este dios desconocido está toda la teologia fundada! ¡ Sobre él sin cesar se raciocina, y en su honor los hombres se deguellan!

tienen vista. ¿Y en donde están esos mas que lince, que han visto la divinidad, que la conocen mejor que nosotros, y que tienen un derecho incontestable para convencernos de su existencia?

El doctor Clarke dice: *es bastante el que los atributos de Dios sean posibles, y tales que no haya ninguna demostracion contraria.* ¡Manera de raciocinar seguramente extraña! ¿Pues que la teologia seria acaso la única ciencia á quien es permitido el concluir que una cosa existe porque es posible? Despues de haberse forjado unas ideas quiméricas y sin fundamento alguno, y antepuesto estas otras proposiciones que nada apoyan, ¿se puede estar satisfecho con decir que son verdades, porque no se puede demostrar lo contrario? Sin embargo es muy posible el hacer ver que el dios teológico no puede existir: para probarlo basta el que expongamos claramente, como lo hemos hecho ya, que un ser formado por la combinacion monstruosa de los contrastes mas chocantes, no puede existir. No obstante, se insiste siempre, y se nos dice que no se puede concebir como la inteligencia ó el pensamiento pueden ser unas propiedades y unas modificaciones de la materia, de que Clarke, á pesar de todo, confiesa que

ignoramos la esencia y la energía, y ha dicho que ni aun los mas sabios tenian sino unas ideas superficiales é incompletas. Pero, no se le podria preguntar, ¿ si es mas facil el concebir que la inteligencia y el pensamiento sean propiedades del entendimiento de que se tiene seguramente aun muchas menos ideas que de la materia? Si no tenemos mas que unas ideas obscuras é imperfectas de los cuerpos mas sensibles y mas groseros, ¿ como conoceremos distintamente una substancia inmaterial, ó un dios espiritual que no opera sobre ninguno de nuestros sentidos, y que, si lo hiciese, cesaria desde entonces de ser inmaterial?

Luego el doctor Clarke no habla con fundamento cuando dice que *la idea de una substancia inmaterial no encierra ninguna imposibilidad y no implica ninguna contradiccion, y que aquellos que dicen lo contrario se ven precisados á afirmar, que todo lo que no es materia, no es nada.* Todo lo que obra sobre nuestros sentidos es materia; una substancia privada de extension ó de propiedades de la materia no puede hacerse sentir en nosotros, ni por consiguiente darnos percepciones ni ideas. Por tanto no hay absurdidad en sostener que todo lo que no es materia no es nada; al con-

trario es una verdad muy clara, que no hay mas que las preocupaciones inveteradas ó la mala fé que puedan ponerlo en duda.

Nuestro sabio adversario no levanta de ningun modo la dificultad cuando pregunta, *¿ si no existen mas que cinco sentidos, y si Dios no ha podido dar otros; del todo diferentes de los nuestros, á otros seres que no conocemos, ? ¿ Si no hubiera podido darnos los distintos á nosotros mismos en el estado actual en que nos hallamos ?* A lo que yo respondo, que antes de presumir lo que Dios puede ó no hacer, es menester haber hecho constar su existencia. En seguida, replico que efectivamente no tenemos mas que cinco sentidos, (1) con cuyo socorro el hombre está en la imposibilidad de concebir un ser tal cual se supone el dios de la teologia; y que igno-

(1) Los teólogos hablan frecuentemente de un *sentido íntimo* y de un *instinto natural*, con cuya ayuda descubrimos ó sentimos la divinidad y las pretendidas verdades de la religion. Pero, por poco que se quieran exâminar las cosas, se hallará que este *sentido íntimo* y este *instinto* no son mas que unos efectos de la habitud, del entusiasmo, de la inquietud y de la preocupacion, que muchas veces, en despecho de todo raciocinio, nos conducen á unas prevenciones que nuestro entendimiento sosegado no puede menos de desechav por falsas.

ramos absolutamente cual sería la extensión de nuestra percepción si tuviésemos otros sentidos más. De modo que el preguntar lo que Dios hubiera podido hacer en tal caso, es suponer siempre la cosa en cuestión, visto que no podemos saber hasta donde podría alcanzar el poder de un ser del que no tenemos idea alguna. Tampoco la tenemos más de lo que pueden sentir y conocer los ángeles, los seres diferentes de nosotros, y las inteligencias que nos son superiores; ignoramos el modo que tienen las plantas de vegetar: ¿pues como sabríamos concebir los seres de una especie distinguida de nosotros? Podemos á lo menos estar ciertos de que si Dios es infinito, como se asegura, ni los ángeles ni ninguna inteligencia subordinada pueden concebirle. Si el hombre es un enigma para sí mismo, ¿cómo podría comprender lo que no es él? Luego es preciso limitarse á juzgar con los cinco sentidos que tenemos. Un ciego que no tiene más que el uso de cuatro, no tiene no obstante el derecho de negar el que existe otro para los demás; pero puede decir con razón y con verdad, que no tiene ninguna idea de los efectos que podría producir en él. Con estos cinco sentidos es con los que estamos obligados y reducidos á juzgar la divinidad. Un ciego rodeado de otros ciegos ¿no está auto-

rizado á preguntarles con que derecho le hablan de un sentido que ellos mismos no poseen, ó de un ser sobre el cual su misma experiencia no les puede enseñar nada? (1)

Enfin, se puede aun responder al doctor Clarke que, segun su sistema, su suposicion es imposible, visto que Dios, habiendo hecho el hombre segun él, quiso sin duda que este no tuviese mas que cinco sentidos, ó que fuese tal cual es actualmente, porque era preciso que así fuese para responder á las miras sabias y á los designios inmutables que la teologia le dá.

El doctor Clarke, como todos los demas teólogos, fundan la existencia de su dios sobre la necesidad de una fuerza que tenga el poder de dar principio al movimiento. Pero, si la materia ha existido siempre, habrá tenido igualmente el movimiento, que, como se ha probado, le es tan esencial como su extension, y dimana de sus propiedades primi-

(1) Aunque se suponga, como lo hacen los teólogos, que Dios impone á los hombres la necesidad de que le conozcan, su pretension parece tan desrazonable, como lo seria la idea del propietario de una tierra, que se supusiese tener la fantasia de que las hormigas de su jardin le conociesen, y racionasen con él oportunamente en su beneficio.

tivas. Luego no hay movimiento sino en la materia, y la movilidad es una consecuencia de su existencia; no porque el gran todo pueda ocupar él mismo otras partes del espacio que las que ocupa actualmente, pero porque estas pueden cambiar y cambian continuamente sus situaciones respectivas; y de aquí es que resultan la conservacion y la vida de la naturaleza, que es siempre y enteramente inmutable. Pero, suponiendo, como se hace todos los dias, que la materia sea muerta, es decir incapaz de producir nada por sí misma sin la ayuda de una fuerza motriz que le imprima el movimiento, ¿podremos nunca concebir que la naturaleza material reciba su movimiento de una fuerza que no tiene nada de material? ¿Podrá figurarse el hombre que una substancia que no tiene ninguna de las propiedades de la materia, pueda criarla, sacarla de su propio fondo, componerla, penetrarla, dirigir sus movimientos, y guiarla en su marcha?

El movimiento es pues coeterno á la materia: las partes del universo, de toda eternidad, han obrado las unas sobre las otras en razon de sus energías, de sus propias esencias, de sus elementos primitivos y de sus combinaciones diversas. Estas partes han debido combinarse por sus analogias, ó co-

nexiones, atraerse y rechazarse, obrar y reobrar, gravitar las unas sobre las otras, reunirse disolverse, recibir unas formas y mudarlas por sus efectos continuos. El motor de un mundo material debe serlo tambien de un todo que sigue por fuerza un movimiento. El movimiento general nace de los particulares que los seres se comunican entre si.

De modo que la teologia no ha hecho mas que multiplicarlos seres, cuando ha querido hacernos creer que Dios era el que daba el movimiento á la naturaleza, lo que no hace mas que personificar el principio de la movilidad. Todo cuanto el doctor Clarke y los demas teólogos modernos han dicho de su dios, se hace bastante inteligible cuando se aplica á la naturaleza y á la materia, la que es eterna, es decir, no ha tenido ni principio ni fin; pero unas calidades humanas, sacadas de nosotros mismos, no pueden de ningun modo convenirlas, pues que no pertenecen mas que á los seres particulares de nuestra especie, y no al todo.

De modo que para reasumir las respuestas hechas al doctor Clarke, diremos: 1º. que se puede concebir que la materia haya existido siempre, pues que ninguno sabe que haya tenido principio; 2º. que es indepen-

diente pues que es la sola existente, y que, no pudiendo cambiar su naturaleza, aunque sí sus formas y combinaciones, debe ser inmutable; 3º. que existe por sí misma, pues que no se puede concebir que haya tenido principio ni fin; 4º. que no conocemos la esencia ni la naturaleza de la materia, aunque sí algunas de sus propiedades y calidades, lo que no podemos decir de Dios; 5º. que la materia, no habiendo tenido principio, no tendrá fin, aunque sus formas tengan uno y otro; 6º. que si todo lo que existe es materia, esta no puede ser limitada, y debe hallarse en todas partes, pues que nada existe fuera de ella; 7º. que la naturaleza es única, aunque sus elementos ó sus partes tengan propiedades muy diversas; 8º. que la materia, modificada de cierto modo, produce en algunos seres lo que llamamos inteligencia; 9º. que no es un agente libre, pues que su naturaleza ó su existencia hace que no pueda obrar de otro modo; por consiguiente el hombre debe sentir el bien y el mal, según la naturaleza de los seres que obran sobre él; 10º. que el poder ó la energía de la materia no tienen otros límites mas que los que le son prescritos por su naturaleza misma. 11º. La sabiduría, la justicia y la bondad provienen del modo con que la materia se halla

modificada, y que la idea de la perfeccion es abstracta, negativa, y meramente metafisica. En fin, que la materia es el principio del movimiento, contenido en ella misma, pues que ella sola es capaz de darle y recibirle, lo que es inconcebible en un ser inmaterial, sin extension, masa ni peso, y por consiguiente incapaz de moverse á sí mismo ni á los demas cuerpos, y mucho menos de criarlos, producirlos y conservarlos.

CAPÍTULO V .

EXAMEN DE LAS PRUEBAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS, DADAS POR DESCARTES, MALEBRANCH, NEWTON, etc.

Todos hablan de Dios, y ninguno hasta ahora ha podido probar su existencia, los mas sublimes ingenios no han podido superar los obstáculos que se encuentran para ello. Es preciso ser muy loco para ocuparse de unos objetos inaccesibles á nuestros sentidos.

Para convencernos de la poca solidez de las pruebas que los mas grandes personajes nos han dado de la existencia de Dios, examinemos en pocas palabras lo que han dicho, empezando por Descartes, restaurador de la filosofia moderna, el cual dice él mismo :
« Toda la fuerza de mi argumento consiste
« en que conozco que seria imposible el que
« pudiese tener una idea de Dios si este no
« existiese, porque mi entendimiento es á la
« verdad capaz de tener alguna idea de »

« perfecciones sin comprenderlas etc. » (1) Habia dicho un poco antes (pag. 69.): « Es necesario concluir que por lo mismo que yo existo, y que la idea de un ser soberanamente perfecto (es decir de Dios) está en mí, que la existencia de Dios queda evidentemente demostrada. »

1º. Responderemos á Descartes que no tenemos el derecho de afirmar que una cosa existe cuando no tenemos mas que la sola idea de ella ; nuestra imaginacion nos representa tambien la existencia de un fenix ó de un hypógrifo, sin que por esto podamos concluir que estas cosas existen realmente.

2º. Diremos á Descartes que es imposible que tenga una idea positiva y verdadera de Dios, de quien, como los teólogos, quiere probar la existencia. Es imposible á todo hombre y á todo ser material, el formarse una idea real de un espíritu, de una substancia privada de extension, y de un ser incorporeal que obra sobre la naturaleza, que es corporal y material, verdad que hemos probado ya muy suficientemente.

3º. Le diremos que es imposible que el hombre tenga ninguna idea positiva y real de la

(1) Véase *Meditac. III sobre la existencia de Dios*, pag. 81.

perfeccion, de lo infinito, de la inmensidad, y de los demas atributos que la teologia dá á la divinidad. Daremos pues á Descartes la misma respuesta que ha sido dada en el capítulo precedente á la proposicion XII de Clarke.

Asi nada hay de menos concluyente que las pruebas sobre las cuales Descartes apoya la existencia de Dios. El hace de este dios un pensamiento y una inteligencia; pero ; como se concebirá una inteligencia y un pensamiento que no tienen un fundamento sobre el cual estas calidades se pueden adherir! Descartes pretende que Dios no se puede concebir mas que *como una virtud que se aplica sucesivamente á las partes del universo*. Dice tambien que *Dios no puede ser llamado extenso, mas que del mismo modo que se dice del fuego que contiene un pedazo de yerro, que, hablando con propiedad, no tiene mas extension que la del mismo fuego...* Pero, en vista de estas nociones, se tiene el derecho de denominarle ateo por anunciar muy claramente que no hay mas dios que la naturaleza, lo que es un *espinosismo* puro. En efecto, se sabe que es de los principios de Descartes de donde Espinosa ha sacado su sistema.

Luego es con razon el que se haya acusado á Descartes de ateismo, visto que destruye muy fuertemente las debiles pruebas que dá

de la existencia de un Dios. Hay un fundamento pues para decir que su sistema destruye la idea de la creacion. Efectivamente, antes que Dios hubiese criado una materia, no podia coexistir ni ser coentendido con ella; y en este caso, segun Descartes, no habia ningun dios, visto que quitando á las modificaciones su fundamento, estas modificaciones deben desaparecer ellas mismas. Si Dios, segun los cartesianos, no es otra cosa mas que la naturaleza, es claro que siguen los principios de Espinosa; si Dios es la fuerza motriz de esta naturaleza, es claro que no existe por sí mismo, sino mientras que subsiste el motivo al cual es hereditario, es decir, la naturaleza, de que es el motor; asi Dios no existe por sí mismo, y no existirá mas que mientras dure la naturaleza que él mueve: sin materia ó sin tener nada que mover, que conservar, y que producir, ¿ que puede ser la fuerza motriz del universo? Si Dios es esta fuerza motriz, ¿ que llegará á ser sin un mundo en el cual pueda ejercer su accion? (1)

Se vé que Descartes, lejos de establecer solidamente la existencia de un dios, la destruye

(1) Véase *El impio convencido, ó disertacion contra Espinosa*, pag. 145 y siguientes, edic. de Amst. 1685.

totalmente. Lo mismo sucederá necesariamente á todos aquellos que raciocinen sobre ello ; concluirán con contradecirse y con desmentirse mutuamente. Las mismas inconsecuencias y contradicciones se hallan en los principios del célebre padre Malebranch, los que, considerados con la mas ligera atencion, parecen conducir directamente al espinosismo: en efecto nada hay mas conforme al lenguaje de Espinosa que el decir : *El universo no es mas que una emanacion de Dios ; todo lo vemos en Dios ; todo lo que vemos es un puro Dios ; todo lo que se hace es hecho por él, y en una palabra, todo el ser es Dios, y él es el solo ser.*

¿ Que quiere esto decir, sino que toda la naturaleza es Dios ? Por otra parte Malebranch dice al mismo tiempo, que todo lo vemos en Dios, y que á la verdad no se puede asegurar que haya una materia, ni cuerpos, y que la fé sola puede enseñarnos estos grandes misterios, que sin ella no podriamos concebir. A esto se le puede decir : ¿ como se ha de probar la existencia de este dios, si no estamos aun séguros de la materia ?

Malebranch dice que no se puede tener una demostracion exácta de ningun ser, mas que de el que existe necesariamente, á lo que añade que, si se mira de cerca, se verá que

no es posible el saber de fijo si Dios es ó no el criador del mundo material y sensible. Segun esto el padre Malebranch confiesa que los hombres no tienen otro garante de la existencia de Dios mas que el de la fé; luego, si no estamos seguros de que existe, ¿como lo hemos de estar en creer lo que dice?

Es evidente que estas nociones son enteramente contrarias á las de la teología. ¿Como se ha de conciliar la libertad del hombre con la idea de un dios causa motriz de la naturaleza entera, y que determina las criaturas á obrar lo que no pueden hacersin él? ¿Como segun esto se ha de concebir que las almas humanas tienen la facultad de formar sus pensamientos y voluntades? Si suponemos, como los teólogos, que la conservacion de las criaturas es una creacion continua, ¿á quien sino á Dios hemos de atribuir el mal que hacen? Segun Malebranch, Dios es el que hace todo; luego los pecados y las virtudes de las criaturas son de él y no de ellas, en cuyo caso toda religion es inutil, lo que nos prueba que la teología no hace mas que destruirse á sí misma. (1)

Ahora veamos si el inmortal Newton nos dará ideas mas fundadas de la existencia de

(1) Véase *El impio convencido*, pag. 143 y 214.

Dios. Este hombre, cuyo vasto ingenio adivinó la naturaleza y sus leyes, empezó á delirar de que hubo perdido unas y otras de vista : esclavo de las preocupaciones que recibió en su niñez, no tuvo valor para exáminar las ilusiones que habian imbuido en su entendimiento, lo que hizo que no conociese que la naturaleza por sí sola era capaz de producir todos los fenómenos que habia llegado á explicar. En una palabra el sublime Newton es meramente un niño, cuando deja la física y la evidencia por meterse en las regiones de la teología ; el modo con que habla de la divinidad lo prueba. (1)

« Dios, dice él, lo gobierna todo, no como
 « el alma del mundo, sino como el soberano
 « de todas las cosas. Esta soberanía hace que
 « le llamen señor Dios, Παντοκράτωρ emperador
 « universal. Efectivamente, el nombre de Dios
 « es relativo á esclavos : la deidad es su do-
 « minación, no sobre sí mismo, como algunos
 « lo creen, sino sobre sus esclavos. »

Esto nos prueba que Newton hace de su dios, como los teólogos, un monarca, un soberano, un déspota semejante á los que vemos sobre la tierra, y que hacen algunas veces sen-

(2) Véase *Principios matemáticos*, p. 528 y las que siguen, edic. de Londres, 1726.

tir su poder á sus esclavos de un modo nada alhagueño. Luego el dios de Newton es un despota que tiene el poder de ser bueno ó malo segun mejor le conviene ; pero, segun sus ideas tambien, pues que el mundo no ha existido siempre, y que los esclavos de su dios han tenido un principio, es claro que antes que unos y otros fuesen criados, este dios no tenia ni estados ni vasallos. Veamos si este grande filósofo se pone mejor de acuerdo consigo mismo en las ideas subseqüentes que nos dá de su despota divino.

« El dios supremo, dice él, es un ser eterno, « infinito y absolutamente perfecto; pero por « mas perfecto que sea, si no tuviese soberanía « no seria un dios supremo.... Esta palabra « significa señor; pero todo señor no es un « dios. La soberanía del ser espiritual es la « que le constituye tal; la verdadera soberanía « constituye el verdadero dios; la suprema « constituye el dios supremo, y la falsa cons- « tituye el falso. De la verdadera soberanía « dimana el que dios sea viviente, inteligente « y poderoso, y de las demas perfecciones el « que sea supremo y soberanamente perfecto. « Es eterno, infinito, lo sabe todo, y no puede « tener ni principio ni fin: (*durat ab æterno; « adest ab infinito in infinitum*). » No es ni la eternidad, ni la infinidad, pero sí eterno è

infinito; no es ni el espacio ni la duracion, pero dura y está presente (*adest*) (1). En toda esta rapsodia de palabras ininteligibles no vemos mas que los asombrosos esfuerzos que el autor hizo, para conciliar los atributos teológicos con los atributos humanos dados al monarca divino; en ellas vemos una infinidad de calidades negativas, que no convienen al hombre, dadas al rey de la naturaleza, y enfin un dios supremo que no puede establecer su soberanía sin los hombres. Luego antes que los hubiese, ¿de quien era Dios señor? Además que falta saber, si Dios ejerce su poder verdaderamente sobre unos seres que vemos no hacer mas que revolveirse contra él, y llenar sus estados de desorden; como tambien era preciso estar cierto de que fuese dueño de las almas, voluntades y pasiones de sus vasallos, á quienes ha dado la libertad de formar cabalas en su pro ó contra. ¿Si este monarca infinito, que llena todo de su inmensidad, no dirige las acciones de los hombres, y no impide el que le ofendan, el diablo, que es la causa de todo esto, debe ser mucho mas poderoso? Luego, siendo así que el verdadero so-

(1) Sin duda que Newton se sirve de la palabra *adest* para no tener que decir que Dios está contenido en el espacio.

berano es aquel que tiene mayor influencia sobre sus vasallos, es claro cual de los dos debe serlo. Si llena todo, debe tener extension; y si se halla sobre todos los puntos del espacio, no puede ser espiritual.

« Dios es uno, (continua el autor) y es el mismo para siempre y en todas partes, no solamente por su sola virtud ó su energía, pero aun por su substancia. »

Pero ¿ como un ser que obra, que produce todas las mudanzas que sufren los seres, puede ser siempre el mismo? ¿ que se entiende por la virtud ó la energía de Dios? ¿ estas palabras vagas presentan acaso algunas ideas precisas al entendimiento? ¿ que se entiende por la substancia divina? Si esta substancia es espiritual y privada de extension, ¿ como puede existir en alguna parte? ¿ como puede poner la materia en accion? ¿ como puede ser concebida?

No obstante Newton nos dice que « todas las cosas estan contenidas en él, y se mueven con él, pero sin accion reciproca (*sed sine mutuâ passione*). Dios no siente nada de la parte de los movimientos de los cuerpos, ni estos experimentan ninguna resistencia de la parte de su presencia. »

Aquí parece que Newton dá á la divinidad caracteres que no convienen mas que al es-

pacio y á la nada. Sin esto no podemos concebir el que pueda no haber una accion recíproca ó unas conexiones entre unas substancias que se penetran y se rodean por todas partes. Parece evidente que aquí el autor no se entiende á sí mismo.

« Es una verdad incontestable que Dios
« existe necesariamente, y la misma necesidad
« hace que existe siempre y en todas partes; de
« que resulta que en todo es semejante á él
« mismo; que es el ojo, la oreja, el cerebro, el
« brazo, el sentimiento, la inteligencia y la ac-
« cion de todo, pero no de un modo humano ni
« corporal, sino es de uno totalmente descono-
« cido. Así como un ciego no tiene ninguna
« idea de los colores, así nosotros no tenemos
« ninguna del modo que Dios tiene de sentir
« ni de oír. »

La existencia de la divinidad es justamente lo que necesitabamos que nos probasen de un modo tan evidente como se puede probar la gravitacion y la atraccion. Si esto hubiese sido posible, Newton lo hubiera hecho; pero tal es el hado, que el mayor géometra, cuando se mete en calcular lo que la experiencia no puede enseñar, y lo que él mismo confiesa ser como un cuadro para un ciego, raciocina como un niño. ¿Que necesidad hay de salir de la naturaleza para hallar una fuerza ó una ener-

gía que no puede existir mas que en ella? El gran Newton perdió su valor, ó se cegó voluntariamente así que se metió en los escollos de la teología. No obstante, veamos aun hasta que punto la imaginacion del hombre puede perderse, cuando se trata de sus preocupaciones.

« Dios, segun el padre de la fisica moderna,
« no tiene ni cuerpo ni figura corporal; por
« cuyo motivo no puede ser ni visto, ni to-
« cado, ni oido, ni adorado bajo ninguna
« forma. »

Pero, ¿ que idea podremos formar de un ser que no tiene relacion ninguna con nada de lo que conocemos? ¿ De que nos sirve el adorarle, pues que si lo hacemos, tendremos que considerarle como un hombre á quien gustan los homenajes, los regalos, las adu- laciones, y en una palabra, se hará de él un rey que, como los de la tierra, exige los respetos de los que le son sumisos? En efecto añade :

« Tenemos la idea de sus atributos ; pero
« no conocemos lo que es una substancia ; no
« vemos mas que las figuras y los colores de
« los cuerpos ; no oimos mas que sonos ; no
« palpamos mas que superficies exteriores ; no
« sentimos mas que olores, y no gustamos mas
« que sabores ; ninguno de nuestros sentidos,

« ni ninguna de nuestras reflexiones pueden
 « demostrarnos la naturaleza íntima de las
 « substancias, lo que hace que tengamos mu-
 « chas menos ideas de Dios. »

Si tenemos alguna idea de los atributos de Dios, es solo porque le damos los nuestros, que no hacemos mas que exágerar tanto, que los hacemos desconocidos para nosotros mismos. Si en todas las substancias que vemos, no conocemos mas que los efectos que producen sobre nosotros, á lo menos nos dan de sí alguna idea distinta; pero de un dios distinguido de la materia y de toda substancia conocida, es imposible que nos formemos ninguna idea: no obstante, no cesamos de hablar de él.

« No conocemos á Dios mas que por sus
 « atributos, sus propiedades, y el arreglo sabio
 « que ha dado á todas las cosas, y le admi-
 « ramos solo por sus perfecciones. »

Pero yo vuelvo á repetir que no conocemos á Dios mas que por los atributos sacados de nosotros mismos; es evidente que estos no pueden convenir á un ser universal que no tiene las mismas propiedades que unos seres particulares como nosotros. Solo juzgándonos á nosotros mismos, y á nuestra imitacion, podemos asignar á Dios una inteligencia, una sabiduría y una perfeccion, haciendo abstrac-

cion de lo que llamamos defectos en nosotros. En cuanto al orden ó al arreglo del universo, de que hacemos que Dios sea el autor, lo hallamos excelente y sabio cuando nos es favorable, y cuando las causas que tienen analogía con él, no turban nuestra propia existencia, quejándonos solo del desorden, de que resulta que las *causas finales* se pierden. Suponemos en el dios inmutable unos motivos igualmente sacados de nuestro modo de obrar, para descomponer el orden hermoso que admiramos en el universo. Así es, que siempre con arreglo á nuestro modo de sentir, damos á Dios los atributos de sabiduría, de excelencia y de perfeccion, mientras que todo el bien y el mal que nos sucede en este mundo, son las consecuencias necesarias de las esencias de las cosas y de las leyes generales de la materia; en una palabra, de la gravedad, de la atraccion y de la repulsion, de las leyes del movimiento, que el mismo Newton ha puesto tan bien á las claras; pero que no se ha atrevido á aplicarlas, cuando se ha tratado de la fantasma á quien la preocupacion atribuye todos los efectos de que la naturaleza es la verdadera causa.

« Nosotros reveramos y adoramos á Dios á
« causa de su soberanía; le damos un culto
« como esclavos suyos; un dios destituido

« de soberanía, de providencia y de causas fijas no puede ser sino la naturaleza y el destino. »

Es verdad que adoramos á Dios como unos esclavos ignorantes, que tiemblan bajo el yugo de un amo que no conocen ; le rogamos locamente aunque nos le representan como inmutable, y aunque verdaderamente este dios no es otra cosa mas que la naturaleza obrando por unas leyes necesarias, la necesidad personificada ó el destino, á quien se ha dado el nombre de dios.

No obstante Newton nos dice: « De una necesidad física y ciega, y que fuese siempre la misma, ninguna variedad podria resultar; luego la diversidad que vemos no puede dimanar mas que de la voluntad de un ser que debe existir. » *

Ahora pregunto yo, ¿porque esta diversidad no ha de poder provenir de las causas naturales de una materia obrando siempre por si misma, y cuyo movimiento aproxima ó separa diversos elementos variados, pero análogos? ¿ El pan de que proviene, sino de la combinacion de la harina, de la levadura y del agua ? En cuanto á la necesidad ciega que nos dicen existir, esta es justamente la que no conocemos. Los físicos explican todos los fenómenos por las propiedades de la materia,

y cuando, como algunas veces sucede, no los pueden explicar, no por eso dejan de creerlos deductibles de alguna causa. ¿Y se dirá por esto que los físicos son ateos? Sí, por que si no lo fuesen, los atribuirían á Dios.

« Se dice alegoricamente que Dios vé, oye, habla, rie, ama, aborrece, desea, dá, recibe, se regocija, se enfurece, combate, hace, y fabrica, etc. Pero todo esto, que se dice de Dios, es sacado de la conducta de los hombres por una especie de analogía imperfecta »

Los hombres, no conociendo ni la naturaleza ni sus vias, no han podido menos de formarse una analogía particular distinta de ella, que han llamado dios, y que han hecho obrar como ellos obrarian si se hallasen en el mismo caso. De esta teantropia han salido las ideas absurdas sobre que han sido fundadas la mayor parte de las religiones del mundo, que todas han adorado un dios poderoso y malo. Mas adelante en esta obra veremos los terribles y funestos efectos que han provenido de que los hombres hayan formado la idea de su dios, como la de un despota y un tirano. Por ahora contentémonos con exâminar las pruebas que los deycolos nos dan de su Dios.

Los de esta secta no cesan de repetir que la

sabiduría, el orden extraordinario, el arreglo de todo, y las bondades de que se ven colmados los hombres no pueden dimanar mas que de él; pero responderemos que los movimientos organizados que vemos en el universo son la consecuencia necesaria de las leyes de la materia, que no puede cesar de obrar como lo hace, mientras tanto que las mismas causas obren sobre ella. Asi que estos movimientos cesan de ser regulados, el desorden se pone en lugar del orden; lo que es causado por que nuevas causas vienen á turbar el orden de las primeras. El orden, como ya hemos visto, no es mas que el efecto que resulta de una progresion de movimientos; desorden verdadero no puede haber, pues que todo es el resultado de unas leyes que no pueden cambiar. El orden de la naturaleza puede muy bien desmentirse para nosotros, pero nunca para sí misma, pues que no puede obrar mas que como lo hace. Si por sus movimientos bien ordenados atribuimos á la inteligencia desconocida la sabiduría y la bondad, cuando dichos movimientos sean lo contrario, tendremos que atribuirlo á la malicia y la extravagancia.

Se dice tambien que la textura y composicion admirable de los animales prueba sin

ningun género de duda que el que los crió era sapientísimo y poderoso. (1) No se puede dudar del poder de la naturaleza: ella produce todos los animales que vemos con la ayuda de las combinaciones de la materia, que está en una acción continua. El acuerdo de las partes de estos mismos animales es una consecuencia de las leyes necesarias de la naturaleza y de su combinación; desde que este acuerdo cesa, el animal se destruye necesariamente. ¿Que son entonces la sabiduría, la inteligencia ó la bondad de la causa pretendida á quien se hacia el honor

(1) Ya se ha hecho observar en otra parte que varios autores, para probar la existencia de una inteligencia divina, han copiado tratados enteros de *anatomia* y de *botanica*, que no prueban otra cosa mas que el que existen en la naturaleza unos elementos propios á unirse, componerse y coordinarse, de manera á formar unos todos susceptibles de producir unos efectos particulares. Así, estos escritos cargados de erudición, hacen ver solamente que existen en la naturaleza seres diversamente organizados, conformados de una cierta manera y propios para ciertos usos; que no existirían mas bajo la forma que tienen, si sus partes cesasen de obrar como lo hacen; es decir, si no estuviesen dispuestas de manera á prestarse unos socorros mutuos. El quedar absorto de que el cerebro, el corazón, los ojos, las arterias y las venas de un animal obren como lo hacen, ó que las rai-

de atribuir un acuerdo tan decantado? Estos animales tan maravillosos, que dicen ser obra de un dios inmutable, ¿no se alteran sin cesar, y no acaban siempre por destruirse? ¿A donde está la sabiduría, la bondad, la prevision, y la inmutabilidad de un obrero que no parece ocupado mas que en descomponer y en romper los resortes de las máquinas que se nos anuncia ser como obras maestras de su poder y de su habilidad? Si este dios no puede hacer de otra manera, no es ni libre ni todo-poderoso; si muda de voluntad, no es inmutable; si permite que las máquinas que ha hecho sensibles sufran y

ces de una planta atraigan los jugos, ó que un arbol produzca frutos, es estar sorprendido de que un animal, una planta ó un arbol existan. Estos seres no existirian ó no serian lo que son, si cesasen de obrar como lo hacen; y es lo que sucede cuando mueren. Si su formacion, sus combinaciones, su modo de obrar y de conservarse algun tiempo en la vida, fuese una prueba de que estos seres son los efectos de una causa inteligente, su destrucccion, su disolucion, la cesacion total de su manera de obrar, y su muerte, deberian probar igualmente que estos seres son los efectos de una causa privada de inteligencia y de unas miras constantes. Si se dice que sus miras no son desconocidas, ¿yo preguntaré de que derecho se pueden atribuir á esta causa, ó como se puede raciocinar sobre ello?

experimenten el dolor, le falta la bondad ; si no ha podido hacer sus obras mas sólidas, es porque le ha faltado habilidad. Cuando se vé que los animales, como todas las demas obras de la divinidad, se destruyen, no se podrá impedir el que de ello se infiera , ó que todo lo que la naturaleza hace es necesario, que no es mas que la consecuencia de sus leyes, ó que el operario que la hace obrar está desprovisto de plan, de poder, de constancia, de habilidad y de bondad.

El hombre, que se contempla á sí mismo como la obra-maestra de la divinidad, dá la prueba de la incapacidad ó de la malicia de su autor, pues, á pesar de que se cree el objeto constante de la predileccion divina, vemos no es mas que una máquina que por su misma complicacion está mas expuesta que toda otra á trastornarse. Las bestias sin conocimiento, las plantas que vegetan, las piedras privadas de sentimiento, son casi siempre mas favorecidas de la naturaleza que el hombre, porque á lo menos estan exéntas de las penas de espíritu, y de los tormentos de que muy á menudo somos la presa. ¿ Quien es aquel que no quisiese ser un animal ó una piedra, cuando se acuerda de la pérdida irreparable del objeto de su amor ? ¿ Cuanto mas valdria el ser una masa inanimada, que un supersticioso

que tiemble continuamente mientras dura su vida, y que no espera mas que tormentos despues de su muerte? Los seres privados de sentimientos, de vida y memoria, no temen lo pasado, lo futuro ni lo presente, ni tampoco un castigo horroroso, como lo temen aquellos que se figuran que el grande arquitecto del mundo ha construido el universo solo para ellos. (1)

Que no se nos diga que no podemos tener una idea de una obra, sin tenerla de su autor. La naturaleza no es una obra; ha existido siempre, y no puede cesar de existir: es un obrador inmenso donde se hallan reunidos los

(1) Ciceron dice: *Inter hominem et belluam hoc maximè interest, quod hæc ad id solùm quod adest, quodque præsens est, se accomodat, paululùm admodùm sentiens præteritum et futurum.* Asi lo que han querido hacer pasar por una prerogativa no es mas que una desventaja real. Séneca ha dicho: *Nos et venturo torquemur et præterito, timoris enim tormentum memoria reducit, providentia anticipat; nemo tantùm præsentibus miser est.* ¿No podríamos preguntar á todo hombre de bien, que seguramente nos diria que un dios bueno ha criado el universo para la dicha de nuestra especie sensible, ¿quisierais vos mismos haber criado un mundo que encierra tantos desgraciados? ¿No valia mas abstenerse de criar un tan gran número de seres sensibles, que darles la vida para sufrir?

materiales y los instrumentos de que necesita para sus obras. Los elementos eternos é indestructibles, combinándose diversamente, dan el nacimiento á todos los seres y fenómenos que vemos, á todos los esfuerzos buenos ó malos que sentimos, al orden y desorden que no distinguimos nunca mas que por el modo con que nos afectan, en una palabra, á todas las maravillas que nos hacen raciocinar y meditar. Estos elementos no tienen necesidad mas que de si mismos para componerse, conservarse, combinarse y disolverse.

Pero, aun cuando supóngamos que este universo no haya podido formarse sin un autor, ¿resta saber donde le hemos de colocar? ¿Si es dentro ó fuera de él? ¿Si es materia, movimiento, ó espacio? En cualquiera de estos casos, ó no seria nada, ó estaria contenido y sometido á las leyes de la naturaleza. Si está dentro de ella, no puede ser mas que materia, y por consiguiente debe estar expuesto á disolverse y ser corporal; si está fuera de ella, ninguna idea me puede informar del lugar que ocupa, ni tampoco del modo con que puede obrar sobre una cosa con quien no tiene conexion alguna. Los espacios ignorados, que la imaginacion ha colocado fuera del mundo visible, no pueden existir para un ser que apenas vé lo que está á sus pies; y

el poder ideal que los habita no puede ser concebido por mi imaginacion, á menos que le revista de los colores, aunque exâgerados, que estoy acostumbrado á ver; prestandole así calidades puramente ideales, lo que hará que, por mas que me esfuerzé en sacar á Dios de la naturaleza, nunca podré obtener mi fin. (1)

A esto me dirán que si se le lleva una estatua ó un relox á un salvage, no podrá menos, aunque no lo conozca, de confesar que su artifice tenia mas ingenio y talento que él; de lo que resulta, me dirán, que la máquina del universo y la del hombre, no pueden menos de darnos á conocer que hay una inteligencia y un poder que sobrepuja de mucho al nuestro.

A esto respondo que nadie puede dudar que la naturaleza sea poderosa é industriosa: admiramos una y otra de sus calidades, cuando vemos unos efectos muy extensos y variados

(1) Hobbes dice: - El mundo es corporal, y tiene las dimensiones de longitud, latitud y profundidad; toda porcion de un cuerpo es cuerpo; el universo lo es; luego cada una de sus partes debe serlo; pues si no lo fuese no seria una parte suya; pero, como el universo es todo, lo que no forma parte de él, es nada y no puede ser ninguna parte. Véanse Hobbes, *Leviathan*, cap. 46. •

en aquellas de su obras que nos damos el trabajo de considerar. No obstante, su industria es siempre la misma en todas sus obras; por eso tanto nos cuesta saber como ha compuesto una piedra, ó un metal, como adivinar el modo de que se valió para organizar una cabeza como la de Newton. Llamamos industrioso, aquel que puede hacer lo que nosotros no podemos ejecutar. La naturaleza lo puede todo, y desde que una cosa existe, debemos presumir que la ha podido hacer. De modo que no le concedemos el poder de ser industriosa, mas que con relacion á nosotros mismos; y como gozamos de una calidad que llamamos inteligencia, que es la que nos hace producir las obras de industria, inferimos que las obras de la naturaleza que mas nos asombran, no pueden pertenecerla, y que solo son debidas á un motor inteligente como nosotros, pero cuya facultad nos parece ser tanto mayor, cuanto mas grande es la diferencia que hallamos entre los fenómenos que produce, y los que nosotros podemos operar. Tambien diré que el salvage á quien se le presenta una estatua ó un relox, no tiene la menor idea de la industria humana; porque por poca que tuviese, conoceria que uno y otro han podido ser fabricados por un ser de su misma especie

cuyas facultades eran tal vez mas expertas que las suyas; y si no tiene idea ni de la industria humana ni de los socorros del arte, y percibe el movimiento espontaneo de un reloj, creerá que es un animal, y no la obra del hombre. Una infinidad de experiencias confirman la idea que acabo de dar del salvage. (1) De modo que este salvage, del mismo modo que muchos que se creen mucho mas sabios que él, atribuirá estos fenómenos á un dios que cree haber facilidades para obrar, que los hombres no tienen; con eso se probará solamente que no conoce hasta que punto puede llegar la industria del hombre. Este es el motivo porque los hombres groseros levantan los ojos al cielo cuando ven algun fenómeno inusitado. Este es tambien el que hace que llamemos milagrosos y divinos, todos los efectos extraordinarios de que ignoramos la causa; y como regularmente las ignoramos todas, todo lo tomamos por milagro, ó lo atribuimos

(1) Los Americanos creyeron que los Españoles eran dioses, porque se servian de la pólvora, montaban á cavallo, y tenían navios que vogaban solos. Los habitantes de la isla de Tenián, que no conocieron el fuego hasta la llegada de los Europeos, al verle por la primera vez, le tomaron por un animal que devoraba los bosques.

á un dios que creemos ser la causa de los bienes y males que sentimos. En fin los teólogos omiten todas las dificultades atribuyendoselas á Dios.

Digo tambien que si el salvage abre el relox y le exâmina interiormente, verá que anuncia una obra que no ha podido ser producida mas que por el trabajo del hombre; conocerá que difiere de las producciones de la naturaleza, á la cual no ha visto nunca hacer una rueda de metal bien trabajada; verá tambien que estas partes separadas unas de otras cesan de obrar, como lo hacian cuando estaban juntas; de lo que inferirá que el relox ha sido hecho por un hombre capaz de obrar cosas que el mismo no puede hacer. En una palabra, le atribuirá á un ser conocido, de facultades superiores á las suyas; pero de ningun modo creará que puede haber sido producido por una causa inmaterial, sin órganos y sin extension; en igual que nosotros, por no conocer la naturaleza, atribuimos sus obras á un ser mucho mas desconocido que ella misma. ¿ Quien, al ver el mundo, es capaz de reconocer la causa material de los fenómenos que se operan en él? No obstante, la naturaleza sola es esta causa, y su energía es facil á descubrir.

Esto no quiere decir que se debe de atri-

luir todo á una causa ciega, ni al concurso fortuito de los átomos. Llamanse causas ciegas aquellas cuyo concurso, fuerza y leyes, son desconocidas. Llamanse fortuitos los efectos que nuestra inexperiencia hace que no podamos presentir. Se atribuyen á la casualidad todos aquellos en quienes no vemos una union con sus causas. La naturaleza no es ciega, ni obra por casualidad, y para uno que conociese su modo de obrar y sus recursos, no habria nada de fortuito en ella. Todo lo que produce es necesario; todo en ella está ligado de un modo invisible, y todos los efectos que vemos tienen sus causas, bien las conozcamos ó no. Es cierto que en esto nuestra ignorancia puede tener mucha parte; pero todas las palabras de Dios, espíritu, é inteligencia no nos sacarán de nuestra duda; todo al contrario, no haran mas que redoblarla, é impedirnos el buscar las causas naturales de los efectos que vemos.

Esto puede servir de respuesta á la objecion eterna que se hace á los partidarios de la naturaleza, acusándoles sin cesar de atribuirlo todo á la casualidad. La palabra *casualidad* no indica mas que la ignorancia de los que se sirven de ella; tambien dicen que nunca se podrá hacer un poema como el de la Iliada con unas letras juntas por casualidad. Con-

vengo que esto es así; pero unas letras echadas á la buena ventura como unos dados, no pueden producir ningun poema; tanto valdria el decir que no se puede hacer un discurso con un pié.

La naturaleza es la que segun unas leyes ciertas y necesarias organiza una cabeza y la hace producir un poema; ella es, la que segun el temperamento, imaginacion y pasiones que dá al hombre, le hace capaz de producir una obra-maestra. Una cabeza organizada como la de Homero, con el mismo vigor, imaginacion, conocimientos, y colocada en las mismas circunstancias, producirá necesariamente otro poema de la Iliada, á menos de que se niegue que las mismas causas producen los mismos efectos. (1)

El germen humano no se desenvuelve por casualidad, y no puede ser concebido ni formado mas que en el seno de una muger. Un conjunto de caracteres y de figuras no sirven mas que para pintar las ideas, y para que es-

(1) ¿No habria quien no se asombrase si, sabiendo que en un costal habia solos cien mil dados, viese salir cien mil seis de seguida? pero á esto me dirán que si estaban preparados para ello, no habia nada de extraordinario. Muy bien, pero las particulas de la materia pueden ser comparadas á unos dados preparados. La

tas lo sean , es preciso que antes hayan sido recibidas, combinadas, alimentadas y desenvueltas. Las ideas se combinan, se extienden y se asocian como todos los demas puntos de la naturaleza.

Esto nos demuestra que nada se hace por casualidad ; todo en la naturaleza sigue unas leyes invariables ; ya sea que nuestro entendimiento las conozca con facilidad, ó ya que se halle en la imposibilidad de adivinarlas. Lo mismo le cuesta á la naturaleza el organizar la cabeza de un gran poeta, que el hacer una piedra ó un metal brillante. El medio de que se vale para hacer uno y otro de estos seres no es concebible, á menos de reflexionar mucho sobre él. El concurso de varios elementos dá el nacimiento al hombre, que crece y se fortifica como una piedra ó una planta, por medio de las substancias que se le juntan : este hombre piensa, obra, y recibe

cabeza de Homero ó de Virgilio no era mas que un conjunto de partículas, es decir de seres combinados para producir la Iliada y la Eneida. Lo mismo se puede decir de las producciones tanto intelectuales como corporales del hombre. Un hombre de ingenio produce una buena obra, como un arbol de buena especie, y colocado en un buen terreno, produce unos frutos excelentes.

ideas, de lo que la planta y la piedra son incapaces; por consiguiente el hombre de ingenio produce las mejores obras, como una planta los frutos, que nos asombran ó agradan segun las sensaciones que producen en nosotros mismos. Todo lo que hallamos de mas admirable en las producciones de la naturaleza, en las de los animales ó de los hombres, no es mas que un efecto natural de las partes de la materia diversamente combinadas, de lo que resultan el cerebro, el temperamento, los gustos y los diferentes talentos.

La naturaleza no hace nada que no sea necesario, ni sus combinaciones son de ningun modo casuales. Todas sus causas tienen infaliblemente sus efectos; cuando produce algunos seres extraordinarios y raros, es porque las circunstancias y las causas necesarias para su produccion no se hallan mas que rara vez; y cuando alguno de estos seres llega á existir, es porque la naturaleza ha encontrado el medio de juntar los elementos necesarios para hacerlos maravillosos. Sus combinaciones, hechas en una eternidad, pueden facilmente producir todos los seres; su marcha eterna debe sin cesar producir y arrebatarse las circunstancias que se necesitan para hacer los seres mas raros. Unas combinaciones infinitas de elementos bastan para producir todo cuanto

vemos, y muchas cosas mas que no conocemos.

De modo que no se les puede repetir demasiado á los que siguen el sistema de un dios supremo, y que dan regularmente los nombres mas ridículos á sus antagonistas, que la palabra casualidad, es lo mismo que la de Dios, que no quiere decir nada absolutamente. El universo no puede haber sido creado por casualidad, pues que ha existido siempre como es, y que no cesará nunca de existir. Por ócultas que sean las vias de la naturaleza, su existencia es indudable, y su modo de obrar nos es mucho mas conocido que el del ser desconocido, distinguido de ella misma, que han supuesto necesario y existente por sí mismo, sin que nadie hasta aquí haya podido convencer de su existencia con la menor prueba.

CAPTULO VI.

DE LAS IDEAS NATURALES DE LA DIVINIDAD.

Por lo que precede vemos que las pruebas sobre que la teología pretende fundar la existencia de su dios, tienen por base el principio muy falso de que la materia no existe por sí misma, se encuentra por su naturaleza en la imposibilidad de moverse, y por consiguiente es incapaz de producir los fenómenos que vemos. Estas suposiciones han hecho creer que debía su existencia á un agente desconocido, á quien estaba subordinada. Como los hombres encuentran en si mismos una calidad que llaman *inteligencia*, que les sirve para obtener el fin que se proponen, han atribuido una igual á este agente invisible, cuidando solo de exágerarla lo mas que les ha sido posible.

Como este agente no puede ser ni visto ni concebido, le han dado el nombre de espíritu, que asigna la imposibilidad de una y otra

cosa. Parece, no obstante, ser que en su origen la palabra *espíritu*, no quería decir mas que una materia suelta y mas sutil que se ofrece groseramente á nuestros sentidos. Hé aquí el nacimiento de Jupiter, que en la teología de los antiguos representaba la materia eterea que penetra, agita y vivifica todos los cuerpos de la naturaleza.

La idea de la espiritualidad de Dios, segun la tenemos en el dia, no ha podido presentarse desde un principio al entendimiento humano. Esta inmaterialidad, que excluye toda analogia, fué el fruto lento y tårdido de la imaginacion de los hombres, los que, viendose forzados á meditar sin ningun socorro de la experiencia, llegaron á hacer esta fantasma ideal, que adoramos sin podernos formar de ella ninguna idea verdadera. (1) De modo que á fuerza de sutilizar, Dios llegó á no significar nada, y á no consistir mas que en la idea que cada hombre se formaba de

(1) Véase lo que se ha dicho en el capítulo VII de la primera parte de esta obra. Aunque los primeros doctores de la iglesia cristiana han seguido casi siempre el sistema de los platónicos, no tenemos mas que examinar sus obras para convencernos que las ideas que esos últimos tenian de la divinidad, no son las mismas que nuestros teólogos tienen en el dia. Tertu-

él, según sus pasiones y su temperamento. El solo punto sobre que convenian unos y otros, era el de las calidades inconcebibles que le atribuyeron, y que le hicieron totalmente desconocido. Tal es el dios que han substituido á la materia y á la naturaleza.

No han faltado hombres que á pesar de todo esto, se han atrevido á oponerse al torrente de la opinion y del delirio, porque creyeron que el objeto que se anunciaba como el mas importante para los mortales, debia ser examinado con la mayor atencion; y, conociendo que no se podian fiar en la opinion universal del vulgo, que casi siempre se engaña, y mucho menos en la de sus guias, que no tratan mas que de engañar, tomaron sobre sí el informarse de ello por sí mismos. Algunos hombres reflexivos, despreciando las preocupaciones recibidas en su niñez, y tranquilizados por la

liano, como ya hemos dicho, consideraba á Dios como corporal. Serapion decia llorando que cuando le hicieron adoptar el sistema de la espiritualidad, que aun no estaba tan sutilizado como en el dia, le habian hecho perder su dios. El Jupiter de la teologia pagana, era considerado como el mas joven de los hijos de Saturno, ó el tiempo. El dios espiritual de los cristianos es mucho mas reciente: la espiritualidad se ha hecho el último recurso de la teologia, creyendo que de este modo haria su dios inaccesible.

razon sobre los terrores de que este ídolo está siempre rodeado, tuvieron la intrepidez de desgarrar el velo de la impostura y el prestigio, y le exáminaron con ojos tranquilos y seguros. En breve el espectro desapareció de entre ellos, y su entendimiento volvió á resumir su calma.

Atribuir los efectos que vemos á la naturaleza, á la materia diversamente combinada, y á los movimientos que la son hereditarios, es darlos una causa general y conocida. Querer internarse mas adelante, es meterse en un abismo de incertidumbres y de dudas. Dejémosnos pues de buscar fuera de la naturaleza, cuya esencia fué siempre la de existir y de moverse, un motor que lo haga por ella. ¿Que necesidad hay de buscar fuera de la materia un movil que la haga obrar, pues que su movimiento dimana necesariamente de su existencia, de su extension, de su forma, de su pesadez, etc.

Si se nos pregunta, ¿como nos podemos figurar que la materia por sí misma haya producido los efectos que vemos? responderemos que si se obstinan en tomarla por una masa inerta y muerta, desposeida de toda propiedad, é incapaz de moverse por sí misma, ninguna idea nos puede quedar de ella. Pues que existe, debe tener calidades y propiedades ; si las tiene,

debe de existir por ellas mismas. Es evidente que, si por materia se entiende lo que no es, ó si se obstinan en negar su existencia, ninguno de los fenómenos que vemos la podran ser atribuidos. Ahora, si por naturaleza entendemos lo que verdaderamente es, es decir, un conjunto de materias llenas de propiedades, tendremos que convenir en que debe moverse por sí misma, y que nada se hace por casualidad, pues que hasta la mas mínima partícula obra de un modo determinado, segun su esencia y su energía.

Hemos dicho en otra parte que lo que no puede destruirse no ha podido tener principio; lo que no ha podido empezar á existir, existe necesariamente, y encierra en sí las calidades necesarias para ello. Luego es muy inutil el querer buscar fuera de la naturaleza, que conocemos, un ser cuya existencia es desconocida, para que la rija, pues que conocemos en la materia algunas propiedades generales, ¿Para que queremos ir á buscar una causa ininteligible que no podemos conocer? ¿A que recurrir á lo que han querido llamar creacion?(1)

(1) Algunos teólogos han considerado ellos mismos el sistema de la creacion como una hipótesis sospechosa y poco probable, inventada algunos siglos despues de Jesu-Christo. Un autor, queriendo refutar á Espinosa.

¿Como hemos de poder concebir que un ser inmaterial haya podido sacar la materia de sí mismo? Los que nos hablan sin cesar de este acto del todo-poderoso, ¿entienden acaso lo que dicen? Es verdad que cuanto mas consideremos la teología y sus ridículos romances, mas nos convenceremos de que no es otra cosa mas que un ato de disparates y palabras sin sentido.

Por no consultar la experiencia y la naturaleza, el mundo material se ha vuelto un mundo intelectual, poblado solo de ilusiones; la materia no ha sido ni considerada ni estudiada. Todo al contrario; ya sea por ridiculizarla ó por mala fé, han confundido la disolucion, decomposicion y separacion de las partes elementarias de que los cuerpos estan compuestos, con su destruccion radical, y no han querido ver que los elementos eran indestructibles; al fin, han inferido que, lejos de ser necesaria, ha empezado á existir, y debe su existencia á un ser mas necesario que ella. Así todo lo que se ha hecho, ha sido poner un nombre

dice que Tertuliano es el primero que ha sostenido este sistema. Véase el *Impio convencido*, al fin del aviso. El autor de esta obra llega á decir que es imposible combatir á Espinosa, á menos de que no se quiera admitir la coexistencia eterna de la materia con Dios.

totalmente desconocido, en igual de otro que nos era facil conocer.

Las nociones mas simples de fisica, nos prueban efectivamente, que aunque los cuerpos perezcan y se disuelvan, ninguna parte de ellos es perdida. La naturaleza entera no subsiste ni se conserva mas que por medio de la circulacion de las partículas ó átomos sensibles ó insensibles de la materia. Esta regeneracion es la que hace que subsista el gran todo que, semejante al Saturno de los antiguos, está continuamente devorando sus propios hijos.

Reconozcamos pues que la materia existe por sí misma, y que no tendrá fin. La naturaleza se ocupa continuamente en producir y destruir, en hacer y deshacer, para lo cual no tiene mas que combinar unos elementos y materias esencialmente diversas, que se atraen y se despiden, se chocan y se unen, lo que produce las plantas, los animales y los hombres. Los modos de obrar de estos seres mientras su duracion, son siempre análogos á su energía, su configuracion, su masa, su peso, etc. Hé aquí el verdadero origen de lo que vemos.

La naturaleza no tiene efectivamente inteligencia ni objeto; sus leyes son invariables, y fundadas sobre la esencia de los mismos seres. La esencia de la simiente del varon es

de juntarse con la de la hembra, y por medio de los elementos primitivos que sirven de base al ser organizado, producir una combinacion de la que resulta un nuevo ser organizado, que, debil en su principio por falta de las materias propias á darle la consistencia, se fortifica poco á poco por la adiccion continua de ellas, y llega al estado de poder engendrar nuevos seres. La generacion no se opera sino cuando las circunstancias necesarias se hallan reunidas: luego no es casual. La esencia del grano de las plantas es de ser fecunda por medio de las partículas análogas que se hallan en el seno de la tierra. Es de la esencia de las exhalaciones producidas por el calor de la atmósfera, de combinarse, atacarse, y producir con sus choques los metéoros y el rayo. Es de la esencia de algunas materias inflamables de juntarse, fermentarse y encenderse en las entrañas de la tierra, de lo que resultan las explosiones y los temblores de tierra, que destruyen las montañas, los campos y las habitaciones de las naciones sobresaltadas, que se quejan de un mal que les es tan necesario como el mayor bien. Hay climas que producen hombres constituidos de tal modo, que se hacen ó muy dañosos ó muy útiles para la sociedad; como tambien los hay, que producen los frutos mas deliciosos y los venenos mas activos.

En todo esto la naturaleza no tiene objeto alguno; ¿quien lo tiene, somos nosotros, que debemos fijar todo nuestro anhelo en conservarnos? este debe ser nuestro único objeto. Si se me pregunta, ¿cual es el fin de la naturaleza? diré que es el de obrar, de existir y de conservar su conjunto; ¿y si se me dice porque existe? diré que existe necesariamente. Si se quiere atribuir la palabra dios á la de la naturaleza, se podrá preguntar con tanta razon el porque Dios existe, como la hay para preguntar cual es el objeto de su existencia. De modo que la palabra dios no nos hará mas sabios de lo que somos. A lo menos, hablando de la naturaleza, sabremos de lo que hablamos; en igual que hablando de Dios, nada sabemos, y si le atribuimos algunos atributos, seran siempre sacados de nosotros mismos.

Todo concurre para probarnos que la naturaleza ó la materia existe necesariamente, y no puede apartarse de las leyes que su existencia la impone. Si no puede tener fin, es claro que no puede haber tenido principio. Los teólogos mismos convienen en que es necesario un acto del poder divino, ó bien lo que ellos llaman un milagro, para poder hacer perecer un ser; pero un ser necesario no puede hacer este milagro: luego es preciso inferir

que si Dios es este ser necesario, todo cuanto hace debe de serlo tambien. Por otra parte, nos dicen que la creacion es un milagro; pero este seria imposible para un ser que no es libre en ninguna de sus acciones. Digamos pues que la palabra Dios, como la de la creacion, no dan ninguna idea verdadera al entendimiento, y deberian ser desterradas de la lengua, por no haber sido inventadas mas que por los ignorantes. En fin, estas palabras no son útiles mas que para aquellos cuya sola ocupacion consiste en llenar las orejas del vulgo, de unas palabras pomposas que ellos mismos no entienden. El hombre es un ser material, y no puede tener idea alguna mas que de lo que es material como él; á pesar de sí mismo tiene que atribuir sus mismas ideas al dios que adora. Efectivamente, es preciso no escucharse á sí mismo, ó atribuir á Dios, que se supone el criador, motor y conservador de la materia, todas las ideas materiales. Este es, como hemos visto, el motivo por que los hombres se creen forzados á dar á Dios las calidades morales que tienen ellos mismos; olvidándose de que este ser, puramente espiritual, no puede por consiguiente tener ni su organizacion, ni sus ideas, ni su modo de obrar. De modo que las calidades morales que se atribuyen á la divi-

nidad le suponen material, y las nociones teológicas se fundan meramente sobre un *antropomorfisma*.

Los teólogos, á pesar de todas sus sutilezas, no pueden hacerlo de otro modo, porque todos los demas seres de la especie humana, no conocen mas que la materia, sin tener ninguna idea verdadera del espíritu. ¿Como es posible el suponer que un ser que no desea, que no tiene ninguna necesidad, y que se basta á sí mismo, pueda tener pasiones ni voluntades? ¿Como atribuir la cólera á un ser que no tiene ni sangre ni bilis? Y en una palabra, un dios tal como el que nos pintan, no puede tener ninguna calidad humana; los teólogos se esfuerzan en vano en exâgerar la idea de su perfeccion, y por mas que hagan, nunca nos la podran hacer creer, pues que el hombre no la puede concebir.

Así es, que á fuerza de sutilizar, los mortales han llegado á perder toda idea del dios que ellos mismos han creado. Despues de haber hecho el hombre doble, han hecho lo mismo de la naturaleza, añadiendo que esta está vivificada por una inteligencia; y viéndose en la imposibilidad de conocer este agente, le han hecho espiritual, es decir, de una substancia desconocida, y han inferido que esta substancia era mucho mas noble que la mate-

ria, y que su prodigiosa sutileza que han llamado simplicidad. Así es que los hombres prefieren siempre lo maravilloso á lo simple, y lo que no pueden entender á lo que podrian facilmente. Desprecian los objetos que les son familiares, y no estiman mas que los que no son capaces de apreciar, figurándose que aquello de que no tienen mas que unas ideas vagas, debe encerrar alguna cosa sobrenatural y divina; en una palabra, solo un misterio puede conmover su imaginacion. (1) Este es, sin duda, el motivo por que se ha considerado la materia que se tenia bajo los ojos, y se veia cambiar de formas, como una cosa despreciable y un ser contingente

(1) Una infinidad de naciones han adorado el sol, lo que no es extraño, porque los efectos extraordinarios de este astro, que calienta y vivifica todas las cosas, debia naturalmente inducirles á darle un culto. A pesar de todo esto, las naciones enteras han abandonado este dios visible por uno totalmente invisible. Si se me pregunta la razon de este fenómeno, responderé que cuanto mas misterioso y óculto, mas agrada al vulgo. El tono misterioso é ininteligible es absolutamente necesario para los sacerdotes de toda religion, cuyo interes ha sido siempre el que el pueblo no conociese nada de ella. Hé aquí sin duda el secreto del clero, y el motivo por que formó un ser ininteligible, reservándose el derecho de hacerle hablar á voluntad.

que no existia por sí mismo; para cuyo remedio, imaginaron un espíritu incapaz de ser conocido, y que dijeron ser anterior y superior á la materia. Este espíritu, á pesar de su ridiculez, fué identificado por el hombre á fuerza de costumbre, y se le hizo inseparable de la felicidad; desde entonces consideró la materia como un vil conjunto de combinaciones perecederas. Con distinguir la naturaleza de su motor, hemos caído en la misma falta, como cuando distinguimos el alma del cuerpo. Engañados sobre su naturaleza, se han engañado tambien sobre la organizacion del universo; han distinguido la naturaleza de sí misma, y la vida de la naturaleza. Esta alma del mundo fué la que los hombres separaron por abstraccion, adornándola de todos los atributos imaginarios que pudieron inventar. Si, por haber querido distinguir el hombre de sí mismo, nunca se han podido formar una idea exacta de él, ¿como se la han de poder formar de la naturaleza distinguida de sí misma? Esto ha hecho que, lejos de estudiarla, la han abandonado enteramente, y que han hecho de su motor un ser inconcebible, á quien atribuyen todo cuanto sucede en el universo. Por consiguiente, en igual de seguir á la naturaleza para apaciguar sus temores y apartar sus desgracias; en igual de consultar la experiencia,

el hombre no se ocupó mas que de unas causas ficticias que la habia gratuitamente asociado. No ha habido cosa mas dañosa para el género humano, que la de esta teoria extravagante, que como lo probaremos mas adelante, es la margen de todos los males. Unicamente ocupados de este monarca imaginario, perdieron enteramente de vista todo otro objeto. Toda su vida no se empleó mas que en servir á un ídolo; se creyeron absolutamente interesados en merecer sus bondades, y no fueron dichosos con consultar la razon, ni tomar la experiencia por guia, sino siguiendo sus ideas románcescas.

Volvamos pues los mortales á los altares de la naturaleza; destruyamos por ellos las ilusiones que la imaginacion ignorante ha creído deber elevar sobre su trono; digamosles que no hay nada que esté fuera, ó que sea superior á ella; que la experiencia les hace conocerla; que la razon puede sola hacerlos dichosos; que las fantasmas de que su espíritu ha estado tanto tiempo lleno, no pueden de ningun modo procurarles la felicidad por que tanto anhelan; hagámosles ver que los males y los bienes son necesarios, y en fin repitámosles que solo haciendo sus semejantes dichosos, pueden ellos mismos serlo. La naturaleza es la causa de todo; su movimiento es la con-

secuencia necesaria de su existencia; sin el, no puede ella existir. Bajo el nombre de naturaleza designamos el conjunto de materias que obran por sí mismas. Siendo esto así, ¿ que necesidad hay de buscar otro ser que intervenga con ella? ¿ Acaso el ser infinito, que se llama dios, les hará conocer mejor la que continuamente obra sobre ellos? (1) Todo prueba pues que no necesitamos salir de la naturaleza para buscar la divinidad; cuando queramos tener una idea de ella, no tenemos mas que decir que la naturaleza es Dios. Digamos que ella lo hace todo, y que lo que no hace es imposible; que lo que no está en ella no puede existir, y enfin digamos que estos poderes invisibles que la imaginacion ha hecho los móviles del universo, no son mas que las fuerzas de la naturaleza ó nada.

No teniendo bastantes conocimientos de la naturaleza, ¿ como hemos de poder tenerlos de un ser infinitamente mas abstracto? A lo menos, si no podemos llegar á conocer las causas primeras, contentémonos con las segundas, y quedémonos satisfechos con las dé-

(1) Digamos con Ciceron: *Magna stultitia est earum rerum deos facere effectores, causas rerum non querere.* Cic. de Divinat. lib. II.

biles luces que la verdad nos dá; atengámonos á la naturaleza, que vemos y sentimos obrar sobre nosotros, y de la que á lo menos conocemos las leyes generales; observémosla, y nos salgámos del camino que nos traza. No adoremos, no lisongeemos, como hacen los hombres, una naturaleza que no puede ni quiere escucharnos; pensemos que somos partes sensibles de un todo invisible; miremosla como un obrador inmenso que encierra en sí todos los materiales necesarios para hacer las obras que vemos; establézcamos esta naturaleza que hemos desconocido por tanto tiempo en sus legítimos derechos; escuchemos su voz, que tiene por interprete la razon; impóngamos silencio al entusiasmo y á la impostura, que por nuestra desgracia nos apartaron del solo culto digno de seres inteligentes.

CAPITULO VII.

DE LA IDOLATRIA O DEL DEISMO ; DE LA
OMNIPOTENCIA , Y DE LAS CAUSAS FI-
NALES.

Muy pocos hombres tienen valor de exá-
minar el dios que todos de acuerdo reconocen,
y no hay casi nadie que se atreva á dudar
de su existencia, aunque nunca la haya cons-
tatado ; cada uno recibe en su niñez, sin exá-
men, el nombre vago de Dios, que sus padres
le transmiten y consignan en su cerebro, con
las ideas oscuras que ellos se han criado, á
las que creen, y que todo conspira á hacerse
habituales. Sin embargo, cada uno lo modi-
fica á su manera ; y en efecto, como se ha he-
cho observar con frecuencia, las nociones poco
exáctas de un ser imaginario, no pueden ser
las mismas para todos los individuos de la
especie humana ; cada hombre tiene su modo
de verle, y cada cual se hace un dios particu-
lar con arreglo á su temperamento, á sus dis-

posiciones naturales, á su imaginacion mas ó menos exáltada, á sus circunstancias individuales, á las preocupaciones que ha recibido, y á las maneras con que está afectado en diferentes tiempos. El hombre que está contento y sano, mira á su dios con ojos distintos que aquel que está apesadumbrado y enfermo; y aquel que tiene la sangre y la imaginacion ardiente, ó que está sujeto á la bilis, no lo vé tampoco bajo el mismo aspeto que el que goza de una alma pacífica, que tiene la imaginacion mas fria, y el carácter mas flemático. Mas ; que digo ! el mismo hombre no lo vé tampoco de la misma manera en los diferentes instantes de su vida; su dios tiene que sufrir todas las variaciones de su máquina, todas las revoluciones de su temperamento, y todas las vicisitudes continuas de su ser. La idea de la divinidad, cuya existencia se mira como muy demostrada; esta idea que se pretende ser innata ó infusa en todos los hombres, que se asegura, que la naturaleza entera prueba, está flotando perpetuamente en el entendimiento de cada individuo, y varia á cada instante para los seres de la especie humana; no hay dos que admitan precisamente el mismo dios, ni uno solo que, en unas circunstancias variadas, no lo vea diversamente.

No nos asombremos pues de la debilidad de las pruebas que nos dan de la existencia de un ser que los hombres no pueden ver mas que de un modo distinto, y no extrañemos el verles tan poco conformes sobre las ideas que de él forman, sobre los sistemas relativamente á él, y sobre los cultos que le dedican. Sus disputas, las inconsecuencias de sus opiniones, la poca consistencia ó union en sus sistemas, las contradicciones incesantes en que caen cuando hablan de él, y las incertidumbres en que estan sus entendimientos cada vez que se ocupan de un ser tan arbitrario, no deben parecernos extrañas, porque es indispensable disputar, cuando se raciocina sobre un objeto visto diversamente en unas circunstancias variadas, y sobre el cual no hay un solo hombre que pueda estar de acuerdo consigo mismo.

Todos los hombres estan de acuerdo sobre los objetos que pueden someterse á la experiencia; así es que no vemos ninguna disputa sobre los principios de la geometria, ni que las verdades evidentes y demostradas varien en nuestro entendimiento. Tampoco dudamos nunca el que una parte no sea mas pequeña que el todo, que dos y dos hacen cuatro, que la beneficencia no sea una calidad amable, ni que la equidad deje de ser necesaria á los

hombres en sociedad. Pero tambien vemos que no hay sino disputas, incertidumbres, y variaciones en todos los sistemas que tienen la divinidad por objeto ; que los principios de la teología no tienen ninguna armonía, y que la existencia de Dios, que por todas partes se nos anuncia como una verdad evidente y demostrada, no lo es mas que para aquellos que no han examinado las pruebas sobre que la fundan. Estas parecen muchas veces débiles ó falsas, aun á aquellos que no dudan de manera alguna de su existencia ; las inducciones ó corolarios que se sacan de esta tan pretendida como decantada verdad, no son ni las mismas para dos pueblos ni para solo dos individuos ; los meditadores de todos los siglos y de todos los paises, se disputan incesantemente entre ellos sobre la religion, sobre las hipótesis teológicas, sobre las verdades fundamentales que les sirven de base, sobre los atributos y las calidades de un dios de quien se han ocupado vanamente, y cuya idea varia continuamente en sus propios cerebros.

Estas disputas y estas variaciones perpetuas, deberian á lo menos convencer de que las ideas de la divinidad no tienen ni la evidencia, ni la certeza que se las atribuye, y que puede ser permitido el dudar de la realidad de un ser que los hombres ven tan diversamente, sobre

el cual no estan jamas de acuerdo, y cuya imagen varia con tanta frecuencia en ellos mismos. A pesar de todos los esfuerzos y las sùtilezas de sus mas ardientes defensores, la existencia de Dios no es probable siquiera, y aun cuando lo fuese. ¿todas las probabilidades del mundo pueden acaso adquirir la fuerza de una demostracion? ¿No es muy extraño que la existencia del ser, que mas importa el conocer, no tenga ni aun la probabilidad en su favor, cuando unas verdades mucho menos importantes son demostradas con evidencia? ¿No se podrá concluir de esto que ningun hombre está plenamente asegurado de la existencia de un ser que vé tan propenso á variar en si mismo, y que no se presenta dos dias consecutivos con el mismo aspeto á su entendimiento? Solo la evidencia puede convencer nos plenamente; una verdad no es evidente para nosotros, sino cuando una experiencia constante, y unas reflexiones reiteradas nos la presentan siempre igual. De la relacion constante que hacen los sentidos bien constituidos, resulta la evidencia y la certeza, las que solas pueden producir una completa conviccion. ¿Que sucede pues con la certeza de la existencia de la divinidad? ¿pueden sus calidades discordantes existir en el mismo objeto? ¿y un ser que no es mas que un conjunto de

contradicciones, puede tener la probabilidad en su favor? ¿Pueden los mismos que la admiten quedar convencidos? y en este caso ¿no deberian permitir el que se dudase de las verdades que se pretenden, y que se anuncian como demostradas y evidentes, mientras que ellos mismos conocen que vacilan en sus cabezas? La existencia de Dios y los atributos divinos no pueden ser cosas evidentes ni demostradas por ningun hombre de la tierra; y al contrario su no existencia, y la imposibilidad de las calidades incompatibles que la teologia le asigna, serán evidentemente demostradas por cualquiera que quiera sentir que es imposible el que un mismo objeto reúna unas calidades que se destruyen reciprocamente, y que todos los esfuerzos del entendimiento no podran jamas conciliar. (1)

(1) Ciceron ha dicho: *Plura discrepantia vera esse non possunt*. De donde se vé que ningun racionio, ninguna revelacion, ni ningun milagro, pueden volver en falso lo que la experiencia demuestra como evidente, y que no hay mas que un trastorno cerebral que pueda hacer admisibles las contradicciones. Segun el célebre Wolff en su Ontologia, § 99: *impossibile est quod nullam in se repugnantiam habet, quod contradictione caret*. Con arreglo á esta definicion, la existencia de Dios debe parecer imposible, visto que hay contradi-

Sean cuales fuesen estas calidades ó inconciliables, ó totalmente incomprendibles que los teólogos asignan á un ser ya inconcebible por sí mismo, y de quien hacen el arquitecto del mundo, ¿que puede resultar para la especie humana, suponiendo que tenga inteligencia? ¿Una inteligencia universal, cuyas miras deben extenderse sobre todo cuanto existe, puede acaso tener unas conexiones directas é íntimas con el hombre, que no compone mas

cion en decir que un espíritu que no tiene extension, puede existir en ella, ó mover la materia que la tiene. Santo Tomas dice que *ens est quod non repugnat esse*. Admitido esto, un dios tal cual nos lo definen, no es mas que un ser imaginario, pues no puede existir en ninguna parte. Segun Biltonger, *de Deo, animá et mundo*, § 5 : *Essencia est primus rerum conceptus constitutivus vel quidditativus, cujus ope, cetera quæ de re aliquâ dicentur, demonstrari possunt*. En este caso, no se le podria preguntar, ¿si hay alguno que tenga una idea de la esencia divina? ¿Cual es el concepto que constituye Dios lo que es, y del que dimana la demostracion de todo cuanto se dice de él? Preguntemos á un teólogo, ¿si Dios puede cometer un crimen? Nos responderá que no, visto que el crimen repugna á la justicia, y que esta es de su esencia. Pero este mismo teólogo no vé que, suponiendo que Dios sea un espíritu puro, repugna tanto á su esencia el haber criado ó el mover la materia, como el cometer un crimen que repugna á la justicia.

que una porcion insensible del gran todo? ¿Es acaso para regocijar los insectos y las hormigas de su jardin, que el gran monarca del universo ha construido y hermoseado su habitacion? ¿Estaremos mas cerca de conocer sus proyectos, de adivinar su plan, de medir su sabiduría con nuestros débiles ojos, y podremos juzgar sus obras con nuestra corta vista? Los efectos buenos ó malos, favorables ó nocivos para nosotros mismos, y que nos imaginamos ser dimanados de todo su poder y de su providencia, ¿dejarán de ser unos efectos necesarios de su sabiduría, de su justicia, y de sus decretos eternos? ¿Podemos suponer en este caso que un dios tan sabio, tan justo y tan inteligente, cambiará su plan por nosotros? ¿ni que, vencido por nuestros homenajes serviles, y por complacernos, querrá reformar sus sentencias inmutables? ¿Quitará á los seres sus esencias y sus propiedades? ¿derogará con milagros las leyes eternas de una naturaleza, en las cuales se admiran su sabiduría y su bondad? ¿Hará en nuestro favor que el fuego cese de quemar, cuando nos acerquemos demasiado de él? ¿hará que la calentura ó la gota cesen de atormentarnos, cuando hayamos cogido los humores que causan estas enfermedades? ¿Impedirá que un edificio que amenaza ruina, ó que cae cuando

pasamos junto á él, no nos destruya? ¿Podrán nuestros vanos clamores, y las súplicas mas ferventes impedir el que nuestra patria sea desdichada, cuando un conquistador ambicioso la haya devastado, ó cuando sea gobernada por tiranos que la opriman?

Si esta inteligencia infinita está siempre obligada á dar un libre curso á los eventos que su sabiduria ha preparado; si no sucede nada en el mundo que no sea segun sus designios impenetrables, nada tenemos que perderla; seriamos unos insensatos en oponernos á ello, y hariamos una injuria á su prudencia si quisiesemos reglarla. El hombre no debe nunca alabarse de ser mas sabio que su dios, de poder estimularle á que cambie sus voluntades, ni determinarle á que tome otras vias, distintas de aquellas que ha elegido para ejecutar sus mismos decretos; porque un dios inteligente no puede haber tomado mas que las medidas mas justas, y los medios mas seguros para lograr su proyecto; pues que, si tuviese el poder de cambiar, no podria ser llamado sabio, inmutable ni pródigo. Si Dios pudiese suspender un instante las leyes que él mismo ha fijado, y pudiese mudar su plan, no habria previsto sin duda los motivos de esta suspension ó de su mudanza. Si no ha hecho el que estos motivos entrasen en su

plan, es porque no los ha previsto ; y si los ha previsto sin hacerlos entrar en él, es porque no ha podido. De suerte que de cualquier modo que se haga, las suplicas que los hombres dirigen á la divinidad, y los diferentes cultos que la dan, suponen siempre que estan en la creencia de que tienen que hacer con un ser muy poco sabio, poco preveido, que es capaz de cambiar, ó que, á pesar de todo su poder, no puede hacer lo que quiere, ó lo que convendria á los hombres, para quienes se pretende sin embargo que ha creado el universo.

Sobre unas nociones tan mal digeridas estan no obstante fundadas todas las religiones. En todas partes vemos el hombre arrodillado ante de un dios sabio , de quien quiere reglar la, conducta , detener las sentencias y reformar el plan ; en todas partes se le vé ocupado en querer ganarle con bajezas y con regalos , en vencer su justicia á fuerza de ruegos, de prácticas, de ceremonias y de expiaciones, que cree capaces de hacerle mudar de resolucion ; en todas partes el hombre supone que puede ofender á su criador y turbar su felicidad eterna ; en todas partes, enfin, se le vé prosternado delante de un dios todo poderoso, que se encuentra él mismo en la imposibilidad de hacer que sus criaturas sean tales cuales

deben ser para llenar sus miras divinas y sabias.

Todas las religiones del mundo, como se vé, no son fundadas mas que sobre unas contradicciones manifiestas, en las que los hombres tendran que caer siempre que desconozcan la naturaleza, y que atribuyan los bienes y los males que reciben de ella á una causa inteligente, distinguida por sí misma, y de la que no podran nunca formarse unas ideas verdaderas. El hombre se verá reducido, cómo se ha repetido muchas veces, á hacer otro hombre de su dios; pero como es un ser mudable, cuya inteligencia es limitada, de quien las pasiones varian, y que, colocado en unas circunstancias diversas, está con frecuencia en contradiccion consigo mismo aunque crea honrar á su dios con atribuirle sus propias calidades, no hace en ello mas que prestarle su inconstancia, sus debilidades y sus vicios. Los teólogos, ó los que han fabricado la divinidad, podran si quieren distinguir, sutilizar exâgerar sus pretendidas perfecciones, y hacerlas ininteligibles, mas no por esto dejará de ser siempre evidente que un ser que se irrita, y á quien se calma con ruegos, no es inmutable; que un ser á quien se ofende, no es ni todo poderoso, ni perfectamente dichoso; que un ser que no

impide el mal pudiéndolo, consiente en él; que un ser que permite el pecado, ha resuelto en sus decretos eternos que el pecado sería cometido; que un ser que castiga las faltas que ha permitido se cometan, es soberanamente injusto y desrazonable, y que un ser infinito que encierra unas calidades infinitamente contradictorias es un ser imposible, y no es mas que una ilusión.

Luego, que no se nos diga que la existencia de un dios es á lo menos un problema; un dios tal como la teología le pinta es totalmente imposible; todas las calidades que le atribuyan, y todas las perfecciones con que le adornan, se hallarán á cada paso desmentidas. En cuanto á las calidades abstractas y negativas con que le querrán condecorar, serán siempre ininteligibles, y no probarán mas que la inutilidad de los esfuerzos del entendimiento humano cuando quiere definirse los seres que no existen. Así que los hombres se creen muy interesados en conocer una cosa, trabajan sin cesar en hacerse una idea de ella; si encuentran obstáculos, ó bien imposibilidad de enterarse; si su ignorancia, ó el poco fruto de sus diligencias les dispone á la credulidad, entonces los impostores ó los entusiastas se aprovechan con destreza de estas circunstancias, para que las invenciones ó desvarios

que divulgan, pasen por verdades constantes, sin que ninguna duda sea tolerada. Este es el modo con que la ignorancia, la desesperacion, la pereza, y la ninguna costumbre de reflexionar, ponen el género humano en la dependencia de aquellos que estan encargados del cuidado de inventar misterios sobre unos objetos de que ellos mismos no tienen la menor idea. Así que se trata de la divinidad y de la religion, es decir, de los objetos sobre los cuales es imposible el que nada se comprenda, los hombres racionan de una manera del todo extraña, y son víctimas de unos razonamientos muy capciosos, porque se ven en la imposibilidad total de entender lo que se les dice, y se imaginan que los que lo hacen, conocen mejor que ellos las cosas de que se trata; no los engañan cuando dicen que *el partido mas seguro es el de creer lo que dicen*, de dejarse guiar por ellos, y el de cerrar los ojos; sobre todo si les amenazan con la cólera de la fantasma irritada, en caso que rehusen el conformarse á lo que se les predica; y este argumento cierra la boca al género humano, que, convencido por el, teme perceber las contradicciones palpables de la doctrina que le anuncian; sigue y se entrega ciegamente á sus guias, no dudando que estos no tengan unas ideas mucho mas claras de los

objetos maravillosos de que le hablan incessantemente, pero que su profesion les obliga á ocultar y meditar. El vulgo cree mas á los sacerdotes que á sí mismo, y en su concepto pasan por hombres divinos ó por semi-dioses. No vé en lo que adora mas que lo que estos dicen, y de todo ello resulta, para un hombre que piensa, que Dios no es mas que un ser razonable y una fantasma revestida de ealidades que los sacerdotes han juzgado convenientes atribuirle para redoblar la ignorancia, las incertidumbres y los temores de los mortales. Este es el motivo por que la autoridad de estos decide, sin apelacion, de la cosa que no es útil sino para á ellos mismos.

Si queremos retroceder hasta el origen de las cosas, hallaremos siempre que la ignorancia y el temor han creado los dioses, que la imaginacion, el entusiasmo y la impostura les han adornado ó desfigurado, que la debilidad les adora, la credulidad les nutre, la costumbre les respeta, y la tiranía les sostiene, con el afin de aprovecharse de la ceguedad de los hombres.

Se nos habla continuamente de las ventajas que nos resultan de la creencia en Dios. Pronto exâminaremos si estas son tan reales como se nos asegura ; en el interin solo es necesario saber, si la opinion de la exis-

tencia de un dios es un error ó una verdad. Si es un error, de ninguna utilidad puede ser para el género humano, y si es una verdad, debe ser susceptible de pruebas bastante claras para ser comprendidas por los hombres, para quienes esta verdad se supone ser muy necesaria y ventajosa ; por otra parte no la utilidad de una opinion hace que sea mas cierta y verdadera. Esto basta para responder al doctor Clarke, á la pregunta que hace de *¿ si no seria de desear el que existiese un ser bueno , sabio , justo é inteligente ? ¿ no seria apetecible su existencia para el género humano ?*. A esto le diremos 1º que el autor supuesto de una naturaleza en la que vemos por fuerza, y á cada instante, el desorden en igual del orden, la maldad en igual de la bondad , la injusticia por la justicia, y la locura por la sabiduría, no puede ser calificado de bueno, de sabio, de inteligente y de justo ; mas que de malo, de in-sentato y de perverso, á menos que no se supusiesen dos principios iguales en poder, en la naturaleza, de los cuales el uno destruyese incesantemente las obras del otro. Diremos 2º que el bien que nos puede resultar de una suposicion, no la hace ni mas cierta, ni mas probable : en efecto, ¿ á donde iriamos á parar, si porque una cosa nos es útil,

concluyesemos que existe realmente? Diremos 3º que todo cuanto se nos ha contado, hasta ahora, prueba que el ser que asocian á la naturaleza es imposible, y repugna ademas á todas las nociones comunes. Diremos que es imposible el creer sinceramente en su existencia de un ser de quien no tenemos ninguna idea real, y de la que ninguna podemos formar, sin que se destruya en el momento. ¿ Como hemos de creer en la existencia de un ser de quien nada podemos afirmar, y que no es mas que un conjunto de negaciones y privaciones de todo cuanto conocemos? En una palabra, ¿ es posible el creer firmemente en una existencia sobre la cual el entendimiento humano no puede sentar ningun juicio, sin que al momento no sea contradicho?

Pero, dirá el entusiasta, cuya alma es sensible á su goce, y cuya imaginacion enternecida tiene necesidad de crearse un objeto seductor á quien pueda dar gracias de sus pretendidos beneficios, ¿ — Porque quererme arrancar un dios que veo bajo el aspecto de un soberano lleno de sabiduria y de bondad? ¿ Que dulzura no hallaré yo figurándome que un monarca poderoso, inteligente y bueno, de quien soy el favorito, se ocupa de mi bien estar, cuida sin cesar de mi seguridad, provee á mis necesidades, y consiente que bajo

sus auspicios mande á la naturaleza entera? Creo verle derramar continuamente sus beneficios sobre el hombre; veo trabajar sin relaja su providencia para él, cubrir con ella en su favor la tierra de verdura, y los arboles de frutas deliciosas; puebla las florestas y las selvas de animales propios á nutrirle, suspende sobre su cabeza unos astros que le alumbran durante el dia, y guian sus pasos inciertos por la noche; extiende á su alrededor el azul del firmamento para regocijar su vista; adorna la pradera con inmensidad de flores, y riega su estancia con fuentes, con arroyuelos y con rios. ¡Ha! ¡dejadme dar gracias al autor de tantos beneficios! No me quiteis mi ilusion encantadora; que no encontraré otras tan dulces en una necesidad severa, en una materia ciega é inanimada, ni en una naturaleza privada de inteligencia y de sentimiento.

— ¿Porque, dirá el desafortunado, á quien su suerte rehusa con rigor los bienes que prodiga á tantos otros, porque arrebatarme un error que me es tan caro? ¿Porque destruirme un dios, cuya idea consolante consume el manantial de mis lágrimas, y sirve para calmar mis penas? ¿Porque privarme de un objeto que yo me represento como un padre compasivo y tierno que me pone en prueba en este mundo, en cuyos brazos me arrojo cuando

la naturaleza entera parece abandonarme ? Aunque se suponga que este dios no sea mas que una ilusion, los desdichados le necesitan, para poderse apartar de una horrorosa desesperacion. ¿No es ser inhumano, cruel, y, el querer hacerles infelices, queriendo el desengañarlos? ¿Un error útil no es preferible á unas verdades que privan el entendimiento de todo consuelo, y que no le enseñan ningun alivio para sus males ? —

No, diré yo á estos entusiastas, la verdad no puede nunca haceros desgraciados ; ella es la que verdaderamente consuela ; es un tesoro óculto que, mucho mejor que las fantasmas inventadas por el temor, puede asegurar los corazones, y darles el valor de soportar los fardos pesados de la vida : ella eleva el alma, la hace activa, y la procura los medios de resistir contra los ataques de la suerte, y combatir con suceso la fortuna enemiga. Les preguntaré tambien, ¿ sobre que fundan esta bondad que atribuyen tan locamente á su dios? Es este dios, les diré yo, ¿ es bienhechor para todos los hombres? Para un mortal que goza de la abundancia y de los favores de la fortuna, ¿ no hay millares que gimen en la necesidad y en la miseria? ¿ Aquellos que toman por modelo el orden, del que se supone á Dios autor, son los mas felices en este mundo ?

¿No se desmiente á menudo la bondad de este ser para con algunos individuos sus favoritos.

¿Estos mismos consuelos que la imaginacion busca en su seno que anuncian, sino unos infortunios acarreados por sus decretos? ¿No está la tierra cubierta de infelices, que parece que no han venido á ella mas que para sufrir, gemir y morir? ¿Esta providencia divina no se abandona al sueño durante estos contagios, estas pestes, estas guerras, estos desórdenes, y estas revoluciones físicas y morales de que la especie humana es continuamente la víctima? Esta tierra, cuya fecundidad se mira como un beneficio del cielo, ¿no es en mil parages árida é inexorable? ¿no produce el veneno al lado de las frutas mas suaves? Estos rios y estas mares que se creen ser hechos para regar nuestra morada y facilitar nuestro comercio, ¿no inundan freqüentemente nuestros campos, derrivan nuestras habitaciones, arrastran y se llevan los hombres y sus ganados, igualmente desdichados? Enfin, este dios que preside al universo, y que vela continuamente sobre sus criaturas, ¿no se entrega casi siempre á las cadenas de tantos soberanos inhumanos que se burlan de la desgracia de su vasallos, mientras que estos infelices se dirigen en vano al cielo para que este haga cesar las calamidades multiplicadas, visiblemente debidas a

una administracion insensata, y no á la cólera de los cielos?

El desdichado que busca su consuelo en los brazos de Dios, debería acordarse á lo menos, que es este mismo dios que, siendo el amo de todo, distribuye el bien y el mal; si se cree que la naturaleza está sometida á sus órdenes supremas, este dios es tan injusto, lleno de malicia, de imprudencia, y de sinrazon, como de bondad, de sabiduría y de equidad. Si el devoto menos prevenido y mas consecuente quisiese raciocinar un poco, se desconfiaría de un dios caprichoso que tantas veces le hace padecer; no iría á consolarse entre los brazos de su propio verdugo, á quien tiene la locura de tener por su amigo ó por su padre. En efecto, ¿no vemos en la naturaleza una mezcla continua de bienes y de males? El obstinarse en no ver en ella mas que el bien, sería tan insensato, como el no querer percibir mas que el mal. Vemos que la serenidad sobreplanta las tempestades; la enfermedad, la salud; la paz, la guerra; que la tierra produce en todo pais unas plantas para el alimento del hombre, y otras para destruirle. Cada individuo de la especie humana es una mezcla necesaria de buenas y de malas calidades; todas las nociones nos presentan el espectáculo variado de vicios y virtudes:

lo que regocija á un individuo causa un sumo dolor y tristeza á otros muchos, y no sucede ningun acontecimiento que no traiga ventajas para los unos, y desventajas para los otros. Los insectos hallan un asilo seguro en los escombros ó ruinas de un palacio, el que en su caída ha destruido y sepultado á muchos hombres. ¿No es para los cuervos, los animales feroces y para los gusanos que el conquistador parece que dá las batallas? ¿Los que se pretenden ser favoritos de la providencia, no mueren tambien y sirven de pasto á millares de insectos despreciables de quienes esta providencia se ocupa al parecer tanto como de ellos? El alcion, alegre con la tempestad, se divierte sobre las olas enfurecidas, mientras que el marinero, sobre los tristes restos de su navio destrozado por ellas, levanta sus manos trémulas hácia el cielo, implorando su clemencia. Vemos los seres empeñados en una guerra perpetua, viviendo los unos á expensas de los otros, y aprovechándose de los infortunios que les desolan y destruyen reciprocamente. Si miramos la naturaleza en su conjunto, veremos que nos presenta todos los seres expuestos alternativamente al placer y al dolor, naciendo para morir, y sugetos á unas vicisitudes continuas de las que ninguno de ellos está exento. El golpe de vista mas

superficial basta seguramente para desengañarnos de la idea que tenemos de que el hombre es la *causa final* de la creación, el objeto constante del trabajo de la naturaleza ó de su autor, á quien no se pueden atribuir, según el estado visible de las cosas y las revoluciones continuas de la raza humana, ni bondad, ni malicia, ni justicia, ni injusticia, ni inteligencia, ni sinrazón. En una palabra, considerando la naturaleza sin preocupaciones, hallaremos que todos los seres del universo son igualmente favorecidos, y que todo cuanto existe depende de unas leyes necesarias, de las que ningún ser puede exceptuarse.

De modo que, cuando se trata de un agente que vemos obrar tan diversamente, como la naturaleza ó su pretendido motor, es imposible el asignarle unas calidades que según sus obras son tan pronto ventajosas como nocivas á la especie humana, ó á lo menos cada hombre se verá obligado á juzgar de ello según la manera particular con que está afectado; y no habrá ninguna medida fija en los juicios que se puedan formar; los que hagamos serán siempre con arreglo á nuestro modo de ver y de sentir, y este depende de nuestro temperamento, de nuestra organización, y de nuestras circunstancias particulares, que no pueden ser las mismas para todos los individuos

de nuestra especie. De suerte que estos diferentes modos de ser afectados darán siempre á los retratos que los hombres se forman de la divinidad, los colores mas falsos, y por consiguiente estas ideas no pueden ser ni fijas ni seguras; las inducciones que de ello se saquen, no seran nunca firmes, constantes ni uniformes, y cada uno juzgará siempre segun él mismo, y no verá mas que él mismo, ó su propia situacion en su dios.

Admitido esto, los hombres contentos con un alma sensible y una imaginacion viva, se pintarán la divinidad bajo el aspecto mas hermoso; no creerán ver en la naturaleza entera, que sin cesar les causará unas sensaciones agradables, mas que unas pruebas señaladas de beneficencia y de bondad; en su extasis poético, se imaginarán percibir por todas partes las señales de una inteligencia perfecta, de una sabiduría infinita, y de una providencia tiernamente ocupada del bien estar del hombre; el amor propio, que se reunirá á su imaginacion exáltada, acabará de persuadirles que el universo no es hecho mas que para la raza humana, y desearán con ardor el besar con transporte la mano imaginaria de quien creen recibir tantos beneficios; agradecidos á sus favores, y gloriosos con el perfume de estas rosas, cuyas espinas no ven, porque su

delirio extático les impide el sentirlos, no creerán nunca pagar con bastante reconocimiento estos efectos necesarios, que ellos miran como pruebas indudables de la predilección divina. Transportados con estas preocupaciones, nuestros entusiastas no notarán los males ni los desórdenes de que el universo es el teatro; y si no pueden evitar el verlos, se persuadirán que, según las miras de una providencia bienhechora, estas calamidades son necesarias é indispensables para conducir los hombres á mayor felicidad. La confianza que han puesto en la divinidad, de quien se imaginan depender, les hace creer que el hombre no padece mas que por su bien, y que este ser fecundo en recursos, sabrá hacerle sacar un partido ventajoso é infinito de los males que experimenta en este mundo. Su entendimiento, preocupado de este modo, no vé desde entonces nada que no excite su admiración, su gratitud, y su confianza; los efectos mas naturales y necesarios les parecen unos milagros de beneficencia y de bondad; obstinados en ver inteligencia y sabiduría en todas partes, cierran los ojos sobre los desórdenes que podrian desmentir las calidades amiables que atribuyen al ser á quien su corazón se ha entregado; las mas crueles calamidades, y los acontecimientos mas afflictivos

para la raza humana, cesan de parecerles desórdenes, y no hacen mas que producirles nuevas pruebas de las perfecciones divinas: se persuaden que lo que les parece defectuoso ó imperfecto, no lo es mas que en apariencia, y admiran la sabiduría y la bondad de su dios, aun en los efectos mas terribles y mas propios para consternar.

A esta embriaguez amorosa, y á esta infatuacion ó preocupacion excesiva y extraña, se debe sin duda, el sistema de la *omnipotencia*, por el que unos entusiastas, provistos de una imaginacion románesca, parecen haber renunciado al testimonio de sus sentidos, para hallar que, aun para el hombre, *todo es bien* en una naturaleza donde el bien se halla constantemente acompañado del mal, y en donde unos entendimientos menos prevenidos y unas imaginaciones menos poéticas, juzgarían que todo es lo que puede ser; que el bien y el mal son igualmente necesarios, que salen de la naturaleza de las cosas, y no de una mano ficticia que, si existiese realmente, ó que operase todo lo que vemos, podría ser llamada mala con tanta razon, como la que hay en obstinarse de que sea llena de bondad. Ademas, que para poder justificar la providencia de los males, de los vicios y de los desórdenes que vemos en el todo que se supone ser su

obra, seria necesario conocer el objeto del todo. Es así que el todo no puede tener objeto; y si lo tuviese, como tambien una tendencia y una fin, dejaria de ser un todo.

No faltará quien diga que los desórdenes y los males que se ven en este mundo no son mas que relativos y aparentes, y que no prueban nada contra la sabiduría y la bondad divina. Pero ¿no se podrá replicar que los bienes tan decantados y el orden maravilloso sobre los cuales fundan la sabiduría y la bondad de Dios, no son tampoco mas que relativos y aparentes? ¿Si es unicamente nuestro modo de sentir y de coexistir con las causas que nos rodean, quien constituye para nosotros el orden de la naturaleza, y quien nos autoriza á atribuir á su autor sabiduría ó bondad, nuestro modo de sentir y de existir no nos debe autorizar á llamar desorden lo que nos es dañoso, y á graduar de imprudente ó malicioso el ser que suponemos ser quien pone la naturaleza en accion? En una palabra, lo que vemos en el mundo conspira á probarnos que todo es necesario, que nada se hace por casualidad, que todos los accidentes buenos ó malos, bien sean para nosotros ó bien para los seres de un orden diferente, son emanados de causas obrando segun unas leyes ciertas y determinadas, y que nada puede autorizarnos

á prestar ninguna de nuestras calidades humanas ni á la naturaleza, ni al motor que han querido darla.

En cuanto á aquellos que pretenden que la sabiduría suprema sabrá sacar los mayores bienes para nosotros, del seno mismo de males que permite que padezcamos en este mundo, les preguntaremos, ¿si son ellos mismos los confidentes de la divinidad, ó sobre que fundan sus lisongeras esperanzas? Me diran, sin duda, que juzgan de la conducta de Dios por analogía, y que, por las pruebas actuales de su sabiduría y de su bondad, tienen derecho de concluir en favor de su sabiduría y bondad futuras. A esto se les responderá que se fundan sobre unas suposiciones gratuitas; que la sabiduría y la bondad de su dios se desmienten tan frecüentemente en este mundo, que nada puede asegurarles que su conducta cese nunca de ser la misma con respeto á los hombres, que tan pronto experimentan en este mundo sus beneficios como sus desgracias. Si Dios, á pesar de toda su poderosa bondad, no ha podido ni querido hacer que sus muy caras criaturas sean dichosas en este mundo, ¿ que razon hay para creer que podrá ó que querrá hacerlo en el otro?

Luego este language no se funda sino sobre unas hipótesis ruinosas, que no tienen por

base mas que la imaginacion prevenida, y significa que unos hombres persuadidos una vez, aunque sin motivos y sin causa, de la bondad de su dios, no pueden figurarse que consienta en que sus criaturas sean constantemente desgraciadas. Por otra parte, ¿que bien real y conocido, vemos resultar para el género humano de estas esterilidades, de estas hambres, de estos contagios, y de estos combates que hacen perecer millones de hombres, y que continuamente despueblan y asolan el mundo en que estamos? ¿Hay alguno que sea capaz de adivinar las ventajas que resultan de todos los males que nos sitian por todas partes? ¿No vemos todos los dias unos seres, dedicados al infortunio desde el seno de sus madres hasta el sepulcro, hallar apenas tiempo para respirar, y vivir siendo los juguetes constantes de la afliccion, del dolor y de la adversidad? ¿Como ó cuando este dios tan bueno sacará un bien de los males que les ha hecho sufrir?

Todos los sistemáticos de la omnipotencia mas entusiasmados, y aun los idolatras ó deistas, y los partidarios de la *religion natural* (que no es nada menos que *natural*, ó fundada sobre la razon), se ven como los supersticiosos mas crédulos, forzados á recurrir al sistema de la otra vida para disculpar á la divinidad de los

males que hace sufrir en esta, aun á aquellos que se suponen ser los mas agradables á sus ojos. Por tanto, partiendo de la idea que Dios es bueno y lleno de bondad, no se puede menos de admitir una progresion larga de hipótesis que no tienen, así como la existencia de este dios, mas que la imaginacion por base y cuya sutileza hemos demostrado. Es preciso recurrir al dogma tan poco probable de la vida futura y de la inmortalidad del alma para justificar la divinidad; y lo es tambien el decir que, por no haber podido ó querido hacer que el hombre sea feliz en este mundo, le procurará una dicha inalterable cuando ya no exista, ó cuando no tenga los órganos con la ayuda de los cuales puede gozar ahora.

Pero todas estas hipótesis maravillosas son insuficientes por sí mismas, para justificar la divinidad de sus maldades ó de sus injusticias pasajeras. Si Dios ha podido ser injusto ó cruel por un momento, ha degenerado, á lo menos en este instante, de sus perfecciones divinas; luego no es inmutable, pues que su bondad y su justicia se desmienten por un tiempo: y en este caso, ¿quien puede asegurarnos que estas, en las que se tiene confianza, no se desmientan igualmente en la vida futura, inventada para disculpar á Dios de los extravios que se permite tener en este mundo?

¿Que dios es este que se vé forzado perpetuamente á derogar de sus principios, y que se halla en la impotencia de hacer la dicha de aquellos que tanto ama, solo con no hacerles mal injustamente durante su morada sobre la tierra? Para justificar pues la divinidad será menester aun acudir á otras hipótesis; suponer que el hombre puede ofender á su dios, turbar el orden del universo, ser nocivo á la felicidad de un ser soberanamente dichoso, y trastornar los designios del ser todo poderoso. Será preciso, para conciliar las cosas, tener recurso al sistema de la libertad del hombre. (1) En fin, á cada paso se hallará la forzosa necesidad de admitir las ideas mas improbables, mas contradictorias y mas falsas, fundándose sobre el principio de que el universo está gobernado por una inteligencia llena de sabiduría, de justicia y de bondad; lo que basta para conducirnos insensiblemente á cometer los absurdos mas groseros.

Admitido esto, todos aquellos que hablan

(1) ¿Hay nada que sea mas inconsecuente que las ideas de algunos sistemáticos que creen en la existencia de Dios, que niegan la libertad del hombre, y que no obstante se obstinan en hablar de un dios vengador y remunerador? ¿Pues como un dios, siendo justo, puede castigar unas acciones necesarias?

de la bondad, de la sabiduría y de la inteligencia divina; que nos las demuestran en las obras de la naturaleza, y que nos dan estas mismas obras como pruebas inconstestables de la existencia de un dios ó de un agente perfecto, son unos hombres prevenidos ó alucinados por su propia imaginacion, que no ven mas que un rincon del cuadro del universo. Embriagados con la fantasma que su entendimiento se ha formado, se parecen á los amantes que no notan ningun defecto en el objeto de ternura; se ocultan, se disimulan, se justifican sus vicios y deformidades, y acaban por lo regular por tomarlos por perfecciones.

En esto se vé que las pruebas de la existencia de una inteligencia soberana, sacada del orden, de la belleza y de la armonía del universo, no son nunca mas que ideales, y que no tienen fuerza sino para aquellos que son organizados y constituidos de una manera particular, ó en quienes la imaginacion risueña es propia á criar ilusiones agradables que hermocean á discrecion. Sin embargo, estas ilusiones deben disiparse muchas veces aun para ellos mismos; porque, así que su propia máquina se llega á trastornar, el espectáculo de la naturaleza, que en ciertas circunstancias les ha parecido tan seductor y tan hermoso, debe entonces ser reemplazado por el desorden y la

confusion. El hombre de un temperamento melancólico, exâsperado por las desgracias ó las enfermedades, no puede ver á la naturaleza ni á su autor, con el agrado que el hombre sano que tiene un humor alegre, y que está contento con todo. El que está apesadumbrado y privado de felicidad, no puede hallar en ella mas que desorden, deformidad y motivos para afligirse; no vé el universo sino como el teatro de la malicia ó de las venganzas de un tirano irritado; no puede amar sinceramente este ser malhechor; le aborrece al contrario en el acto mismo de rendirle los homenajes mas serviles; adora temblando un monarca detestable, cuya idea no produce en su alma mas que los sentimientos de la desconfianza, del temor y de la pusilanimidad; en una palabra, se vuelve supersticioso, crédulo, y muchas veces cruel, con el ejemplo del amo á quien se cree obligado á servir é imitar.

En consecuencia de estas ideas, que nacen de un temperamento desdichado y de un humor enfático, los supersticiosos se ven continuamente infestados de terrores, de desconfianzas y de alarmas. La naturaleza no puede tener atractivos para ellos; no toman ninguna parte en sus escenas risueñas; no miran este mundo, tan maravilloso y tan hermoso para el entusiasta contento, mas que como un

valle de lagrimas, en el cual un dios vengativo y envidioso les ha colocado solo, para expiar los crímenes cometidos por ellos mismos ó por sus padres, para ser aquí bajo las víctimas y los juguetes de su despótismo, y para sufrir unas pruebas continuas y desagradables, al fin de llegar despues para siempre á una nueva existencia, en la que serán dichosos ó desdichados, segun la conducta que hayan observado para con este dios antojadizo que tiene su suerte en su manos.

Estas ideas sombrías son las que han dado á luz sobre la tierra todos los cultos, todas las locas y crueles supersticiones, todas las prácticas insensatas, todos los sistemas absurdos, todas las nociones y opiniones extravagantes, todos los misterios, los dogmas, las ceremonias, los ritos, y en una palabra, todas las religiones. Ellas han sido y serán siempre los manantiales eternos de las alarmas, de la discordia y del delirio, para los fanáticos repletos de bilis ó transportados del furor divino; que su humor atrabilario dispone á la maldad, que su imaginacion descarriada dispone al fanatismo, y que su ignorancia prepara á la credulidad, y somete ciegamente á sus sacerdotes. Estos, por sus propios intereses, se servirán frecuentemente de su dios feroz para excitarles á los

crímenes é inducirles á quitar á los demas el reposo de que se ven privados ellos mismos.

La diferencia que vemos entre el entusiasta, el devoto y el supersticioso, no debe buscarse mas que en la diversidad de los temperamentos y de las pasiones. Todos ellos son unos insensatos, y las víctimas de su imaginacion : los unos, en sus transportes amorosos, no ven á Dios mas que del lado favorable, y los otros todo al contrario. Siempre que nuestros razonamientos tengan por base una suposicion falsa, las conclusiones no pueden menos de ser erroneas ; una vez olvidados de la experiencia , la naturaleza y la razon , nos es imposible poner limites á la imaginacion. Es verdad que las ideas del entusiasta dichoso , serán siempre menos peligrosas para él mismo y para los demas, que las del supersticioso, que su temperamento hará cruel y cobarde. No obstante, tanto el dios del uno como el del otro son unas meras ilusiones. Las del primero son producidas por unos sueños agradables, y las del segundo por un dañoso transporte del cerebro.

Del sistema del dios único al de la supersticion no hay mas que un paso. la menor revolucion en nuestra máquina, una ligera enfermedad ó una afliccion imprevista, bastan para

alterar los humores, para viciar el temperamento, y trastornar el sistema de opiniones del devoto. Si esto sucede, la idea de su dios se desfigurará; el orden de la naturaleza le parecerá trastornado, y su melancolía le echará poco á poco en la supersticion, la pusilanimidad, y todos los extravios que producen el fanatismo y la credulidad.

Como la divinidad no existe mas que en la imaginacion de los hombres, no puede menos de ser parecida al caracter de cada uno; tendrá sus pasiones, seguirá con constancia las revoluciones de su máquina; será alegre ó triste, favorable ó dañosa, amiga ó enemiga, salvaje ó sociable, humana ó cruel, segun la disposicion en que se hallará el que la tiene impresa en su cerebro. Un mortal que cambia de repente de la felicidad á la miseria, de la salud á la enfermedad, y de la alegría á la afliccion, no puede conservar la idea del mismo dios. ¿Que especie de dios puede ser aquel, que depende á cada momento de las variaciones que unas causas naturales hacen sufrir á los hombres? ; Raro dios, sin duda, es aquel, que no consiste mas que en el mayor ó menor calor de nuestra sangre!

No se puede negar que un dios constantemente bueno, lléno de sabiduría, adornado con las calidades amables y favorables para el

hombre, no sea una ilusion mas seducto a que el dios del fanático y del supersticioso; pero no por esto deja de ser una ilusion, que llegará á ser peligrosa cuando los especuladores que se ocupen de ella, cambien de circunstancias ó de temperamento. Estos, mirándole como el autor de todas las cosas, verán á su dios cambiar, y se verán forzados á considerarle á lo menos como un ser lleno de contradicciones sobre quien no se puede contar con seguridad; entonces la incertidumbre y el temor se apoderarán de su entendimiento, y este dios, que á lo pronto veian tan hermoso, se volverá para ellos un objeto de terror, capaz de sumergirlos en la mas sombría supersticion, de la que parecian estar muy lejanos anteriormente.

Por tanto, la pretendida religion natural no puede tener unos principios seguros, y los que la profesan deben necesariamente variar en sus opiniones sobre la divinidad y sobre la conducta que de ella emana. Su sistema, fundado en su origen sobre un dios sabio é inteligente, cuya bondad no puede jamas desmentirse, se convierte desde que las circunstancias llegan á cambiar, en fanatismo y en supersticion. Este sistema, meditado sucesivamente por entusiastas de diferentes caracteres, debe experimentar continuas variaciones, y separarse muy prontamente de su pretendida sim-

plicidad primitiva. La mayor parte de los filósofos han querido substituir el teísmo á la supersticion; pero no se han hecho cargo de que aquel existia para corromperse y degenerarse. En efecto, varios ejemplos nos prueban esta funesta verdad; pues que en todas partes se ha corrompido, y ha formado poco á poco las supersticiones y las sectas extravagantes y dañosas de las que el género humano está infestado. Luego, si el hombre consiente en reconocer fuera de la naturaleza unas potencias invisibles, sobre las cuales nunca su entendimiento inquieto podrá fijar invariablemente sus ideas, y que solo su imaginacion podrá pintarle; si no se atreve á consultar la razon relativamente á estas potencias imaginarias, será indispensable el que este primer paso le descarrie, y que su conducta y sus opiniones lleguen á ser á la larga perfectamente absurdas. (1)

(1) La religion de *Abraham* fué al parecer en su origen un *teísmo* imaginado para reformar la supersticion de los Caldeos, y corrompida luego por *Moises*, el que se sirvió de ella para formar la supersticion judáica. *Socrates* fué un *idolatra*, que, como *Abraham*, creia en las inspiraciones divinas. Su discipulo *Platon* adornó el sistema de su maestro con los colores místicos que sacó de los sacerdotes egipcios y caldeos, y que modi-

Llamanse Deistas entre nosotros los que, desengañados de las supersticiones groseras de que las nociones vulgares estan llenas, se contentan con no tener mas que una nocion vaga de la divinidad, que consideran como un agente desconocido, dotado de inteligencia, de sabiduria, de poder y de bondad, en una palabra, llena de perfecciones infinitas. Segun ellos, este ser es distinto de la naturaleza, y

ficó él mismo en su cerebro poético. Los discipulos de Platon, *Procrus*, *Jamblique*, *Plotin*, *Porphyre*, etc. fueron unos verdaderos fanáticos, entregados á la mas grosera supersticion. En fin, los primeros doctores cristianos fueron los platonicos, quienes combinaron la supersticion judáica, reformada por los apóstoles ó por *Jesus*, con el platónismo. Muchos han mirado á *Jesus* como un verdadero *teísta*, cuya religion ha sido poco á poco corrompida. En efecto, en los libros en que encierran la ley que se le atribuye, no se trata ni de culto ni de sacerdotes, ni de sacrificios ni de ofrendas, ni de la mayor parte de los dogmas del cristianismo actual, que se ha hecho la mas nociva de todas las supersticiones de la tierra. Al tiempo mismo en que *Mahomet* combatia el politeismo de su pays, todo su anhelo fué el de conducir los Arabes al teismo primitivo de *Abraham* y de su hijo *Ismael*, y con todo esto el mahometismo se ha dividido en setenta y dos sectas. Todo esto nos prueba que hay siempre en el teismo una mezcla de mas ó de menos fanatismo, que acaba temprano ó tarde por causar grandes estragos.

fundan su existencia sobre el orden y hermosura del universo. Prevenidos en favor de su providencia bienhechora, se obstinan en no ver los males, que deberian todos ser atribuidos á este agente universal, pues que no se vale de su poder para impedirlos. Llenos de estas ideas, de que ya hemos demostrado el poco fundamento, ¿que extraño es que no esten nunca acordes en sus sistemas, ni por consiguiente en las consecuencias que de ellos sacan? Unos dicen, que este ser imaginario se ha retirado á la profundidad de su esencia, despues de haber sacado la materia de la nada, y haberla abandonado para siempre al movimiento que le fué impreso en un principio. Toda la necesidad que tienen de Dios es para crear la naturaleza; hecho esto, todo lo que pasa en el mundo es la mera consecuencia de su impulso primitivo: su voluntad quisó que el mundo fuese hecho; pero demasiado grande para poderse ocupar de los detalles de él, le abandonó á la administracion de las causas segundas ó naturales. Desde entonces vive en una perfecta indiferencia de sus criaturas, que no tienen ninguna relacion con él, y que no son capaces de turbar de ningun modo su tranquilidad. Esto nos prueba que los Deistas menos supersticiosos hacen de su dios un ser enteramente inutil; pero como tienen

necesidad de una palabra cualquiera para designar la causa primera, ó la fuerza desconocida á la que, por no conocer la energía de la naturaleza, creen deber atribuir su formación primitiva, ó bien el arreglo de una materia coeterna con Dios, se sirven de esta en vez de otra.

Otros Deístas cuya imaginación tiene mas vivacidad, admiten unas relaciones mas intimas entre el agente universal y la especie humana; cada cual, segun la fecundidad de su ingenio, aumenta ó disminuye sus relaciones, supone al hombre nuevos deberes para con su criador, y cree que para agradarle debe imitar su imaginaria bondad, y hacer como él, el bien de sus criaturas. Algunos se imaginan que este dios, no pudiendo menos de ser justo, reserva recompensas á los que hacen bien, y castigos á los que hacen mal á sus semejantes. Lo que nos demuestra que estos últimos humanizan un poco mas que los primeros su divinidad, haciéndola semejante á un príncipe humano, que castiga ó recompensa sus vasallos segun la fidelidad con que obedecen sus órdenes, y siguen sus leyes; porque no pueden contentarse con un Dios inactivo, y necesitan de un dios mas proximo, ó á lo menos que pueda servirles para explicar algunos de los enigmas que este mundo nos presenta.

Como cada uno de estos especuladores, que para distinguirlos de los primeros llamaremos *Teistas*, se hace una religion particular, es imposible el que esten acordes sobre sus opiniones; una infinidad de puntos diferentes, y algunas veces imperceptibles los dividen, de modo que, desde el mas simple Deista hasta el supersticioso mas acalorado, cada cual se hace una religion diferente, y por consiguiente no pueden nunca estar acordes en sus opiniones. (1)

No debemos pues extrañar que el dios del Deista sea inutil, y el del Teista esté lleno de contradicciones: uno y otro admiten un ser puramente imaginario; si le hacen material le igualan á la naturaleza, y si espiritual, no pueden tener ninguna idea real de él; si le atribuyen algunas calidades morales, le hacen un mero hombre; solo si le aumentan sus perfecciones, que le desmienten á cada mo-

(1) Es facil ver que los escritos de los Teistas y Deistas son tan contradictorios como los de los teólogos; sus sistemas estan generalmente llenos de inconsecuencias. Los unos dicen que todo es necesario, niegan la espiritualidad del alma y la libertad del hombre. Debriamos preguntarles, en este caso, ¿para que les sirve su dios? Lo cierto es, que tienen necesidad de alguna palabra para explicar mal ó bien su idea. Son pocos los

mento, porque le suponen autor de todas las cosas. Así es que desde que el género humano siente algunas desgracias, se vé obligado á confesar que este dios es ó impotente, ó que obra de un modo contrario á su bondad, y por consiguiente reniega de él y se burla de sus decretos. No obstante, los que suponen que hay un dios justo, deben suponer algunos deberes y reglas emanadas de este ser, que no puede ser ofendido, si no se conocen sus voluntades. De modo que el Teísta, para poderse explicar la conducta de su dios, tendrá que admitir todas las ilusiones teológicas, sin exceptuar las absurdas fábulas que fueron imaginadas para dar razon de la extraordinaria economía de este ser tan bueno, tan sabio, y tan lleno de equidad. Será pues preciso ir, de

hombres que se atreven á ser consecuentes; pero, si preguntamos á los deicolos de cualquiera denominacion que sean, ¿ si pueden tener alguna idea fija, permanente, invariable, siempre compatible con la naturaleza de las cosas, del ser que denominan *dios*? tendrán que respondernos que desde que salen de los límites de la naturaleza, no se entienden á si mismos. La repugnancia con que la mayor parte de los hombres miran el ateísmo es muy parecida al horror que nos causa la nada. Todos tienen que creer algo; su entendimiento no puede estar suspenso, y con tal que se les permita creer, creerán todo lo que se quiera.

suposicion en suposicion, hasta el pecado de Adan, la caida de los angeles rebeldes, el crimen de Prometeo, ó la caja de Pandoro, para poder saber como el mal se introdujó en el mundo, que antes estaba sometido á una inteligencia bienhechora. Será preciso admitir la libertad del hombre; darle el poder de ofender á su dios, provocar su colera, conmover sus pasiones, y calmarle despues, á fuerza de homenages y expiaciones supersticiosas. Si suponemos que la naturaleza está sometida á un agente óculto, dotado de calidades ócultas, obrando de un modo misterioso, ¿porque no supondriamos tambien que las ceremonias, los movimientos del cuerpo, las palabras, los ritos, los templos y las estatuas, tienen tambien sus virtudes secretas, capaces de conciliarse la buena voluntad del ser misterioso que se adora? ¿Porque no creeríamos en las fuerzas ócultas, en la mágica, los encantos, y los talismanes? ¿Porque no creer en las inspiraciones, los sueños, las visiones, los presagios y agüeros? ¿Quien sabe si la fuerza motriz del universo no se ha servido, para manifestarse á los hombres, de unos medios impenetrables, y de metamórfosis, encarnaciones, y transubstanciaciones? ¿Acaso estas ilusiones serian contradictorias á las nociones absurdas que los hombres tienen de la divinidad? To-

das estas cosas y virtudes no son seguramente mas increíbles que las ideas del teísmo, que supone que un dios inconcebible, invisible, inmaterial, ha podido crear y puede mover la materia; que un dios privado de órganos puede tener inteligencia, pensar como los hombres, y tener las mismas calidades morales; que un dios inteligente y sabio puede consentir en el desorden; que un dios inmutable y justo puede sufrir que la inocencia sea oprimida aunque por poco tiempo. Cuando se admite un ser tan contradictorio, y tan opuesto al buen sentido, nada puede ofender nuestra razón. El hombre que es capaz de suponer un dios semejante, es capaz de suponer y creer todo lo que se le presente. Si se creen algunas relaciones entre el hombre y su dios, no hay duda que se le deben de erigir altares, hacerle sacrificios y regalos, y rogarle continuamente. ¿Si no se puede concebir de ningún modo este ser, que remedio hay, sino seguir los preceptos de sus ministros, que por su deber deben conocerle mejor? En fin todo lo que nos dicen los curas debe de ser creído, pues que ellos solos tienen el derecho de dirigir los medios de que nos debemos servir para agradarle y conocerle.

Es evidente que los Deístas no tienen derecho alguno para separarse de los supers-

ticiosos, que no difieren en nada de ellos. Efectivamente es difícil el decidir con precisión la verdadera dosis de ilusiones que debemos admitir. Si los Deístas rehusan el seguir los pasos de los supersticiosos, no por esto dejan de ser tan inconsecuentes ó mas que estos, pues ademas de admitir una divinidad absurda y contradictoria, adoptan tambien los medios ridículos que se creen necesarios para hacerla favorable. Los primeros tienen por base una suposición falsa, pero no admiten sus consecuencias; los segundos admiten unas y otras. (1) Un dios

(1) Un filósofo muy profundo decia que el deísmo estaba sujeto á tantas especies de heresia como la religion. Si hay un dios, es decir, un ser de quien no tenemos ninguna idea, que tiene algunas relaciones con nosotros, ¿porqué no lo hemos de adorar? Pero, ¿como lo hemos de hacer? Lo mas seguro será seguir el culto de nuestros padres y de nuestros curas. Si este culto es absurdo, ¿como no nos han de permitir el exáminarle? El partido mas seguro será el de conformarnos con él; en todo caso, no tenemos mas que decir que una causa desconocida puede obrar de un modo impenetrable sobre nosotros; que las miras de Dios son como *unos abismos insondables*, y que el modo mas cuerdo de obrar será el de creer nuestros guias infalibles, etc., lo que nos enseña que el teísmo puede conducir á todo. ¿Que es el fanatismo mas que una pasión por un ser ima-

que no existe mas que en la imaginacion, exige un mundo imaginario: ni lo verdadero ni lo falso admiten mas que un grado. Si Dios existe, es preciso creer todo lo que de él dicen sus ministros, porque no hay nada que sea mas imposible que la misma divinidad. ¿Hay cosa menos verosimil que la de la creacion, ó la educion de la nada? ¿Hay algo mas dificil de comprehender que un dios que no se puede concebir, y que no obstante tenemos que admitir? ¿Como se ha de poder concebir un obrero todo-poderoso que no produce mas que para destruir? ¿De que sirve el asociar á la naturaleza un

ginario? El teismo es para la supersticion lo que el protestantismo ha sido para la religion católica. Si se admite el dios teológico, todo se puede admitir. Los protestantes han sido tan intolerantes como todos los demas sectarios. Dios es de temer unicamente porque sus intereses turban la sociedad. Es preciso confesar que la religion natural es mejor que la supersticion; pero, solo una libertad de conciencia ilimitada puede asegurarnos nuestro reposo. Ninguna opinion seria dañosa, si no fuese porque sus sectarios se creen obligados á perseguir á los demas, y que muchas veces lo hacen por que no piensan como ellos. Esta es la preocupacion que debemos aniquilar, y si no podemos vencerla, á lo menos los soberanos deberian prohibir el que sus vasallos se persiguiesen por opiniones religiosas.

agente que no puede explicar ninguno de sus fenómenos?

Concluamos pues que el supersticioso mas crédulo es mas consecuente que el que admite un dios sin querer admitir ningun sistema ni culto. Si se adopta un principio opuesto á la razon, ¿que derecho tenemos para apelar á ella, contra las consecuencias de este principio, por absurdas que sean?

No se puede repetir demasiado que, así que el entendimiento humano sale de los límites de la naturaleza visible, no puede menos de perderse en un caos inconcebible. Si se olvida de la energía de la naturaleza, y tiene que admitir por fuerza un dios, no le queda otro remedio mas que el de hacerle semejante á sí mismo. Cree hacer una divinidad, haciéndole un hombre, y digno de ser el soberano del mundo, exagerando sus propias calidades, en igual que á fuerza de denegar y exagerar, le hace enteramente imposible. Cuando cesa de entenderse á sí mismo, á fuerza de inventar ficciones, se figura que ha formado un dios, mientras que no ha hecho mas que un ser imaginario. Una providencia revestida de calidades morales no puede haber tenido por modelo sino á un hombre; un dios revestido de los atributos teológicos no tiene modelo alguno, y

por consiguiente no puede existir para nosotros. De la combinacion ridícula y disparatada de dos seres tan diversos, ¿que puede resultar mas que una mera ilusion, con la cual nuestro entendimiento no puede tener relacion alguna, y de la que es inútil el que nos ocupemos?

Ademas que, si bien lo consideramos, ¿que podemos esperar de un dios semejante? ¿Que le podemos pedir? Si es efectivamente espiritual, ¿como ha de poder mover la materia y armarla contra nosotros? ¿Si es él el que establece las leyes de la naturaleza; si es él el que dá á los seres sus esencias y sus propiedades; enfin, si todo cuanto se hace es la consecuencia y el fruto de su providencia infinita y de su sabiduría profunda, de que nos sirve el rogarle? ¿Podemos rogarle que cambie el curso invariable de las cosas? ¿Podria él, aunque lo quisiese, cambiar sus decretos inmutables? ¿Podemos exigir que, por agradarnos, haga que los hombres obren de un modo opuesto á su misma esencia? ¿Como puede impedir el que un cuerpo duro no haga daño, cuando en su caída encuentra con un cuerpo débil como el de la máquina humana? No pidamos pues ningun milagro á este dios, sea quien quiera; á pesar de todo su poder, su inmutabilidad impediria el que

lo hiciese; su bondad se opondria al ejercicio de su justicia severa, y su inteligencia se opondria á los cambios que podria querer hacer en su plan. Todo esto nos prueba que la teología, á fuerza de atributos discordantes, hace de su dios un ser inmovil, inutil para el hombre, é incapaz de hacer los milagros que se le piden.

A esto nos diran tal vez que, por su ciencia infinita, el criador de todas las cosas conoce en los seres de nuestra especie una infinidad de recursos que nuestra imbecilidad nos impide el ver, y con los cuales, sin turbar en ningun modo el orden de las cosas, ni las leyes que el mismo ha establecido, puede producir unos efectos naturales para él, pero que nos parecen á nosotros milagrosos. Pero á esto responderé que todo lo que es conforme á la naturaleza de las cosas no puede ser llamado ni sobrenatural ni milagroso. No se puede negar, que hay muchas cosas en este mundo que nos parecen sobrenaturales, y no son mas que muy sencillas; mas si esto es así, ¿porque no las atribuimos á la naturaleza, y no á un ser que no puede menos de sernos desconocido? La palabra *milagro* significa un efecto que no atribuimos á la naturaleza porque no la conocemos; á lo que se puede añadir, que lo que los teólogos entienden por milagro, no

es una operacion extraordinaria de la naturaleza, sino aun efecto enteramente opuesto á las leyes mismas que Dios la ha prescrito (1).

Por otra parte, si Dios en las obras que nos parecen extraordinarias, ó que no podemos entender, no hace mas que poner en movimiento unos resortes que nos son desconocidos, nada hay en toda la naturaleza, que no deba igualmente ser un milagro, pues que hasta la simple caida de una piedra es un enigma tan inconceivable como el movimiento de nuestro globo. Enfin, si cuando el todo poderoso hace un milagro, no hace mas que aprovecharse de los conocimientos que tiene, es claro que es lo mismo, que aquellos hombres que, ó mas finos ó menos ignorantes que los demas, asombran el vulgo con sus juegos y secretos maravillosos. El querer explicar los fenómenos de la naturaleza con la palabra milagro, es confesar claramente que ignoramos las verdaderas causas de ellos; el atribuirlos á un dios, es como si creyeseamos en la magia. El atribuir á un ser infinitamente inteligente, previsto y sabio, unos milagros que no sirven

(1) Un milagro, dice Buddeo, es una operacion que suspende las leyes de la naturaleza, de que dependen el orden y la conservacion del universo.

Véase *Tratado del Ateismo*, p. 140.

mas que para turbar el orden de la naturaleza, es negar en él estas calidades. Un dios todo-poderoso no tiene necesidad de ningun milagro para convencer sus criaturas, cuyos corazones estan todos en sus manos. Los milagros de que todas las religiones hablan, no prueban mas que su inconstancia, y la imposibilidad en que se encuentra de inculcar sus deseos en sus corazones.

Enfin se me dirá que vale mucho mas el depender de un ser bueno, sabio é inteligente, que de una naturaleza ciega, que no tiene ninguna calidad consolante, solo sí una necesidad fatal é inexorable. A esto respondo : 1^o Que nuestro interes no decide de la realidad de las cosas, y que aun cuando nos fuese mas ventajoso el depender de un ser misericordioso, como nos le representan, esto no probaria que este ser existiese. 2^o Que este ser tan sabio no es representado casi siempre como un tirano implacable, y que seria mucho mas ventajoso para el hombre el depender de una naturaleza ciega, que de un ser cuyas buenas calidades se ven á cada momento desmentidas por la misma teología que se las habia dado. 3^o Que la naturaleza bien estudiada nos procura todo cuanto necesitamos para hacernos tan dichosos como nuestra esencia puede exigir. Cuando, acompañados de la experiencia,

consultamós esta naturaleza, al instante descubrimos nuestros deberes, es decir los medios indispensables de que depende nuestra conservacion, nuestra felicidad, y la de la sociedad en general, de que necesitamos para ser felices. Ella nos procura los medios de satisfacer nuestras necesidades físicas, como tambien los deberes, de que necesitamos para ser dichosos. Fuera de ella, nada encontramos mas que unas ilusiones dañosas para nosotros mismos y para aquellos con quien vivimos en sociedad. Luego la naturaleza no es una madrastra, y no dependemos de un destino inexorable. Dirijámonos á ella, que nos procurará una infinidad de bienes, con tal que la demos los honores que la son debidos; cuando la consultemos, halleremos un remedio seguro para nuestros males físicos y morales: solo nos abandona ó nos castiga cuando la dejamos, para erigir altares á unos ídolos á quien atribuimos el poder que pertenece á ella sola. La incertidumbre, la discordia, la ceguedad y el delirio, son los castigos que emplea contra los que la substituyen un dios funesto.

Y aun cuando supusiesemos que la naturaleza es inerte, inanimada y ciega, ó que supongamos que la casualidad sea el dios del universo, ¿cuanto mas valdria el depender de una nada absoluta, que de un dios que debe-

mos conocer, que no obstante no conocemos, y que cuando tratamos de conocer, tenemos que atribuirle las calidades mas contradictorias, mas desagradables, y mas dañosas para el reposo de los humanos? ¿No valdria mas el depender del destino ó de la fatalidad, que de una inteligencia bastante cruel para castigar á sus criaturas por la debilidad de las leyes que ella misma les ha dado? ¿No vale mas echarse en los brazos de la naturaleza privada de sabiduría y de miras, que temblar toda nuestra vida bajo los caprichos de una inteligencia toda-poderosa, que no ha combinado sus sublimes planes mas que para que los mortales tengan la libertad de contrariarlos y destruirlos, lo que les constituye para siempre las víctimas de su cólera eterna? (1).

(1) Mylord Shaftsbury, aunque muy teista, dice con razon « que muchos hombres de bien estarian muy tranquilos si no tuviesen otro guia mas que el de un destino ciego. Mas tiemblan al pensar que hay un dios, que si se imaginasen que no hay ninguno. » Véase la carta sobre *el entusiasmo*. Véase tambien el capítulo XIII.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN EL
TOMO TERCERO.

PARTE SEGUNDA.

	Pag.
CAP. I. <i>Origen de nuestras ideas sobre la divinidad.</i>	1
CAP. II. <i>De la mitología y teología.</i>	33
CAP. III. <i>De la confusión y contradicción de las ideas teológicas.</i>	72
CAP. IV. <i>Exámen de las pruebas de la existencia de Dios dadas por Clarke.</i>	112
CAP. V. <i>Exámen de las pruebas de la existencia de Dios dadas por Descartes, Malebranche, Newton, etc.</i>	172
CAP. VI. <i>De las ideas naturales de la divinidad.</i>	202
CAP. VII. <i>De la idolatría, ó del deísmo. De la omnipotencia, y de las causas finales.</i>	129

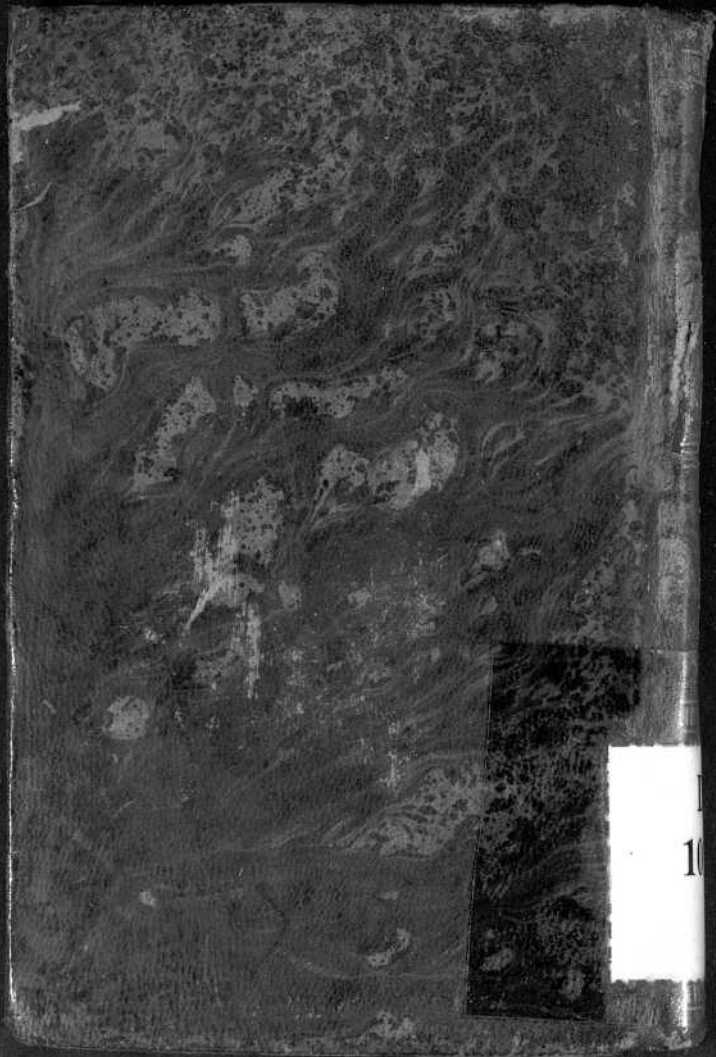
FIN DEL INDICE DEL TOMO TERCERO.







71665588 DR 10113 (V.3)



10

© 1971



ESTRATÉGIA
DE LA
NATURAL



© 1971

DR

10113

© 1971